



ΔΟΥΤ

77X

697

NAPOLEON

NO HA EXISTIDO JAMÁS.

NOTA. Siempre que en el trascurso de esta obra hablemos de Napoleon, de sus sucesos, de sus batallas, de sus victorias, de todo, en fin, cuanto hace relación á lo que se cuenta de su vida, entiéndase que nos acomodamos á la opinion de los cronistas é historiadores, debiendo sobreentenderse en todos estos lugares la frase *segun se refiere*, de cuyo trabajo nos escusamos nosotros por no interrumpir la narracion con continuados paréntesis, que de seguro la harian desabrida y altamente molesta.

18 cms.

R-43.565



NAPOLEON NO HA EXISTIDO JAMAS.

DEMOSTRADO

Á LA LUZ DE LA RAZON Y LOS HECHOS,

POR

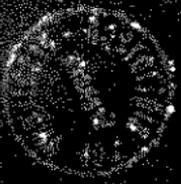
SERAFIN ADAME Y MUÑOZ.



SEVILLA.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. Joan J. Franco, calle de la Muela, n.º 7

1850.



REVISTA

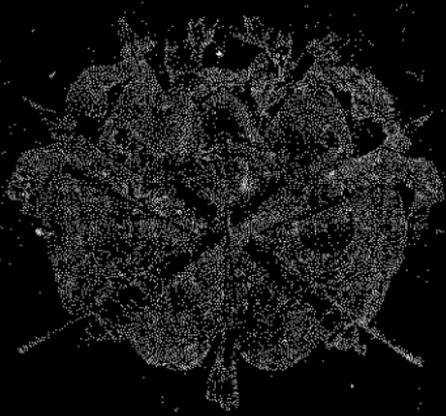
NO HA EXISTIDO JAMAS

MEMORIA

A LA LEY DE LOS RAZOS Y LOS NEGROS

POE

SEBASTIAN ALVAREZ Y MINON



REVISTA

1880

PRÓLOGO.

Antes de entrar en materia he creído oportuno justificar mis dudas, es decir, las dudas que han creado la opinion, cuya certeza he procurado probar en mi libro: no es esto una disculpa, ni tampoco una franca escusa de las opiniones que voy á sostener, de los asertos que quiero demostrar: no me creo obligado á manifestar esplicitamente mi opinion acerca del héroe que ha de llenar las cortas páginas de esta obra, ni tampoco creo de mi deber hacer una confesion pública de mis sentimientos ni de mis ideas, sobre si han sido ó no ciertas, su existencia, sus batallas, sus ejércitos, sus conquistas y sus coronas: me contemplo en la libertad de pensar de el

libremente; mi obligacion está satisfecha con probar lo que he prometido: yo espondré á los ojos de mis lectores los mas notables hechos que se refieren de su vida ; haré algunas ligeras combinaciones de ellos con otros mas antiguos y dejaré á aquellos en amplia potestad para pensar, para meditar y para deducir: no teman, pues, ninguna vana fascinacion con que quiera sorprenderlos; mi única arma son los hechos que he encontrado esparcidos en multitud de obras consagradas á venerar y conservar su recuerdo: esta será suficiente garantia de que no hablo, ni es mi objeto impresionar á los sentidos; de que no deseo preocupar al corazon, sino que solo es mi ánimo demostrar á la clara luz del entendimiento. Pero de cualquier manera, lo que sí considero de mi deber es dar algunas ligeras esplicaciones acerca de los fundamentos que hayan precedido á esta obra, y que influyendo en mí, mas ó menos directamente, hayan podido decidirme á someterla á la censura pública: empiezo, pues, esta tarea, que

puede ser considerada á la vez como un prólogo y como la introduccion de estas cortas páginas.

No entro en estas esplicaciones ni por hacer alarde de una escesiva y metódica claridad, ni tampoco para ocuparme de mí mismo; lo hago únicamente por escusarme de cometer un delito, que lo fuera indudablemente el querer pasar por el solo autor de esta obra: en honor á la verdad y la justicia, el pensamiento, ó mejor, el título *Napoleon no ha existido jamás* debe su origen á un ilustre escritor, compatriota de ese supuesto héroe del siglo XIX; no intento usurpar glorias ajenas: ahora, no tengo la abnegacion suficiente para ceder cuanto he formado sobre su pensamiento; sobre si este proceder es justo ó merece ser considerado como ilegítimo no soy yo quien debe dictar el fallo: las líneas siguientes harán palpable esa legitimidad ó justicia, y arrancarán una decision acertada.

Aun no habia yo recorrido todos los años

de la infancia; aun no habia saltado el último término de esa edad preciosa, que siempre recordamos con placer, y cuyos encantos jamás volvemos á disfrutar en el mundo, y ya habia leído una pequeña obrita, traducida del francés á nuestro idioma, y en la que su autor demostraba ser formalmente falso cuanto se nos refiere de Napoleon: yo leia aquellas páginas con una curiosidad estremada, con un cuidado esquisito, con una atencion impropia hasta de mi misma edad: yo las leia, repito, con una aficion desmedida, las leia hasta con entusiasmo; aficion que yo entonces no podia tener por entrar en curiosas investigaciones sobre los hechos que se presentaban á mi vista: mas bien que esto seria un instinto de mi mismo corazon el que me arrastraba á semejante lectura; acaso un presentimiento que yo entonces no me esplicaba, ni meditaba siquiera: despues he creído hallar la causa de los sentimientos y los deseos que sobre este punto se despertaban entonces en mi alma.

Cuando en el año de 1808, al grito santo lanzado desde un extremo de la península, respondieron fielmente todas las provincias de España, enlazándose con los vínculos mas sagrados y disponiéndose todos los buenos españoles á defender la patria con la efervescencia propia de un hijo que contempla á su madre en el borde de un precipicio abierto para recibirla en su seno: cuando entre todos los pueblos no habia mas que un principio, una idea, un deseo y una decision, cuando la unidad de los pensamientos se revelaba en todas partes, en la córte, en las ciudades, en las aldeas, en los palacios y en las cabañas; cuando la España no era otra cosa sino un revuelto mar que levantaba sus olas para estrellarse contra la inmensa cumbre de los pirineos, el autor de mi vida, abrasado por la misma chispa eléctrica que conmovió el corazón de todos los españoles, se decidió á tomar las armas para combatir al comun enemigo en defensa del Estado: realizó en breve su pensamiento: no era entonces tiempo

de discurrir, eran harto urgentes las circunstancias y no habia ocasion ni espacio sino para obrar: logró adquirir una charretera de subteniente en uno de los cuerpos que por aquella época se creaban en Sevilla, y los que á los pocos dias de su formacion demostraron en los campos de Bailen, á las órdenes del general Castaños, que no les eran necesarios los conocimientos del arma para no temer al enemigo, ni para alcanzar la victoria: á falta de esos conocimientos tenian el entusiasmo y el amor á la patria; por eso nunca temian y hallaban el triunfo en los combates; por eso tambien al concluirse esta batalla, que fué mas bien una derrota para los enemigos, de la que hablan muy pocos escritores franceses y ninguno describe, exclamó el general Dupont, mas afortunado en otros encuentros: «Yo creia que la mayor parte del ejército de Castaños eran reclutas; pero he visto que todos son veteranos.» El autor de mis dias, pues, siguió la suerte de todo el ejército en aquella dilatada y gloriosa

campaña, primero en el regimiento del Inmemorial del Rey, y despues en Guadalajara: asi, cuando nuestros honrosos esfuerzos y nuestras repetidas victorias arrojaron del territorio á los usurpadores y quedó constituida la paz, volvió á sus hogares con todos los recuerdos de las hazañas de las batallas, de las conquistas y de los triunfos del ejército español: su corazon, que por tanto tiempo habia estado presente á todos los sucesos, á todos los accidentes de aquella guerra, no podia olvidar en un solo dia tantas escenas gloriosas que, sobre todo, eran la espresion mas verídica de cuánto valen los hijos de nuestra querida patria: hablaba, pues, con júbilo de todo aquello que era para mí un misterio y para él la mas sagrada memoria.

Con esta época coincidia precisamente el tiempo en que yo me entregaba á la lectura de la obrita de que antes he hablado: las palabras de una persona, para mí la mas querida, la que mas influencia ejercia en mi alma, á quien creia con toda la ciega fé con que se

cree á un padre, y á un padre que habla con entusiasmo, que en sus palabras manifiesta todas las conmociones de su corazon, y que se estremece y se agita, ora con placer, ora tristemente, al recordar los triunfos y las derrotas; que goza y que padece en una constante alternativa, ya inspirado por la gloria, luego por el estricto deber del soldado, despues conmovido por las sangrientas escenas, dejando por último correr una lágrima al pasar su vista sobre el estenso cuadro que ofrecen las víctimas inmoladas ante el altar de la patria, mezclándose en todas estas conversaciones el imponente nombre de Napoleon, el de sus generales y el de sus ejércitos; levantaban tal certeza en mi corazon, tanta seguridad, era para mí todo tan evidente, que hubiera creído un grave delito dudarle solo un momento.

Pero al tiempo mismo formaban tal contraste aquellas verídicas narraciones de las sucesivas campañas, de los continuados combates, con las páginas que yo leía con la mas vi-

va atencion, y en las que por todas partes encontraba robustos argnmentos, pruebas palpables y evidentes, impregnadas de una persuasion tan lógica, tan racional y tan sencilla; que mi débil imaginacion se perdia en un inmenso caos de diversos sentimientos, de diferentes ideas y de encontradas nociones: por una parte todo se me presentaba como supuesto, como fingido, como apócrifo, como quimérico, y esto autorizado con lo que era entonces para mí la mas segura garantía de la verdad, por medio de los caractéres tipográficos; despues me he convencido de que estaba en un crasísimo error: por otra todo era cierto para mi alma, todo era verdadero, todo era perteneciente al héroe á quien se atribuia, todo era real; el héroe cuya existencia allí se negaba, aquí era un verdadero Dios de la guerra: las batallas que allí no habian existido, aquí habian costado infinitas víctimas, y mas infinitas lágrimas á la humanidad: solo una diferencia he encontrado despues, respecto á la manera de influir en mí estas encontradas

sensaciones: aquellas páginas solo herian mis sentidos, interesaban únicamente á la parte mas material del alma; me demostraban sí, pero existia dentro de mí mismo otra fuerza mayor que se oponia y rechazaba aquellas demostraciones: el acento del autor de mi vida causaba en mí una distinta impresion; no era ya aquel vago, aunque enérgico sentimiento que me conmovia, pero que se paraba ante el templo de la razon; era un sentimiento nuevo, impregnado de una idealidad deliciosa; era una emocion, una expansion de mi espíritu que se abria plácidamente como la tierna flor al recibir la fresca lluvia del alba: era mas bien una inspiracion que una idea que atravesaba mis sentidos para penetrar en mi mente; y entonces ya no habia otra fuerza que pugnase ni que negara la entrada á la nueva creencia que se despertaba en mi pecho, á la creencia que todo lo llenaba, todo lo absorvia; desde mis sentidos hasta mi alma, desde mi corazon hasta el entendimiento. No obstante la superioridad de

una impresion sobre la otra impresion, de una idea sobre la otra idea, yo no creia, no titubeaba, no vacilaba, no dudaba, únicamente me sorprendia: las pruebas que me arrasaban, que me fascinaban, que me convencian, y las palabras que yo escuchaba y que levantaban en mí una intima y profunda conviccion, no dejaban lugar á mi espíritu mas que para sorprenderse, para confundirse, para anonadarse: mas que á decidirme, que á resolverme de una vez, una calma fria é inerte me sobrecojia, como si una voz interior me dijera la imposibilidad de declarar la victoria por uno ú otro principio: convencido, pues, de cuán inútiles habian de ser todos mis esfuerzos, me condené sobre esto á una inaccion acertada y á una tranquila aquiescencia, ante cuyos altares sacrificué mis deseos y mi curiosidad.

Mas tarde, cuando los primeros albores de la razon empezaban á sustituir al racional instinto del infante, aquel libro fue para mí la mas rica presea; yo habia dedicado á él

todos los pensamientos de la edad primera, y nada nos agrada mas que el recuerdo de la infancia; porque en esa época de debilidad y de encantadora sencillez no hay pasiones, y estas son los violentos huracanes que gastan y secan las flores del corazon: le consagré, pues, el mas delicado, el mas esquisito respeto, y creí por lo tanto que debia ocupar un lugar preferente en mi modesta biblioteca, del mismo modo que las palabras de un padre querido conservaban el primer puesto en el fondo de mi corazon; con efecto, á pesar de sus breves páginas y pequeño volúmen, yo consideré necesario darle cabida entre las dos obras superiores á la inteligencia humana: era mi opinion entonces, y todavia la conservo, que la *Sagrada Biblia* y la *Iliada* de Homero son las obras primeras que marchan al frente de cuantas se han escrito hasta el día: entre ellas, pues, encerré mi preciosa obra, como confiándola á su custodia. Yo comprendia la notable diferencia, la infinita distancia que por mil y mil conceptos

la separaba de ambas; pero hasta cierto punto se establecia entre ellas una estrecha relacion, fundada únicamente en la originalidad: ahora he pensado que otro motivo, acaso un presentimiento, pues no recuerdo haber meditado sobre esto, me inclina á tomar esta resolucion: aquel libro ó contenia la realidad toda entera, toda pura, ó era una pura ficcion, mostrada bajo la forma mas bella posible: en una de estas dos hipótesis todavia era justo designarle aquel lugar eminente; bien podia ostentarse entre la Biblia, que es la verdad divina, y la Iliada; que es la mentira divinizada, cuando ella participaba indudablemente y hasta el último grado de uno de estos dos caractéres.

Depues de algunos años la casualidad, ó una mano poco previsorá ó demasiado ligera la ha hecho desaparecer del lugar que yo la habia destinado: mis esfuerzos, mis investigaciones para volverla á adquirir todos han sido inútiles, ímpro! o totalmente el trabajo que por un largo periodo he dedicado á hacer mi

compañero el primer libro que despertó en mi las mas estrañas sensaciones; pero he tenido que ceder ante un riguroso destino; este habia dictado su desaparicion y con ella la muerte de las emociones de mi infancia que todas se fundaban en él ó cuando menos tenian con él una relacion íntima, estrecha é inseparable: perdida, pues, del todo la esperanza, no he titubeado en concederle el triunfo: me queda solo el consuelo, que no mi falta de accion, que no mi aquiescencia, sino una ley, una determinacion superior es la que me priva de los placeres que me proporcionaba.

No he perdonado un solo medio; las bibliotecas públicas, las bibliotecas particulares, que se han puesto á mi disposicion, los establecimientos tipográficos de mas nombradia; las principales librerías de las primeras capitales, todo ha sido recorrido, todo registrado, y ni aun despues de esto he visto coronada mi empresa: hé aqui el móvil que me decide á dar á la luz publica este escrito: me pareceria reprehensible privar á mis compatricios

de una obra, bella por mil conceptos, aunque el desempeño por mi parte no satisfaga todas sus esperanzas: espero de la benévola deferencia de mis lectores sufragarán esta falta en consideracion siquiera á la árdua tarea que me he decidido á tomar sobre mis débiles hombros.

Negar la existencia de Napoleon, del general, del cónsul y del Emperador del siglo, según lo que falsamente se nos refiere; negar su vida, sus hazañas, sus acciones, sus batallas, sus triunfos; los mayores y los mas pequeños accidentes en que él ha tomado parte; negar su influencia política, militar, religiosa, literaria, artística; negar todo lo que le pertenece cuando todo el mundo lo cree, cuando se tiene de ello la convicción mas profunda, mas interior, mas íntima, mas estrecha, mas arraigada; cuando todavia hay quien refiera, como ocular testigo, cuantos hechos ha consignado la historia; cuando hay tambien quien sienta latir su corazon de ardiente entusiasmo al oír mentar únicamente su nombre, ese

nombre simpático y arrebatador que tantas veces ha llevado á la victoria á sus formidables legiones: finalmente, demostrar, negándolo todo cuando todo se cree, haciéndole descender de la sublime esfera de los dioses para arrojarlo en la nada, será un proyecto atrevido, pero acaso tenga por fundamento la justicia y la verdad.

¿Y qué hubiera de extraño que sea legítima nuestra opinion? Cada siglo tiene su mitología particular; Bonaparte es el dios de la mitología del siglo XIX: acaso asi lo creemos; ¿por qué, pues, hemos de consentir en que se nos haga creer como real lo que es meramente fingido? ¿Y por qué, si dudamos, hemos de sepultar nuestros sentimientos dentro de nosotros, cuando las pruebas que se nos presentan son harto controvertibles? Si se me arguye con que nadie duda, con que nadie se atreve á titubear acerca de su existencia, y que un consentimiento unánime y conforme la demuestra del todo, contestaré con hechos de la misma naturaleza: nadie dudaba, na-

die vacilaba, todos, completamente todos, lo mismo los civilizados griegos que los cultos romanos creían firmemente en su mitología, en sus dioses y en sus héroes, y no por eso dejaban de ser menos falsos.

¿Y qué diferencia existe entre este nuevo dios y los que veneraban los antiguos? Que aquellos estaban revestidos de formas necesarias para poder levantar la credulidad en los hombres de aquella época; á Napoleon se le ha revestido de las formas suficientes para hacer creer á los del presente siglo: lo maravilloso constituía en aquellos la divinidad; las maravillas de este no son menos curiosas para ser indignas de optar á tan alta grandeza: conveugamos, ó por lo menos, tengamos esperanza hasta el fin, hasta el momento de fallar, en que Bonaparte no es mas que un personaje creado, con cuyos actos se nos ha querido seducir, y que hemos querido ceder nosotros ante ese alucinamiento: conveugamos también, esto lo concedo, que hasta ahora, lo único cuya certeza está demostrado es

su nombre; como ciertos son los nombres de los héroes de los gentiles; creamos, finalmente, que ese nombre se ha elevado, se ha sublimado como el de Marte, el de Júpiter ó el de Vénus; que los antiguos hicieron de estos la mas completa apoteosis; que los modernos han divinizado el nombre de su héroe, que han hecho de él la mas solemne deificación.

· Demostrar que es falso cuanto de ese dios se ha escrito, cuanto de él se ha hablado, y demostrarlo con los mas palpables hechos, á la luz del entendimiento, con las pruebas mas racionales y sencillas es el deseo que agita mi pluma: quiero hacer partícipes de esta opinion á todos los que me dispensen la honra de leerme: desconfío de mis propias fuerzas para levantar en sus corazones una conviccion segura; pero de cualquier modo, aunque no alcance mas que hacer dudar sus entendimientos, ya habré conseguido un grande objeto moral y hasta religioso: para el que no se rinda á mis argumentos, para quien, nó obstante la fuerza con que deseo caracterizarlos,

continúo en su opinion primera, sin dar ascenso alguno á la que yo presento como mia, cuantas reflexiones me sugiera mi imaginacion en su apoyo serán una evidente prueba de la facilidad con que se ponen en duda los hechos mas palpables, las verdades mas elocuentes é indestructibles.

Peró en caso de no ser supuesta la vida de ese genio que con tanta pompa se nos anuncia, ¿será un crimen, será un delito, siquiera una falta emplear el mas formal empeño en usurpar á la humanidad y, sobre todo, á la Francia un héroe ó un tirano? Hé aqui la pregunta que me he dirigido á mí mismo, y la que por un largo espacio de tiempo ha detenido á mi alma en una inerte y muda irresolucion: despues he imaginado que era en estremo delicada la duda que se suscitaba dentro de mí mismo, que antes, por el contrario, lejos de ser un delito, es el cumplimiento de una obligacion, la satisfaccion de un deber: seguir la creencia de todos cuando todos acaso se engañan, me parece una debilidad re-

prensible, por mas aventurado, por mas osado que aparezca el quererse oponer á ese torrente desbordado, ó mejor, á ese muro inespugable de la opinion pública, único juez competente y legitimo, en cuantas materias pertenecen ó afectan á la sociedad; mas todo es conciliable, todo aparece en su verdadera forma, llevado á su esencial punto de vista: si demuestro habré dicho la verdad, y la verdad jamás perjudica: si la futilidad de mis asertos no merece mas que la indiferencia habré contribuido, y en este caso contribuyo gustoso, á hacer mas patente la grandeza y la magestad del dios de la mitología contemporánea.



CAPITULO I.

NAPOLEON NO HA EXISTIDO JAMAS.



El epígrafe del presente capítulo no se reduce á negar la existencia moral de Bonaparte; no se limita tampoco á su vida física y material; no se opone á que hayan sido tantos sus triunfos, sus victorias, ni tan elevada su grandeza; no niega cosa alguna en particular para admitir algunas en general: se refiere á todo

para negarlo todo, desde su ser físico hasta su ser espiritual, desde sus actos más indiferentes hasta las más gloriosas y trascendentales acciones, desde lo más interior de su vida privada, hasta lo que se dice ha practicado ante la faz de la Francia, de la Europa, del mundo, y que ha sido consignado en la historia; muestra, sí, desde luego que ese héroe, del que tanto se ha hablado, y que ha merecido de una parte de la humanidad el más horroroso anatema de maldición y de otra las más placenteras y estruendosas ovaciones, el más acendrado cariño, el más amable respeto y la mejor corona, no es más que un ser fantástico, un héroe grande, pero quimérico, producido por el volcánico fuego de todas las imaginaciones de Francia en el tiempo de la revolución. Conocemos perfectamente la pregunta que en el momento va á dirijírsenos; pero por esa misma razón tenemos ya meditada la respuesta, racional y conforme á los sucesos que hemos examinado en esa época de crisis, de convulsión, de desorden, de revolución, en una palabra, por que ha atravesado el reino vecino: ¿qué interés podrían tener los miembros de ese gran pueblo para mentir á la faz del mundo, para soste-

ner su falsedad con tan evidente verosimilitud, para revestirla de unas formas tan veraces y fascinadoras? ¿Qué bien, ni de qué importancia les era ocupar con una sombra el primer puesto del cónsul de la república, hacer ceñir á un vano fantasma la corona, ni entregarle las palmas de la victoria, á un genio increado en Egipto, en Austerlitz y en Marengo? Grandes intereses, bienes de alta importancia, mas todavía, una necesidad apremiante, imperiosa fueron las causas que determinaron la ficción del moderno Marte, de ese árbitro de las monarquías y de los imperios.

La república francesa desde el primer día de su instalación habia presentado su aniquilamiento, habia visto la ruina en su porvenir y para desprenderse de ella, para vencerla y aniquilarla, ó para dilatarla al menos se rodeó de todas las precauciones que pudieran asegurar por un período mas ó menos largo su existencia y su salvacion: por eso cuando se acababa de constituir la nueva forma de gobierno se comenzó á hablar de un militar, el mas valiente, el mas decidido, el que aseguraba un porvenir á la patria; este era el supuesto Napoleon, el que se presentaba tan-

bien y se hacia nacer en toda la plenitud de su poder, en todo el vigor de la naturaleza; cumpliera entonces veinte y cinco años: se habia hablado ya de triunfos, de victorias que habia ganado; pero esto no era mas que preparar los ánimos, predisponerlos favorablemente para el dia en que, contando ya con toda su influencia, hubiera necesidad de que acabase el mal, de que se ahogase la revolucion: los genios políticos de aquella época comprendieron previamente que no era dado á los hombres sostener aquella institucion, que se precipitaba en su ruina, pensaron entonces en un dios; mas como á ese dios no podian hallarle, y no habia un solo hombre digno de ser elevado hasta él, crearon un fantasma que, en cuanto á poder, recibió los mismos atributos de la divinidad.

Parecerá extraño; lo mismo ó mas nos parece á nosotros, y esto favorece en el mas alto grado nuestra opinion, que no existiera en Francia un hombre capaz de salvar á la patria del violento cataclismo que la atormentaba en aquella época de confusion; pero al emitir respecto á esto nuestro dictámen no nos hemos dejado arrastrar por un capricho, antes por el contrario nos hemos fundado en

la narracion de verídicos historiadores, que sin entrar en detalles, por no ser lugar oportuno, vamos ligeramente á esponer.

Cuando residente Napoleon en Egipto hacia ya mas de un año que no tenia la menor noticia de Francia, esto es, desde junio de 1798 hasta el 18 del mismo mes del próximo año, en que recibió la *Gaceta de Francfort*, habia pensado, habia meditado mucho, en medio de sus batallas, sobre el estado del reino que fijaba toda su atencion; pero cuando recibió el *Diario*, y al recorrerlo con la mayor avidéz exclamó:

—No me han engañado mis presentimientos, la Italia está perdida, es preciso que yo parta.

Con efecto, Granthaume, llamado por él, llega al punto; Bonaparte le manda preparar las dos fragatas *Muison* y *Carrere* y los dos pequeños buques *Revanche* y *Fortune*, con víveres para quinientos hombres y para dos meses. El 2 de agosto escribió al ejército: «Las noticias de Europa me han decidido á partir para Francia; dejo el mando al general Kléber, el ejército sabrá bien pronto nuevas mias: no puedo decir mas. Mucho me cuesta abandonar unos soldados á quienes

tanto cariño he profesado; pero esto solo será momentáneamente. El general que les dejo merece la confianza del ejército y la mia.»

Bonaparte se embarcó á bordo de la fragata «Muiron» en la mañana siguiente; despues de un largo viaje pasó por el lugar donde estuvo la antigua Cartago: tocó en Ajaccio el 4.º de octubre: el 7 del mismo sale de Córcega y se da á la vela para Francia, que dista 70 leguas: el 8 de octubre, dice Dumas, se divisa á Frejus, á las ocho entran en la rada. Inmediatamente se esparce por la ciudad la noticia de que una de las fragatas conduce á Bonaparte; cúbrese el mar de embarcaciones; todas las medidas sanitarias que él se proponia violar son violadas por el pueblo; en vano se le hace observar el peligro que le amenaza. — Queremos mejor la peste que los austriacos. — Bonaparte es conducido en hombros; hay una fiesta, una ovacion, un triunfo. Por último, en medio del entusiasmo, de las aclamaciones, del delirio, salta César á esta tierra, en que no hay Brutos.

Este entusiasmo, esta demencia no puede ser calificada de injusta: Napoleon llegaba á Francia seguramente en el tiempo en que mas falta hacia: aunque Brune habia salvado la

Holanda destruyendo un ejército inglés, y Massena derrotado á la Francia de la mas terrible de las invasiones, con la inmortal victoria de Zurich, no se habia hecho otra cosa que dilatar por algun tiempo los peligros de la patria y la libertad: de un extremo al otro de la Francia se escuchaba un sordo clamor, presagio segurísimo de la efervescencia de los ánimos y de la proximidad de la guerra civil: en varios departamentos se conspiraba en sentido realista y nada faltaba apenas á la general combustion para que se diera la señal de la lucha: el directorio, antes tan eficaz, tan influyente, habia perdido totalmente su prestigio, hecho nula por consecuencia su fuerza moral: las elecciones y la ley del Estado habian sido violadas de una manera escandalosa, y en todas partes se encontraban las mas funestas variaciones. Los cáculos de miserable ambicion, como se esplica un ilustrado escritor francés, de ciertos diputados que habian hecho recaer el gobierno en manos de hombres débiles y de poco talento: en los consejos, á falta de otras cosas, habia buena intencion; mas se habia estinguido la superioridad de las luces, no se hallaba la grandeza de carácter, ni direccion fuerte y

juiciosa; y en vez de poner coto al mal usando de prudencia, se dejaban arrastrar de partidos y medios violentos. Deshonrada la administracion del Estado con continuas dilapidaciones, se hallaba á merced de los traficantes; no existia crédito, y por consiguiente no habia hacienda; en una palabra, en la necesidad la Francia de sostener los esfuerzos de una nueva coalicion, marchaba á su ruina, á pesar de los infinitos medios de salvacion que aun conservaba en su seno: por último, hubiera sucumbido, no obstante las nuevas victorias: medidas interiores y enérgicas y un gobierno firme, animoso, diestro y unido era lo único que podia salvarla de la profunda sima que se abria bajo sus inciertas plantas, ó por mejor decir, era esencialmente necesaria, indispensable la dictadura de uno solo; pero desde que habia muerto Hoche no se podia encontrar un carácter grande ni un hombre de Estado entre los generales en gefe: Moreau, Jourdan, Bernadotte, Brune y aun el mismo Massena, que aventajaba á todos estos en fuerza de alma y en genio militar, eran igualmente incapaces de dirigir el bajel del Estado y asegurar la suerte de la Francia.

En el órden civil eran idénticas las circunstancias respecto á los hombres sobre quienes habia de recaer la eleccion: Cambaceres, Merlin, Treillard, Talleyrand á pesar de su opinion usurpada, Sieyes á pesar de sus pretensiones de legislador, Fouchè Barràs, director á la sazón, y aun el mismo Carnot que huia entonces de la proscripcion, no tenían ni la fuerza, ni la autoridad, ni la opinion, ni el talento necesario para gobernar. *Bonaparte era el único que reunia entonces las cualidades que exigia la naturaleza de las cosas y las circunstancias imponentes en que se encontraba el Estado: él era el único que podía imponer respeto á los partidos, conservar los militares y unir la nacion.*

Cuanto mas se profundice la situacion desgarradora en que se encontraba la Francia en aquella época, mas se comprenderá que Bonaparte era el único capaz de evitar la desgracia de verla nuevamente aniquilada por las guerras intestinas, espuesta al ultraje de los inevitables contratiempos que debia producir una administracion tan perversa, ó á todas las calamidades de una nueva revolucion que el pueblo no hubiese podido resistir, porque estaban rotos los resortes de la

primera y los medios tan desacreditados, *que no habia poder humano que los pudiese acreditar*: en el dia que ha caido la venda de los ojos y desaparecido las ilusiones se ve claramente que toda la Francia tenia miedo á una nueva revolucion, y que la mayoría llamaba á Bonaparte para preservarse de tan terrible prueba; pero tambien para restablecer la libertad.

Todo el mundo conocia que el gobierno directorial no podia ir mas adelante; prevista su caida, casi se habia fijado el tiempo de ella; mucho antes de la *llegada de Bonaparte* se preparaba un cambio: se habia pensado en hacerle un Joubert y Moreau; pero el primero, que no se consideraba cubierto con suficientes laureles, habia muerto en la batalla de Novi, y el segundo que, despues de todo, prestaba poca confianza anterior y posteriormente al 18 de Fructidor, no tenia un carácter bastante decidido para atreverse á tomar la iniciativa en un cambio político. El mismo decia: — No soy mas que un soldado, y no entiendo una palabra de gobernar.

Se presentó Bonaparte y todos volvieron los ojos hácia él: fué el depositario de todas las confianzas, y resolvió sacar provecho de

ellas: no tardó mucho en presentársele ocasion favorable para su cumplimiento; y con efecto, seis semanas despues de haber llegado de Egipto, la Francia no tiene directores, sino tres cónsules, y entre estos hay uno que, segun la espresion de Sieyes lo sabe todo, lo hace todo y lo puede todo.

Hasta aqui los historiadores; y de cuanto dejamos sentado podemos ya deducir con corta dificultad todo el interés, toda la importancia de la aparicion de ese héroe que, segun nuestra modesta opinion, no es mas que un ente ficticio, rodeado de la mas brillante aureola de prosperidad, de ventura y del mas bonancible porvenir: el cálculo de los hombres que le crearon no pudo ser otro que este: la nacion está perdida, nuestra existencia amenazada, nuestros impulsos faltos de prestigio y sin ejercer la menor influencia en los ánimos, serán rechazados violentamente y nos acercarán con todo el Estado al borde del precipicio: no tenemos ni un recurso en nuestras manos; todo se derrumba, todo se aniquila, todo perece: no es dado ya á los hombres contener dentro de sus márgenes este mar sordamente agitado, y sobre el que en breve va á escucharse el rujido de la fu-

riosa tempestad: solamente un Dios podría evitar la ruina, creemos nosotros en ese Dios, con lo que habremos hecho bastante para que no nos maldiga la humanidad: rodeémosle de cuanto á nosotros nos hace falta; démosle energía, fuerza, actividad, grandeza, poder, valor, sabiduría, dignidad, prevision, osadía, talentos, triunfos, originalidad, prudencia; démosle, en fin, maravillosidad; circuyámosle con un velo imponente y sagrado que nadie ose rasgar, prestémosle toda la ilusion posible, que con esto se llevará tras sí todos los ánimos, fascinará con su grandeza y con su valor, arrebatará con su sabiduría, con su talento; humillará con su fuerza, con su poder; asombrará é impondrá un respetuoso temor con sus maravillas: no nos detengamos exclamaron, en fin, prorumpiendo hasta cierto punto en una orgullosa blasfemia; á semejanza de los impíos constructores de Babel, haremos una obra que aventaje á la del ser supremo: Dios hizo al hombre de la nada, de la nada hagamos nosotros un Dios.

Al proyecto siguió la realizacion: nada diré de cuanto hicieron; no hago mas que presentaros el nombre de Napoleon, todas las

ideas que inspira ese nombre, todos los recuerdos, todas las hazañas, todos sus hechos, en fin, fueron creados, sábiamente supuestos por hombres revolucionarios que ya temian la revolucion, porque se preparaba á segar sus cabezas; y con tanto empeño, con tanta habilidad dieron cima á su pensamiento, que los pueblos aceptaron gozosos, con entusiasmo, con inusitado júbilo el salvador que se les presentaba, porque se les representaba revestido de todo lo que encanta, de todo lo que seduce, de todo lo que arrastra al corazon, especialmente en los momentos en que mira precipitarse su patria y perderse en el polvo de la nada con sus hombres y sus instituciones.

Grande, magnífica fué su obra: le rodearon de tanta verdad, de una ilusion impregnada de tan evidente realidad, que hubieran tenido por loco ó blasfemo á quien se hubiera atrevido á dudar en aquel tiempo la existencia del general y del cónsul: de qué manera materializaron lo que todavia no era mas que un pensamiento, aunque un pensamiento, un espíritu cubierto de gloria y de fuerza moral; de qué suerte darian forma humana á aquel héroe de salvacion, eso no puede al-

canzarse mientras no se haga por sus autores una revelacion sincera; pero de cualquier modo, ora hubiera recibido esa esterioridad palpable que lo haria, sin duda, el maniquí, cuya señal se esperaba para obrar en los imperios del mundo, ora se conservase en espíritu, su influencia fué estremada, activa, tranquilizadora y, sobre todo, salvadora de la patria; pero en el caso de la última hipótesis, esto es, de que no hubiera en él forma sino tan solo esencia, ¿cómo es que aquella nacion le aplaudió al pasar ante ella, le aclamó, contemplando su presencia, le saludó, inclinó ante él la rodilla, le llevó, en fin, en hombros? ¿Cómo es, se nos repetirá por los incrédulos, cómo es que todos le vieron cuando no tenia ser fisico, cuando, por lo tanto no podia afectar á los sentidos? Pregunta nacional, pero que no nos sorprende, ni menos es un escollo.

Nosotros estamos seguros, no dudamos solo un instante que toda la Francia escuchó su voz, miró su persona y sus movimientos; pero esto, no hay que dudarlo, fué de la misma manera que vieron los antiguos á sus héroes y á sus dioses, que escucharon sus oráculos; del mismo modo que mas tarde se vió

el gusano en el ojo del hechicero y demas signos visibles, en virtud de los cuales condenó la Inquisicion á una gran parte de la humanidad; de la misma suerte, en fin, con la misma evidencia que vieron John Herschel y sus inmemorables prosélitos los habitantes del ástro de la noche: tanta es la fuerza de la ilusion que nos hace ver los objetos que no existen: ¿cómo, si no por este medio se producen los fenómenos de Mesmer y Dresde? ¿Quién que no crea en sus teorías ha disfrutado del sueño magnético? ¿Cuál ha sido somnábulo no creyendo en los efectos del somnambulismo? La ilusion, pues, la creencia profunda, arraigada, la preocupacion de que es cierto que ese fenómeno físico es el principal, acaso el único elemento, el único agente que produce sus efectos maravillosos: si todos los hombres le hubieran negado la fé que hoy le prestan, si ninguno hubiera cedido ante la imponente presencia del magnetizador, si no hubieran prestado apoyo á su influencia todavia hoy no tendria vida una ciencia que sucumbirá indefectiblemente desde el momento en que la razon venza á la ilusion, desde el dia en que los hombres se hagan incrédulos.

La grande obra, pues, de los autores de esta farsa respecto á Napoleon no fué otra mas que haber levantado una fé tan profunda en todos y cada uno de los miembros de la república: verdad es que la necesidad y los deseos prepararon y ayudaban su obra; se quiso poseer de lo que habia una eminente, una indispensable precision y llegó á poseerse á la manera que todos los dias en nuestros ensueños vemos realizarse y somos dueños de todo lo que deseamos; mas no obstante esa coadyuvacion activa que le prestára la predisposicion de todos los ánimos y de todos los corazones, yo creo su obra digna de alabanza, así como siempre me parecerá censurable hasta cierto punto la manera con que coronaron su empresa.

No les dirijo esta acusacion porque yo crea que hicieron poco, que podian haber hecho mas; se la dirijo únicamente, porque ya que creaban, debian haber sido originales, no debian haber tomado ningun modelo, les hubiera sido mas conveniente evitar la copia, tanto mas, cuanto que de esta manera siempre dejaban abierto el camino para distinguir á pocos pasos la falsedad de su creacion, pero las dificultades que tocaron les impusieron

pavor, la facilidad de imitar sedujo, y aunque confesando su impotencia, no temieron hacerse plagarios.

Los hombres, pues, colocados en aquella época al frente de la república, recurrieron á Grecia y á Roma, se enamoraron de sus dioses y, entre todos, fijó uno su atención, y le eligieron por blanco de la mas estraña metamorfosis: del hijo de la isla de Delos hicieron un hijo de la isla de Córcega; al oráculo de Delphos se le hizo descender de su pedestal y fué trasladado á Paris, donde se le revistió con la pompa y la magestad que entonces convenia, y se le construyó un pedestal nuevo, desde el que se dejaba mirar el primer consul. El sol fué, decimos, el tipo que se propusieron los prohombres de la Francia, en todo copiaron la historia antigua, al libro de la mitología en cuanto se refiere á este Dios: ellos no han hecho mas que modernizarlo, es decir, despojarle de todo aquello que chocaba con las costumbres del siglo, sustituir lo que era preciso alejar con los usos, hábitos, propensiones, ritos, fórmulas, y hasta instituciones de la edad presente, lo contrario hubiera sido un anacronismo, y el anacronismo mas reprensible.

Concluyamos, en fin, con que el héroe de que tanto se ha hablado no es mas que un espectro, menos aun, una sombra, una nada; que del sol, del Apolo de los antiguos se ha formado un Marte moderno y mucho mas recargado de atributos; que Napoleon no es mas que un personaje alegórico, el sol personificado; que Bonaparte no ha existido jamas; que cuanto de él se dice tiene la mas estrecha relacion, una identidad completa con lo que la mitología nos refiere de Apolo; que Napoleon el grande, por ultimo, no es mas que el grande ástro.

Esto es lo que vamos á empeñarnos en probar hasta la evidencia en el trascurso de la presente obra.



... de la vida de este héroe, y como se ve en el capítulo II, se refiere al nacimiento del supuesto héroe, reconocido con el nombre de Napolcon, tiene una relacion estrecha con cuanto sobre el mismo objeto se dice del dios Apolo: Júpiter, padre de este, reinó en el cielo, segun las noticias mitológicas, y era llamado padre de los dioses y los héroes: Na-

CAPITULO II.

PADRES DE NAPOLEON.



CUANTO se refiere del nacimiento del supuesto héroe, reconocido con el nombre de Napolcon, tiene una relacion estrecha con cuanto sobre el mismo objeto se dice del dios Apolo: Júpiter, padre de este, reinó en el cielo, segun las noticias mitológicas, y era llamado padre de los dioses y los héroes: Na-

oleon, segun se cree, descendia de una familia real que habia dominado en Toscana, y ostentado su poder en las provincias de Florencia, Pisa, Siona, Arezo y Grossetto, de las cuales la capital Florencia es una de las mas bellas ciudades del mundo, el cielo de la tierra, de todos alabada por sus suntuosos edificios, sus elegantes paseos, sus jardines, sus poéticos alrededores, sus teatros, su riquísimo museo, y por su total hermosura y grandeza; ocupa un respetable puesto en Italia, en el pais donde han sobresalido mas genios, inspirados por la rica y fértil naturaleza de tan amenos y espléndidos lugares.

Su padre Carlos Bonaparte, miembro del tribunal Real de Ajaccio, tuvo que combatir con formidables enemigos, de cuya lucha salió victorioso, refugiándose algunos de ellos en Egipto para librarse de la terrible aunque justa venganza de su adversario. Jupiter, á semejanza de Carlos Bonaparte, luchó con los Titones que levantaron las montañas de Tesalia para escalar el cielo; pero los dioses huyeron de él asombrados, trasladándose á Egipto, donde fueron despues los enemigos de Jupiter, derrotados y temerosos de sus fulminantes rayos.

Latona fué la madre de Apolo, la madre de Napoleon llevaba el nombre de Letitia, con el que se ha querido designar la alegría de la aurora cuando abre las puertas del Oriente al carro rutilante de Febo: mas todavia, la mitología griega y la romana han establecido una ligera diferencia en el nombre de la madre del sol: de los libros mitológicos griegos resulta ser esto; en los romanos la encontramos designada con el de Latona, esta razon de diferencia, debida únicamente al tiempo, se hace mas sensible en nuestros dias; pero no por eso ha perdido el nombre su raiz; ha conservado muchas letras y, sobre todo, su sentido: si las palabras Leto y Letona significaban alegría para los antiguos, en nuestro tiempo no podian tener esa misma significacion: entre nosotros la palabra que podia significar, sustituyendo á la antigua, la idea de la alegría era la de Letitia, lo que se ha hecho con tanta mas razon y propiedad, cuanto que esta palabra es el sustantivo del verbo lætor, que significa inspirar contento: queda probado y no puede negarse, pues, que el nombre de la madre de nuestro héroe está tomado de la mitología.

Respecto al lugar del nacimiento de Apolo

y Napoleon es igual la correspondencia íntima y palpable que existe: Grecia, en la antigüedad, marchaba al frente de la civilización; sus templos, sus monumentos asombrosos, la multitud de sabios y filósofos que en ella existieron, el grado de esplendor desconocido á que llegaron las artes, todo, en fin, contribuía directamente á hacerla la reina del universo y el primer pueblo del mundo conocido: Francia, en el presente siglo, puede ser comparada, ó mejor, asimilada á la antigua Grecia; en ella es donde las ciencias han levantado mas alto su vuelo, en ella han reinado los mas esclarecidos y florecientes talentos en literatura, en filosofía, en legislación y en artes: su cultura se ha hecho proverbial y envidiada de todas las naciones: sus orgullosos palacios y suntuosos edificios son admirados en no pequeña parte como preciosos modelos; en una palabra, su posición topográfica, su ascendiente militar, político y comercial le han proporcionado una influencia directa y eficaz sobre todos los pueblos de Europa, al frente de cuya civilización se adelanta ella como un brillante faro en que se encierran los mas ricos tesoros de ilustración y engrandecimiento; pero li-

mitándonos aun á menor círculo, la identidad es mas palmaria y otro tanto vehemente: el héroe de la mitología nació en una isla del mar mediterráneo, llamada Delos, y en la que era venerado con mas pompa y magestad el dios Apolo: el fabuloso héroe, ó el dios de la historia moderna nació como aquel en una isla del mediterráneo, llamada Córcega, la que justamente por su posicion, por su forma y por otras mil circunstancias tiene mas relacion con la isla de Grecia, á todo lo que se añade el haber sido Napoleon tenido como un dios por sus conciudadanos y respetado y adorado con el amor de una madre que mira y escucha por todas partes la celebridad de su hijo, respeto y adoracion que llegaba hasta el punto de no tomar sus paisanos ninguna resolucion de trascendentales consecuencias sin consultarla con su compatriota, á quien consideraban y tenian por tan sabio, tan exacto é infalible como lo era para los habitantes de Delos el oráculo de Apolo.

La señora de Quinault, descendiente de una noble familia de Francia, antes del matrimonio de Carlos Bonaparte con Letitia, se habia estrechado á él con intimas relaciones amorosas, y tras largos proyectos, ambos

amantes se solazaban ante la grata esperanza de un próximo matrimonio; mas por impetuosas razones que inclinaron á Carlos á abandonar, ya en las vísperas de su celebracion unos lazos nupciales, tras lo que llegó á entrever un porvenir borrascoso, por razones que, aunque sabidas, nos está vedado reconocer y calificar, huyó del lado de su tierna amante, dejándola entregada, á un mismo tiempo á la mas estraña sorpresa, á la ira y á un copioso llanto de amor, que en muchas horas, y aun en dilatados dias, no dejó de surcar sus pálidas mejillas, antes puras y coloradas como el cáliz fragante de una rosa; cesó, por fin, el penoso llanto de la ilustré dama y arrancando una por una todas las ilusiones de su cándido amor; de tierna, vehemente y llorosa pasó á hacerse inflexible, revistióse de una impasibilidad estremada, y una asídua meditacion ocupó todo el vacío que aquel amor, tristemente frustrado habia dejado en su alma; meditaba, pues, una venganza justa, tenaz, cruel, insoportable, terrible: el plan habia sido combinado con esa perfeccion de los proyectos discurridos á impulsos de grandes deseos y favorecidos de la soledad; los medios estaban perfectamente

combinados, la resolución era firme, constante, eterna, sin que ninguna clase de consideraciones la pudieran hacer extralimitarse ni una línea de la senda oportunamente trazada: nada restaba, pues, para un éxito seguro y satisfactorio; solo faltaba el momento, la ocasión determinada, el instante perentorio, la señal del golpe que debía herir al mismo que la indicara.

Ya habia trascurrido un largo periodo y aun no habia aparecido ese momento tan deseado; no por esto el proyecto habia sido desechado ó aminorada su grandeza, antes por el contrario, el tiempo perdido hacia arder mas vivamente la llama de aquel pensamiento solo, único, aislado, exclusivo de la señora de Quinault.

Llegó por fin el dia tan anhelado, la referida señora recibió en Paris, donde habia fijado su residencia, carta de uno de sus mas afectuosos amigos, en la que cumpliendo este con la vigilancia sobre la persona de Bonaparte, que le habia sido encarecidamente recomendada, le hacia presente el próximo enlace de su falso amante con una joven hermosa y tiernamente querida; su nombre era Letitia Ramolin: una flecha que hubiera atra-

vesado el corazon de la ofendida dama no le hubiera causado un dolor mas profundo que la noticia del nombre de su rival: por una rara y extraordinaria coincidencia esa misma jóven de que ahora se hablaba, allá en los primeros años de su juventud, en esa época en que el amor es un misterio y el corazon una flor olorosísima, pero cerrada aun á los rayos del sol, habia fascinado con los encantos de su hermosura, todavia vírgen y trasparente, al primer hombre con quien la de Quinault debia haberse estrechado con el lazo indisoluble y solemne de los esposos.

Bien es verdad que la nueva prometida de Bonaparte en la ocasion á que nos referimos habia reusado con formal interés la pasion que se le ofrecia, consagrada á una muger hermosa é interesante como ella, y con la que sobre todo le estrechaban cordiales relaciones que, aunque no muy íntimas, eran, sin embargo, bastantes para decidir á Letitia á que rindiese esa política deferencia ante una sincera amistad: cierto es que sacrificaba sus deseos, verdad que llevó en holocausto ante el altar del amor todos sus instintos, todos los sentimientos de su corazon, todas las emanaciones de su alma, pura y apacible como el

tranquilo lago en que refleja el claro azul del cielo en un hermoso dia de primavera: cierto es, por último, que cuando sus labios pronunciaban una palabra desconsoladora para el amante que suplicaba rendidamente á sus piés, se contraian visiblemente las delicadas líneas de su rostro, como agitadas por un movimiento, y se suspendian los vehementes latidos de su corazon, que comenzaba despues sus rápidas oscilaciones con mas viva energía; pero todo tenia que ceder á un deber mas sagrado que el deseo, tenia su passion que replegarse en si misma, ocultarse en su corazon, sepultarse y callar para siempre, con ese silencio constante de las tumbas; era preciso negarse á los sentimientos de la muger, de la señora, por no dejar de serlo ante la sociedad.

Nada de esto observaba, ni en nada de esto creia, por mas palpable y evidente que fuese, la que se consideraba ofendida, rebajada, despreciada por la belleza de Letitia; delicado y terriblemente celoso su corazon, impresionable hasta la mas exagerada altura, sin pararse á contemplar otra cosa que el ultraje reprensible y odioso de que habia sido víctima, dirigia á él todas sus miradas y todos

sus sentimientos, sin considerar que la amiga, al menos por su parte, aun no se habia convertido en rival; si su hermosura habia sido la causa del abandono de su amante, su virtud y su sensatez eran un inespugnable muro que se oponia á las vivas sujestiones del jóven; mas.... no es ciego el amor, los celos, esa pasion que en él se funda y que de él emana es, sí, un sentimiento ofuscado; por una parte se adelanta y mira en la oscuridad aun los objetos mas lejanos, bien que formados por la ilusion; por otra, es completa su ceguedad, y si acaso conserva algo, es solo una vista íntima é interior, que nunca se manifiesta, y que no ve mas allá de la pasion y del profundo resentimiento.

Por esto, pues, desde aquel dia fatal para la amante de aquel hombre veleidoso y sobradamente fácil á nuevas fascinaciones, dejándose arrastrar de sus impulsos de odio y venganza para ambos cómplices de su engaño, segun creia, juró solemnemente castigar aquella grave culpa, aquel abuso de la amistad, aquella falta de delicadeza en una parte, de amor en otra; y en verdad que era terrible su decision: insaciable y cruel como una muger amante y celosa, se encontraba ya en

el punto por tanto tiempo deseado: respecto á su amante la pareció digna pena castigarle únicamente con el desprecio; pero con relacion á la supuesta cómplice de su engaño, en la que mal de su grado, reconocia superioridad por su estremada hermosura, se propuso cortar aquellas relaciones, lo que no fué muy difícil conseguir: comunicó su pensamiento á una muger mas bella y mas astuta que ambas, le indicó las mas especiales circunstancias y esperó: un éxito favorable coronó la empresa, el amante de Leticia se olvidó de su hermosura y la abandonó; no deseaba otra cosa la vengativa jóven y no esperaba otra cosa de la susceptibilidad estremada de su perjuro amante.

Largos seriamos si nos propusiéramos ocuparnos y referir circunstanciadamente cuántas veces por este mismo procedimiento vió burladas sus esperanzas la que despues fué madre de Napoleon; baste decir que la cómplice de la señora Quinault era perenne vigía de todos sus pasos, era material su sombra, pero una sombra que de continuo la acechaba con perversos fines: ella, por fin, llegó á comprender el origen de su desventura y de aquel tormento con que se la per-

seguía, tormento que llegó hasta el punto de que se pusiesen los medios de acabar con su vida; entonces se retiró á Córcega, donde alcanza verse libre de tan tenaces y crueles enemigos.

Referiremos ahora en mas cortas palabras algunos sucesos de Latona, la madre de Apolo, y de seguro hallaremos la semejanza: Juno y Latona eran esposas de Júpiter, la primera tenia un carácter celoso, altanero y vengativo, se indispuso con su esposo y se retiró á la isla de Samos, por lo que despues se llamó Samina: sus celos, que nunca se extinguian, le sugirieron la idea de encargar á Argos que observase todos los pasos y acciones de Júpiter y la diese cuenta de ellos: este espía tenia cien ojos, de los cuales cincuenta estaban abiertos mientras los otros dormian: despues de su venganza contra Sisipe, Iponoc y Cirianesa, hijas de Preto y Estenobea, reyes de Argos, porque se jactaban de ser mas hermosas que ella, persiguió de tal modo á Latona, de quien estaba celosa y le ofendia su belleza, que esta se vió precisada á huir; pero no encontrándose segura de su formidable persecucion en ninguna parte de la tierra, Neptuno la amparó en la isla

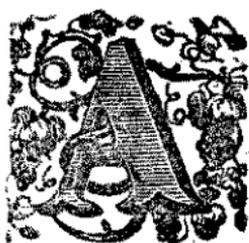
de Delos, que con este fin hizo salir de debajo de las aguas.

Los sacerdotes de los oráculos, antes del nacimiento de Apolo, habian predicho al dios Júpiter que tendria un hijo de su esposa Latona, quien seria célebre por sus hazañas, grandezas, reinando en todo el mundo: un hombre, misterioso, anciano, cuyo origen, nombre y demas circunstancias de su vida no existe en la historia, habia predicho á Cárlos Bonaparte y á su esposa Letitia que tendrian un hijo que seria inmortal en sus campañas y abarcaria todos los tronos de Europa: entre ambas predicciones hay una íntima y eficaz correspondencia.



CAPITULO III.

NOMBRE DE NAPOLEON.



CASO se creará por muchos de nuestros lectores que hemos entrado en un terreno sumamente difícil; acaso se temerá también que, en vista de esta dificultad, apelemos á forzadas interpolaciones que no demuestren sino de muy lejos lo que nos hemos determinado á probar; pero esas dudas ó esos

temores, en que indudablemente deben caer cuantos ven á Napoleon con la mas ciega credulidad serán prontamente disipados á los pasos primeros de nuestras sencillas esplicaciones.

Los poetas dan al ástro del dia el nombre de Apolon (asi se pronuncia en Francia, lugar donde han sido creadas todas estas anécdotas), y la distancia entre él y el de nuestro héroe, á mas de no ser excesiva, se hace completamente nula, si nos remontamos á la significacion etimológica del primero.

La palabra Apolon significa esterminador, epíteto que fué dado al sol por los griegos, á causa del daño que les hizo delante de Troya, donde una crecida parte del ejército pereció por los excesivos calores y por la peste que sobrevino, como se lee al principio de la inmortal obra de Homero, con ocasion de un ultraje hecho por Agamenon á Crises, sacerdote del sol. La brillante inspiracion de los poetas griegos trasformó los rayos del ástro en flechas inflamadas, que el encolerizado Dios lanzaba por todas partes, y que lo hubieran esterminado todo si para aplacar su ira no se hubiera dado libertad á Crisea, hija del sacrificador Crises.

Napoleon tambien ha sido llamado esterminador; bien sabido es cuántas lágrimas ha costado á la humanidad; bástenos para probar que se le ha dado ese nombre las mismas palabras de su cómplice Hortensia, escritas por él mismo.

Bonaparte, me dijo: un crimen horroroso me habia puesto en los brazos de V.; este crimen, lo conozco, era un pasatiempo para el primer cónsul, porque penetro hasta el fondo del corazon de V.: de dia, de noche, en el gabinete y en el campo de batalla no agita al corazon de V. mas que un solo pensamiento; *que se cumpla mi voluntad*: hé aqui una máxima que será siempre la de V. ¿Qué importan las víctimas cuya sangre y cuyas lágrimas hará derramar? Ya ve V., sin embargo, que le conozco perfectamente; inútil es ya que riegue con llanto mi infortunio: agotaria su manantial antes de mover á compasion ese endurecido pecho: el rocío cae sobre el bronce, lo baña y no lo ablanda: en medio de mi desventura me consuelo humanamente; digo dentro de mí: «soy una simple unidad, añadida á las víctimas que de todas las partes estermina Bonaparte en el globo. ¿Está V. satisfecho? ¿No exige V. mas

de una desgraciada que no ha podido sustraerse al ímpetu de los deseos de V?. . . .

.....

Mas Apolon, se nos dirá, no es lo mismo que Napoleon: nosotros consideramos iguales estas dos palabras: ambas se deriban de Apolon ó Apoleo, verbos griegos, que no hacen mas que uno, y que significan perder, matar, esterminar. De suerte que si el pretendido héroe de nuestro siglo se llamase Apolon tendria el mismo nombre que el sol y llenaria ademas todo el significado de esta palabra, puesto que nos lo pintan como el mayor esterminador de hombres que ha visto la humanidad. Pero este personaje se llamaba Napoleon y por consecuencia su nombre tiene una letra inicial que no se halla en el del sol. Indudablemente tiene una letra mas, ó por mejor decir una sílaba, porque segun las inscripciones grabadas en todas partes de la capital, y señaladamente en la columna de la plaza Vaudoma, como dice un escritor ya citado, el verdadero nombre de este héroe era Napoleon.

Esta sílaba, como las demas, no constituye, sin embargo, ni la menor diferencia: es griega como todo el nombre, y *ne* en griego

ó *nai* es un grande afirmativo, que equivale al verdaderamente de nuestro idioma, de donde se sigue que Napoleon significa verdadero esterminador, verdadero Apolon, esto es, verdaderamente sol.

Pero respecto á su apellido ¿qué conexiõn puede haber entre la palabra Bonaparte y el ástro del dia? Se comprende que significando Bonaparte, buena parte, se denota por este nombre alguna cosa que tiene dos partes, una buena y otra mala, alguna cosa que se refiere ademas á Napoleon. Nada hay que tenga una relacion mas directa con el sol, que los efectos de su revolucion diurna, que son el dia y la noche, la luz y las tinieblas; la luz que produce su presencia y las tinieblas que dominan en su ausencia.

Aquí hay una alegoría, tomada de los persas, esto es, el imperio Oromazo y de Arimano, el imperio de la luz y de las tinieblas, el de los buenos y malos genios. A estos últimos, á estos genios del mal y de las tinieblas se les invocaba en otro tiempo con las palabras *abi in malam partem*; y si por mala parte se entendian las tinieblas, no hay duda que por buena parte se debe entender la luz, esto es, el dia por oposicion á la noche. Por

consecuencia, no es posible dudar que este nombre tenga relacion con el sol, sobre todo, viéndole unido al nombre de Napoleon, que es el sol mismo, como vamos demostrando; bajo este concepto su nombre y apellido unidos significarán el Esterminador Buenaparte, esto es, aunque habia esterminado, tambien habia creado mucho; y con efecto, al volver Bonaparte de Egipto, dice Mr. Alejandro Dumas, encontró á la Francia en un estado miserable: en el Oeste la guerra civil; en Paris en los ejércitos la ineptitud, la inmoralidad y el latrocinio. Los últimos recursos del pais iban á perderse en las cajas de los asentistas y negociantes. El tesoro público estaba exausto, el crédito aniquilado. No habia religion, no habia leyes; los gobiernos que se habian sucedido desde 1792, harto ocupados en defender las fronteras, en proscribir y en tomar grandes medidas políticas, habian hecho muy poco por el órden civil: ademas de esto, tan vacilante estaba nuestra gloria en el exterior como la paz y la tranquilidad en el interior.

El primer cuidado de Bonaparte al llegar al poder es apagar en lo posible los odios y los rencores de los partidos, conciliarlo todo, hermanarlo todo. El llamamiento á los pros-

criptos de fructidor, la vuelta de los emigrados, la pacificación de la Vandee, el concordato, es decir, la pacificación de la iglesia son el resultado de aquella política amplia, generosa y fecunda, que se trasluce hasta en las cosas mas pequeñas. Al lado de las estatuas de Hoche, de Joubert y de Marceau erige mausoleos á Condè, á Turenna, á Vauban; con una misma mano socorria á la hermana de Robespierre y á la madre del duque de Orleans y con lo otra sostiene á la esposa de Baylli y á la última descendiente de los Duguesclin.

Al mismo tiempo coordina nuestra informe legislación, ó por mejor decir, la crea. Trata por sí en persona en medio de su consejo aquellas árduas materias que no ha aprendido, sino adivinado: él ilustra, asombra á los Tronehet, á los Portalis, á los mas eminentes jurisconsultos. Nace un código completo de estas admirables discusiones: fúndase en Francia el órden civil. De la misma manera trastornará la administracion, pondrá la mano en todo y por do quiera surgirá el órden del caos.

Cualquiera que sea la diversidad de opiniones acerca de la organizacion pública, una

sola hay unánime y conforme acerca de la fuerza y grandeza de su administracion. A la cabeza de ella habia puesto Napoleon al consejo de Estado, como clavo de todo el edificio. El le presidia en persona dos veces á la semana; allí á su vista, bajo el influjo de su fecunda palabra, se elaboraban todos los trabajos del imperio, todos los decretos, todas las leyes: el cuerpo legislativo y el Senado no hacian mas que confirmar las medidas ya deliberadas y resueltas en el consejo. Nada se sustraia á su direccion, á su fiscalizacion. Prefecturas, ayuntamientos, cuerpos judiciales, universidades, hasta los mismos ministerios, todo dependia de él por algun lado, en él estaba la unidad del imperio.

Esta unidad y el enmudecimiento de la representacion nacional fueron los que hicieron realizar en mas corto espacio de tiempo trabajos que las asambleas deliberantes no hubieran acabado en 50 años. Acaso esto pudiera compensar la falta de libertades públicas. Mas no porque el emperador dejase de llamar al pueblo al ejercicio de los derechos políticos le olvidaba. Siempre pensó en su bienestar. En una carta escrita al ministro de lo Interior en 2 de noviembre de 1807 presen-

ta como el proyecto de mayor prez y gloria, el de destruir la mendicidad por todo el imperio. Muchas veces provocó los pareceres de los publicistas acerca de los medios de mejorar la suerte de las clases pobres. Creó los asilos de mendicidad, instituyó la sociedad maternal, restableció las hermanas de la Caridad, dotó á los hospicios y les hizo devolver los bienes que les arrebatára un decreto de la convencion.

Quería que las ceremonias de las iglesias fuesen gratuitas para los pobres, y que sus entierros se hiciesen con decencia, con decoro. — No debe privarse á los pobres, decia, solo porque lo son, de lo que les consuela en su pobreza. — Mandó que si la iglesia estaba colgada de negro para un rico no se descolgase sino despues del servicio del pobre.

.....

Dió un gran impulso á todos los grados de la instruccion pública y principalmente á la enseñanza de las ciencias físicas y matemáticas, que despidieron vivo resplandor bajo su reinado: Laplace, Lagrange, Monge, Berthollet, Cuvier, Bichat, una porcion de eminentes talentos y de poderosos genios colocaron la Francia á la cabeza del mundo civi-

lizado. Por mas que se diga, tampoco fué época perdida para las artes, la que vió á Bernardino de Sempierre, Chateaubriand, Mad. Estael, Beranger, Lemercier, Talma, Mehul, Fretij, Gros, David, y Canova.

Napoleon mismo ha hecho la apología de su reinado, dicen los historiadores, hé aqui sus propias palabras:

«Yo he cerrado el averno de la anarquia y esclarecido el caos; he purificado la revolucion, ennoblecido los pueblos y afirmado los reyes; he promovido todas las emulaciones, recompensado todos los méritos y ensanchado los límites de la iglesia. Esto me parece que es algo. Y además, ¿de qué pudieron atacarme que no me defendiera un historiador? ¿Por mi despotismo? ¿Demostrarían que la dictadura era sumamente precisa? ¿Probáran que la licencia, la anarquia y los mayores desórdenes estaban aun en el umbral de la puerta? ¿Me acusarán de haber tenido demasiada aficion á la guerra? Probára que siempre he sido atacado. ¿De haber querido la monarquia universal? Hiciera ver que eso fué obra de las circunstancias á que nuestros mismos enemigos me arrastraron paso á paso. ¿Me acusarán de ambicion? Sí, he tenido y mucha;

pero de lo mas grande y mas elevado que hubo nunca: de establecer, de consagrar el imperio de la inteligencia, el pleno ejercicio, el entero goce de todas las facultades humanas.»

Con referencia al bien que ha hecho Napoleon un autor francés se expresa así: No obstante el desastroso resultado de su sistema, ha dado un prodigioso impulso al occidente; sus ejércitos han llevado tras sí los usos, las ideas y la civilizacion más adelantada de la Francia. Las sociedades europeas han sido vueltas de arriba abajo; los pueblos se han confundido por frecuentes comunicaciones: se han echado puentes en los rios milítrofes, y abriéndose caminos reales en medio de los Alpes, los Apeninos y los Pirineos se han relacionado mas de cerca los territorios y Napoleon ha hecho para lo material de los estados lo que la revolucion para el genio de los hombres. El bloqueo ha completado el impulso de la conquista, ha perfeccionado la industria continental, á fin de suplir á la de Inglaterra, y ha reemplazado el comercio colonial con el producto de las manufacturas. Asi es como Napoleon, agitando á los pueblos, ha contribuido á la civilizacion. Ha sido contrarevolu-

cionario por su despotismo con respecto á la Francia; pero su espíritu conquistador le ha hecho renovador con respecto á la Europa, en la cual muchas naciones que estaban alestargadas antes de su venida, vivirán con la vida que él les ha llevado; pero en esto solo ha obedecido Napoleon á su naturaleza. Nacido de la guerra, la guerra ha sido su pasion y su placer, la dominacion su objeto; necesitaba enseñorearse del mundo y las circunstancias se lo han puesto en la mano, á fin de que con él ayudase á su existencia.

Hé aqui el lado mas bello, porque puede manifestarse el héroe á quien por otro concepto se le atribuye el esterminio del universo.

Mas si aun se duda que tenga esta significacion su nombre, ¿cuál otro se le quiere dar? ni siquiera ese santo habia sido colocado en el almanake francés, cuyo inconveniente, segun dice Walter Scot, se salvó con una anécdota que á nosotros nos servirá de otra vehementísima prueba.

La madre del futuro genio, en fuerza de su buena constitucion, habia ido á cir misa el dia del nacimiento de su hijo, que era el de la festividad de la Asuncion, y se vió pre-

cisada á volver á su casa inmediatamente, en la cual, no hallándose aun preparada la cama, dió á luz en una provisional, cubierta con un pedazo viejo de un tapiz que representaba al héroe de la Hiliada: (aqui se le quiso elevar hasta el Redentor.) Fué bautizado bajo el nombre de Napoleon, *santo nuevo, que no habia conservado opinion, y aun habia sido borrado del calendario*: de suerte que su homónimo jamás supo el dia que habia de celebrar la festividad de su patrono. Cuando el obispo que lo confirmó hizo preguntas acerca de esto, fué tan atrevido el jóven que le contestó sin turbarse: «No veis que hay un sinnúmero de santos y solo 365 dias para repartir entre ellos? »

Medítese tanto el juicio de Napoleon y esta anécdota de su nombre y no quedará duda de la justicia con que sostenemos nuestra verdadera opinion.

Finalmente, para concluir con este capítulo citaremos el cálculo que un acertador de horóscopos ha hecho sobre esta palabra Napoleon. Este nombre, dice, está compuesto de dos palabras griegas que significan *leon del desierto*: ingeniosamente combinada esta palabra presenta una singular analogia con el

carácter de este hombre extraordinario:

1.º	Napoleon
6.º	apoleon
7.º	poleon
3.º	oleon
4.º	leon
5.º	eon
2.º	on

Quitando sucesivamente de todo el nombre la primera letra, y despues la respectiva de lo que queda, se forman siete palabras griegas, cuya traduccion literal en el órden de números designados es:

Napoleon, ón oleón leon con apoleon poleon, lo cual significa: Napoleon, siendo el leon de los pueblos, iba destruyendo las ciudades.

Esto precisamente fué lo que quisieron expresar los hombres de la república.



INDICE GENERAL

Prólogo	1
Capítulo I	10
Capítulo II	20
Capítulo III	30
Capítulo IV	40
Capítulo V	50
Capítulo VI	60
Capítulo VII	70
Capítulo VIII	80
Capítulo IX	90
Capítulo X	100

INDICE GENERAL

CAPITULO IV.

INFANCIA DE NAPOLEON.

Si hubiéramos de ser difusos grande espacio encontraríamos en este lugar para detenemos á referir la multitud de anécdotas, mas ó menos verosímiles, que refieren lo historiadores acerca de nuestro héroe durante la residencia en el colegio militar de Brienne-le-Chateau, donde hizo los primeros estudios, y del que pasó á la escuela de Paris,

recomendado por los mejores encomios de sus maestros; pero como nuestro ánimo es únicamente manifestar la falsedad de su existencia, así como que es una copia y nada más del Apolo de los antiguos, vamos á sentar aquí un solo suceso que, evitándonos ser demasiado prolijos, demostrará suficientemente los puntos de relacion que existen entre ambos héroes.

Jugando un dia Apolo al disco con su compañero Jacinto, tuvo la desgracia de matarle y le transformó en la flor que tiene su nombre, atendiendo á la súplica que antes de espirar le hizo su amigo con los mas ardientes deseos; sin embargo, los padres del dios transformado sintieron tanto su muerte, que persiguieron á Apolo y le obligaron á huir de los lugares que por aquel tiempo habitaba con mas frecuencia.

El 23 de abril de 1779, segun refiere un autor contemporáneo, entró en el colegio militar que hemos citado Napoleon Bonaparte, de edad de nueve años, ocho meses y cinco dias. El recién llegado era corso, esto es, de un pais que aun en nuestros dias lucha contra la civilización con tal fuerza de inercia, que ha conservado su carácter á falta de su

independencia: no hablaba mas que el idioma de su isla materna; tenia la tez tostada del meridional, la mirada escudriñadora y sombría del montañés. No se necesitaba tanto para escitar la atencion de sus camaradas y aumentar su natural imprudencia, porque la curiosidad de la niñez es burlona é inexorable: un profesor llamado Dupuy se compadeció del pobre aislado, y se encargó de darle lecciones particulares de lengua francesa: progresó tanto que á los tres meses pudo ya dedicarse á los primeros elementos de latinidad; mas desde un principio se notó en él la repugnancia á las lenguas muertas, al paso que á las primeras lecciones despuntó su aptitud para las matemáticas; de aqui resultó que, por uno de esos tratos tan comunes entre los colegiales, él resolvía los problemas de sus compañeros y ellos le sacaban las composiciones de que no queria hablar.

La especie de aislamiento en que se encontró por algun tiempo el jóven Bonaparte, y que nacia de la imposibilidad de comunicar sus ideas, levantó entre él y sus compañeros una especie de barrera que nunca llegó á desaparecer del todo. Esta primera impresion que dejaba en su ánimo un recuerdo penoso,

algo semejante al rencor, dió origen á la precoz misantropía que le llevaba á buscar diversiones solitarias, y en la cual han creído ver algunos los sueños proféticos del genio naciente. Por lo demas varias circunstancias, que hubieran pasado desaperecidas en un cualquiera, dan algun fundamento á los asertos de los que han tratado atribuirle una infancia escepcional y tan maravillosa.

—Uno de los entretenimientos favoritos del jóven Bonaparte en su soledad éra cultivar un parterre, rodeado de empalizadas, al cual solia retirarse en las horas de recreo. Cierta dia uno de sus compañeros, que deseaba saber lo que estaba haciendo solo en su jardin, escaló la empalizada y le vió ocupado en alinear en forma de milicia una porcion de piedras, cuyo tamaño indicaba los respectivos grados. Al ruido que hizo el indiscreto, volvió Bonaparte la cabeza y mandó al estudiante que se quitara de alli; pero este, lejos de obedecer, se burló del jóven estratégico, que, con poco humor para bromas, cojió la piedra mas grande y se la tiró, dándole en medio de la frente, de modo que cayó al punto gravemente herido; cuyo suceso apresuró la salida de Bonaparte del colegio de Brienne.

por influencia de los padres de aquel.

Veinte y cinco años despues, es decir, en el apogeo de su fortuna, anunciaron á Napoleon que pretendia hablarle uno que se decia camarada suyo: como varias veces se habian valido los intrigantes de este pretesto para llegar á él, el ex-estudiante de Brienne mandó al ayudante de campo de servicio fuese á preguntar el nombre de su antiguo condiscípulo; pero no habiendo despertado su nombre recuerdo alguno en Napoleon, —Volved, dijo á su ayudante, é interrogadle si no podria citar alguna circunstancia que pudiera hacerme venir en conocimiento.—Cumplió su mensaje el oficial y volvió diciendo que por toda respuesta le habia manifestado una gran cicatriz en la frente. — ¡Ah! ahora me acuerdo, replicó el emperador, fué un general en gefe que le tiré á la cabeza.

Seguro ya Napoleon de que era un antiguo compañero el que solicitaba hablarle, dió orden de que le hiciesen entrar; le recibió con las mas seguras muestras de afecto, y á la solicitud que le propuso la víctima del primer general en gefe que estuvo bajo sus órdenes, no solamente accedió otorgando cuanto se le pedia, sino que hasta superó todas

las esperanzas y todos los deseos de su antiguo camarada. Dos años despues, en justa remuneracion de un secreto servicio que este le prestara, le hizo titular sobre su mismo apellido.

He aqui la relacion entre ambas anécdotas:

Apolo, jugando al disco con su amigo Jacinto, le hizo con él una profunda herida; Napoleon, ensayándose en sus trabajos estratégicos, hirió considerablemente á uno de sus compañeros.

El disco á que jugaba Apolo representaba que bajo esa forma habia de alumbrar al mundo. Los combates que disponia Napoleon manifestaban que habia de ser admirado en todo el orbe como el primer guerrero.

El disco que arrojó Apolo á Jacinto era un globo de piedra de un pié de diámetro, del que se usaba en los juegos gimnásticos para desarrollar la fuerza en los jóvenes.

El instrumento que hirió en la frente al compañero de Napoleon fué una piedra circular de un pié de diámetro, la que con otras de su misma especie estaba destinada á desarrollar las fuerzas de los estudiantes del colegio militar de Brienne, obligándolos á levantar várias de ellas unidas y á arrojarlas á muy largas distancias.

Jacinto y el colegial de Brienne pidieron una gracia á su respectivo ofensor: Jacinto fué transformado por Apolo en la flor que lleva su mismo nombre: Napoleon concedió á su antiguo compañero de colegio titular sobre su mismo apellido. Apolo se vió precisado á huir de la ira de los padres de Jacinto: la marcha de Napoleon á la escuela de Paris se apresuró por temor de la cólera de los padres del colegial herido.



... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo

... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo

CAPITULO V.

... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo

PROPENSIONES DE NAPOLEON.

... el desierto de la India... allí lo
 ... el desierto de la India... allí lo

Un periódico de París del 25 de Junio de 1838 contiene un artículo concebido en estos términos: «Bonaparte decía, que el desierto tenía para él un atractivo particular y que nunca le había atravesado sin experimentar cierta emoción: allí no veía límites, no había principio.

ni fin.... era la imágen de la inmensidad, un oceano á pié firme. Este espectáculo agradaba, encantaba á su imaginacion y gustaba de hacer observar que Napoleon quiere decir leon del desierto.»

Con efecto, segun la opinion mas constantemente sostenida por los historiadores, el carácter de Napoleon, aquella alma sublime necesitaba un inmenso espacio para respirar; no podia dilatarse en toda la expansion de que era susceptible, ni en medio de la confusion y desórden de las ciudades, ni á la vista de esos campos halagüenos y seductores que á todos los agradan, pero que á él no le seducian: la vista de las aldeas esparcidas, de las casas de campo derramadas en medio de los prados y, sobre todo, los horizontes, matizados á cada instante de vivos, variados y sorprendentes colores, eran objetos que lastimaban su vista, y que no hacian experimentar á su corazon ni la mas lejana idea de lo bello: su alma para gozar, para disfrutar, para comprender la sublimidad de la naturaleza tenia que encontrarse en medio del desierto, donde no viera mas que las áridas arenas por alfombra, y el cielo por dosel; necesitaba mas luz, mas espacio, mas

estension, mas soledad para elevar su espíritu á la grandeza de la creacion y al conocimiento del ser supremo: un alma tan grande no podia anonadarse, no podia confundirse sino ante objetos inmensos; le hacian falta esos espectáculos, esos panoramas mudos, aunque elocuentes, para las almas elevadas, en que no se ve en ninguna parte la obra ni la mano del hombre, sino solo se contempla con asombro el vivo reflejo de la Providencia. Pero del mismo modo que ante esos cuadros sencillos, aunque poéticos, donde encontramos nosotros la idea de la belleza, su alma no experimentaba la menor emocion, á no ser el sentimiento de la indiferencia; á la vista de esos otros llenos de magestad, de grandeza, de divinidad, de Dios en una palabra, su corazon latia con una precipitacion extraordinaria, las fibras de su pecho parecian querer saltarse, no pudiendo ya sufrir tan violentas, tan repetidas, tan constantes conmociones: su mente ante la inmensidad, sin horizontes, comprendia á Dios en toda su celestial omnipotencia, se estasiaba, se elevaba, se sublimaba; su frente ardia en un fuego abrasador; el placer, el júbilo, el entusiasmo embargaban sus sentidos; todo lo que espe-

rimentaba, era mejor un delirio que no un sentimiento. Napoleon se encontraba en su tierra querida, se hallaba en su verdadero ser.

Al sol, á semejanza del supuesto guerrero, nunca se le ve gozar como podemos nosotros comprender su placer, sino al estender sus rayos sobre la cálida faz del desierto; entonces hace alarde de su brillo, de su esplendor, de su fuego, y entonces es cuando le vemos marchar magestuoso en mitad de una estensa bóveda, sin límites de ninguna clase: nada se opone á su paso; rasga la celeste atmosfera con una rapidez grave y respetuosa; se contempla el rey del desierto y allí es donde se deja ver en todo su verdad, su constante dominacion: si ha habido goces reservados para el astro benéfico del dia ese, indudablemente, es el primero de los que se le han concedido.

El sol es el rey del desierto: del mismo modo Napoleon se sentia mas grande, se consideraba rey ante su magnificencia.

Ocupándonos de las propensiones de nuestro héroe, aqui podiamos ya concluir con esta materia: su inclinacion al desierto, la expansion de su alma ante él es uno de esos

rasgos eminentemente característicos que todo lo expresan, que lo dicen todo y que á nosotros nos ha demostrado la estrecha relacion de aficiones, la intimidad de deseos y de grandes placeres entre el ástro rey y el emperador de la Francia; pero queremos, ó mejor, cumple á nuestro deber precisar mas aun la homogeneidad de sentimientos que existe en ambos; y no solo esto, sino manifestar tambien sus hábitos, sus costumbres cotidianas, emanadas tambien de esa razon de igualdad.

Se dice hiperbólicamente, aunque ya, lo que antes era una bella metáfora, ha entrado y se ha sometido al poder del vulgo, que el sol amanece, rasgando el denso velo de la noche, y que despues de seguir magestuosamente su curso durante el dia, va á sepultarse y á bañar sus trenzas de oro en los mares occidentales.

Napoleon, segun refieren los historiadores, se levantaba siempre al amanecer y acostumbraba á bañarse todos los dias al ponerse el sol; nada mas decimos: sin comentarios de ninguna especie, y desnudos de cuanto pudiera seducir ó fascinar, entregamos estos dos hechos demasiado elocuentes á nuestros lec-

tores, con el objeto esclusivo de que hagan de ellos las combinaciones y deducciones que mas racionales parezcan al mas ó menos justo criterio de cada uno: nosotros, en vez de fallar, únicamente los presentamos y nos abstenemos.



CAPITULO VI.

AMORES DE NAPOLEON.

I.

VAMOS á trazar en este capítulo el cuadro mas interesante de la vida de este gran hombre en cuanto pertenece á las relaciones privadas: no son ahora las luchas, los combates, las victorias, la política, ni los juegos diplomáticos lo que ofrecemos á la deferente atención de nuestros lectores; no son esas

escenas que han pasado á la faz de todo el mundo, lo que la fama ha arrastrado con sus rápidos acentos: no vamos, en fin, á presentar al guerrero, ardiendo en sed abrasadora por beber ó por hacer correr siquiera en anchos arroyos la sangre de toda la humanidad: nos proponemos presentar únicamente al hombre, el jóven en medio de sus floridos años, circundado de ese fuego abrasador que arde en todos los corazones cuando, como una brillante flor, se abren en la primavera de la vida: nos consideramos impotentes para separar del amante el carácter emprendedor, resuelto y decidido del héroe; pero esto, en vez de servirnos de obstáculo, hará mas bellas, mas fervientes, mas espresivas las impresiones eróticas de su alma: las escenas de amor, ayudadas de los arranques violentos de su espíritu, tendrán mas vida, mas encantos, mas animacion; serán, en fin, mas seductoras sus amorosas palabras y las de sus rendidas amantes.

No nos hemos olvidado de que, al consignar en este sitio los detalles mas notables de toda su vida amorosa, vamos á quebrantar el orden cronológico; pero en la alternativa de recorrer todos sus amores, antes de dar el

primer paso en sus mas conocidos hechos, ó dejar este cuadro para concluir con él nuestra obra; viéndonos precisados á lanzar una mirada retrospectiva, inmensa y minuciosa, no hemos titubeado en elegir el término medio, designando este lugar, despues de haber hablado de su infancia y sus naturales propensiones.

Por otra parte, nosotros presentamos nuestras tareas á toda clase de personas y de cualquier clase de sentimientos; por eso, considerando la impaciencia de los que solo viven alentados por esas ilusiones ó realidades del amor, hemos querido abrir este campo, antes de pasar de nuestras primeras páginas; no obstante, quien no guste de estas dulcísimas emociones, quien quiera ver siempre al general, al cónsul, al emperador y no al amante, arrastrándose, suplicando y llorando á los piés de una hermosa, podrá saltar el capitulo sin riesgo; tendrá una prueba menos; pero de seguro no hará falta para alcanzar hasta la evidencia, que nunca ha existido Napoleon.

Mas con el objeto de que no pueda censurárenos por sobradamente difusos en los sucesos de Apolo, que tienen relacion con las

escenas de nuestro héroe, y que vamos á describir en el presente capítulo, no hemos hecho mas que dar muy ligeros toques; con la doble intencion de no hacer desabridos y poco uniformes, siquiera en la forma, unos cuadros que al presentarlos bajo otra faz perderian gran parte del tinte simpático y esencialmente poético que deben contener: sin embargo, si algun curioso lector desea hallar por completo y en todas sus partes la intimidad en todos y cada uno de los accidentes, puede consultar las obras mitológicas, de cuyo trabajo nos escusamos nosotros por las atendibles razones que hemos manifestado: por lo demas, esperamos que aun con esos sencillos bosquejos será eminentemente palpable el plagio que para crear un moderno Dios se ha hecho de otro antiguo.

Apolo, todavía niño, amó á su hermana Hebe, diosa de la juventud; pero este amor no tuvo consecuencias por haber sido separado de ella para desempeñar su mision, alumbrando al mundo.

Hé aqui lo que sobre Napoleón dice un autor anónimo, que nos veremos precisados á seguir mas de una vez en el artículo que nos ocupa.

No habia cumplido Napoleon los 10 años de edad, tenia viveza, era despejado y sumamente alegre; pero ya manifestaba firmeza de carácter, valor extraordinario y perseverancia sin igual. Una prima de Carlos Bonaparte, padre de Napoleon, que acababa de perder á su marido, dejó la vida campestre y fué á Ajaccio á pedir un asilo á su primo, que nada descuidó para recibirla segun merecia.

Esta señora, á quien las memorias de donde hemos extractado esta anécdota solo la designan con el nombre de Leonor, contaba á la sazón poco mas de 30 años; pero era sumamente simpática, y sus ojos, demasiado expresivos, significaban vivas pasiones; tenia ademas excelente carácter, excelente sensibilidad y algo exaltada la imaginación.... Aquí corremos un tupido velo, que rogamos á nuestros lectores no osen levantar.

Dirémos, sí, que la hermosa huéspeda trató á Napoleon como á un niño de nueve años; pero tambien es cierto que se arrepintió muy en breve: el inocente sentia abrasarse su pecho, tenia necesidad de salir al campo para respirar el aire y disipar de su imaginación

las penas que le atormentaban: se decidió, entonces, habló á su bella prima, que comenzó á hacerse recatada, y el infante se hizo mas exigente: en fin, molestada ya la jóven con la perseverancia asídua de su tierno primo, se decidió á inclinar el ánimo de su madre Letitia á separarle de la casa paterna.

—Vuestro hijo Napoleon, dijo á ma lama Bonaparte, será indudablemente un genio poco comun, y seria lástima dejar perder su juventud en esta isla; parece tener una inclinacion decidida á las armas, ¿por qué no procurais meterle en una escuela militar?

—Ya sabeis, prima mia, repuso la interpelada, que nuestra fortuna es muy corta, y que no podemos sacrificar los demas hijos á Napoleon.

Entonces Leonor habló de Mr. Marboeuf, y por influencia de este, como hemos dicho, obtuvo una plaza en el colegio militar de Brienne.

Aquí concluimos este episodio, del que hemos llamado algunas interesantes circunstancias por pudorosas condiciones.



II.

Veamos, pues, el segundo amor de Napoleón:

Llegado que hubo á la escuela militar, se entregó con afán al estudio; porque en su corazón fermentaban ya la ambición y el amor á la gloria. Estas dos pasiones no le hicieron olvidar á su hermosa prima: la imagen de Leonor se le representaba de continuo; aquellos voluptuosos recuerdos que le traía la memoria, alhagaban su pasión, y aunque procuraba distraer su imaginación, no pudo tener apagada por mucho tiempo aquella naturaleza de fuego. Napoleón tenía cerca de quince años y fácilmente podía juzgarse de lo que sería entonces si se compara con lo que había sido algunos años antes: insensiblemente se fué amortiguando el recuerdo de Leonor; pero al mismo tiempo buscaba el joven escolar á su alrededor alguna beldad que fuese digna de sus homenajes.

Había visto Napoleón algunas veces en sus paseos á la señorita Eugenia *** acompañada de su padre, pequeño propietario. Eugenia era de mediana, pero proporcionada estatura,

unas facciones preciosas y delicadas y una blanca y fina tez la hacian un modelo de perfeccion y de gracia; mas sus virtudes y las de su familia formaban en torno suyo una barrera dificil de superar, y el título de estudiante de Brienne y la carrera destinada á Napoleon añadian á ella nuevos obstáculos.

Apenas hubo visto á Eugenia procuró informarse y supo que su padre cultivaba para su recreo un jardinito separado de la casa por un foso de agua viva: aquel parage fue, pues, el objeto de todos los paseos de nuestro escolar: como la valla que lo cercaba era estrecha, pudo Mr. H***, padre de la jóven, reparar en él y dirigirle la palabra. Napoleon fingio sentir una fuerte inclinacion á las flores, y desde entonces fue admitido en el jardin, y pudo ver y hablar á Eugenia, que no era por cierto la flor menos hermosa que su padre cultivaba.

El anciano quedó en breve prendado del extraordinario talento del jóven, y le convidó alguna vez á comer con ellos: buen cuidado tuvo el hábil táctico en no rehusarlo, aunque con la prudencia de economizar las visitas á fin de no despertar sospechas; y fue tan feliz en captarse la confianza de Mr. H***

que durante los paseos que daba al jardín gustaba que los jóvenes se quedasen hablando á la sombra de un emparrado mientras él cultivaba las flores.

No estaba en los principios de Napoleon despreciar la menor circunstancia para sus adelantos, y bien pronto supo Eugenia que la adoraba, al paso que obtuvo de esta una confesion la mas tierna.

—¡Ah, querido amigo! ¡cuán dichosa sería si pudiera adquirir la seguridad de pasar mi vida junto á vos! murmuraba casi sollozando la inocente joven.

—Podremos, sí, vernos separados, reponia el escolar amante; pero nuestra constancia hará que esta separacion sea momentánea.... Juro á la faz del cielo, Eugenia querida, que tú serás mi única esposa.. . . .

Los amantes buscaron desde entonces los medios de verse con mas frecuencia; Eugenia se aprovechaba del sueño de su padre durante la noche para dejar silenciosamente su cuarto y bajar al jardín. Por su parte el joven audáz escalaba las paredes del colegio y permanecian juntos hasta la aurora en un pabellon, perfumado por las flores y convertido entonces en templo de amor.

Una noche, despues de haber saltado la pared, segun costumbre, reparó en un hombre que perseguia á una muger, y que esta, procurando cubrirse con un velo, le repelia con fuerza sin proferir ni una palabra; pero que él, sin mostrar violencia, parecia no tener mas que el deseo de conocerla; arrójase Napoleon entre ambos y pregunta al hombre con qué derecho se obstinaba en penetrar un secreto que quizás se tenia un grande interés en ocultar.

—Vos sois, segun supongo, el amante de esta dama, contestó el desconocido; en ese caso me retiro, no por temor, sino porque no entra en mis miras el turbar vuestra cita. Si dudais de ello estoy pronto á daros cuantas satisfacciones exijais.

—Vuestro proceder es tan generoso, respondió Bonaparte, que no vacilo un momento en manifestaros que esta dama es mi amiga, que soy discípulo de la escuela militar y que fio á vuestra honradez la suerte de dos jóvenes que jamás os han causado el menor daño.

—Hé aqui mi nombre, añadió el incógnito, ya sé yo el vuestro. Diéronse las manos y este se alejó.

Felicitábase Napoleon por el engaño que creia haber hurdido improvisadamente; pero estrañaba el ver que la desconocida no se retirase; acércase á ella: esto era ya una infidelidad á Eugenia; pero no, era ella misma. Estaba desesperada por la tardanza de su amante y habia salido en su busca: sorprendido un hombre de ver á una muger errante por el campo la habia seguido: conocíale ella y procuraba ocultar sus facciones cuando llegó Napoleon á su socorro.

Mas de un año habia pasado sin que los amores de estos dos felices amantes hubiesen experimentado el menor contratiempo, cuando despues de haber sufrido el jóven un riguroso exámen se le reputó digno de pasar á la escuela militar de Paris. Al saber esta decision fué tan violento el pesar que recibió, segun confesó posteriormente, que ni la pérdida de una batalla, ni la muerte de sus mas valientes generales pudo jamas constristarle hasta tal extremo.

Sin embargo, como la ambicion y la gloria eran los objetos que obraban en su corazon con mayor fuerza, y como tenia un temple de alma poco comun, tuvo buen cuidado en no hacer cosa alguna que pudiese poner

abstáculo á sus adelantos: empleó, pues, los pocos dias que habia de pasar con Eugenia los mas tiernos consuelos, piutándole el porvenir que les estaba reservado con tan brillantes colores, que consiguió al fin hacerla mirar esa momentánea separacion como una dicha de que debian felicitarse, pues que ella parecia acelerar el momento en que pudiesen santificar la union, formada primero por el amor.

Marchó, pues, Napoleon á Paris, y establecido en la escuela militar, afectó gusto por la soledad, y una austeridad de costumbres que no formaban ciertamente su carácter; pero que traian origen del amor que le habia inspirado la hermosa Eugenia. Ella era el objeto de todos los pensamientos de todos los deseos que Bonaparte abrigaba: solo ella era el móvil que le impelia á la ambicion de gloria, alhagado por la brillante idea de que su nombradia proporcionaria en lo sucesivo noticias á su querida amante.

Pero ese sueño de su imaginacion duró bien poco: una carta de Eugenia, cuyos caractéres pudo conocer apenas le participó la peligrosa enfermedad de que habia sido afectada. El extraordinario efecto que esta noti-

cia produjo en su alma le sugirió la idea de marchar inmediatamente y aun sin permiso á Brienne; pero discurrendo mejor, pasados algunos instantes, resolvió pasar á casa de Mr. Marboeuf, su protector; á quien suplicó emplease su valimiento para obtener una licencia de algunos dias.

—Uno de mis mayores amigos, dijo, se halla peligrosamente enfermo, ha mandado que se me noticie, y mi mayor sentimiento será no poder llegar á tiempo de abrazarle.

Mr. Marboeuf, que veia en este acto un laudable fondo de sensibilidad, se apresuró á obtener la licencia, y en la tarde misma corría el jóven Bonaparte hácia el camino de Brienne; llega, se lanza del carruaje, está en casa de Mr. H^{***}, á quien encuentra enagenado y cubierto de lágrimas, penetra en la estancia de Eugenia.... ¡Ah! iba á exhalar el último suspiro.

—Te doy gracias, mi querido amigo, le dijo apretándole la mano, y en aquel momento dejó de existir. Quieren separar á Napoleon del lado de su difunta amante; pero él, un momento abismado, se queja despues, amenaza, riñe, y bien sabido es su aire amenazante; preciso fué permitirle pa-

sar la noche junto á los restos inanimados de su querida: el dia siguiente siguió á la comitiva fúnebre hasta el cementerio y contempló con aire melancólico bajar el féretro al centro de la tierra: entonces, solo entonces se arrancó de su pecho un largo y profundo suspiro, desapareciendo antes que la fúnebre ceremonia hubiera tocado á su fin; dos dias despues estaba de vuelta en el colegio militar de la capital de Francia.

—En toda mi vida, dice él mismo, no ha pasado un solo dia sin consagrar un recuerdo de dolor á esta desgraciada é inocente jóven.

Apliquemos ahora este bello aunque fúnebre accidente á lo que se ha creido por algunos pueblos respecto al ástro del dia:

Segun una tradicion de los Egipcios, Apolo habia amado á una deidad de las florestas llamada Derdiza; pero cuando el amante iba á llegar al colmo de su felicidad en su ferviente amor, la diosa, ahogada quizás por la vehemencia de su mismo sentimiento, espiró entre los abrazos y sollozos de su compañero. Entonces se retiró de aquel lugar y ocultó su rostro por no ver la desgracia de su amiga: asi esplicaban el primer eclipse que

advirtieron y que les causó suma estrañeza: todos los dias sin faltar uno solo se continúan; esconde su disco bajo los montes, para llorar la muerte de su mejor amante; cuando advirtieron que los eclipses se sucedian casi todos los años, entonces, en vez de aplicar estos accidentes á la muerte de alguna otra querida del sol opinaban y creian, con la mas segura fé, que Apolo consagraba aquel dia al aniversario de la triste desgracia que le ha condenado á llorar todos los dias.

Nos parecen harto visibles los puntos de relacion entre estos dos sucesos para que nos detengamos á comentarlos y á hacer de ellos estensas aplicaciones; basta presentarlos; los lectores deben deducir si es ó no cierta la similitud completa que hemos procurado hallar.

III.

El número III revela desde luego grandes ideas; es un número misterioso, espresivo, simbólico, consagrado á grandes objetos y aun á la manifestacion, ya que no á la esplicacion de algunas de nuestras ideas religiosas: el tercer amor de Napoleon, pues, debia formarse por los prohombres de la república

con toda la grandeza, con todo el lujo posible, sin ser originales, porque eso parece que no les era dado á los revolucionarios mas que para la revolucion, debian circuirle de las mas bellas ilusiones, de la estrechez mas intima con los sucesos del mismo sol.

Al regresar una tarde nuestro héroe á la escuela militar por la calle de Bons-Emfans, se le acercó una jóven que entre temerosa y osada le invita á subir á su casa: el jóven aceptó desde luego, y ella le condujo á la habitacion de la Dubois, célebre cortesana de aquel tiempo. Llegado Napoleón á la estancia de la jóven examina su fácil conquista; era una bella jóven que, contra lo general en las ninfas de su clase, parecia harto tímida y osaba apenas levantar los ojos.

Esta timidez pareció al jóven de feliz agüero y procuró tranquilizar á su compañera: participóle esta que se llamaba Luisa, que habia sido seducida por un hombre y abandonada luego, que viéndose rechazada despues por sus parientes habia probado subvenir á sus necesidades por medio de la labor; pero que no hallándola tan pronto como su situacion lo requeria se colocó en casa de la Dubois para no perecer de miseria.

Pasaron juntos la velada y Napoleon se pudo convencer fácilmente de que Luisa no podía hacerle retroceder de la idea que antes formara; prometió por tanto volverla á ver y cumplió la palabra. No tardó en convencerse de que no era un efecto de relajacion lo que habia decidido á la jóven á tomar un partido que tanto la envileciera; y en tal concepto, la propuso que se retirase de aquella casa y tomar otra mas pequeña, donde le fuese fácil hallar trabajo, y en caso de que este no se encontrase pronto él se ofrecia acudir á sus necesidades. La familia de Napoleon no era á la verdad rica; pero el jóven recibia de Mr. Marboeuf, su protector, el dinero necesario á los menudos gastos, y como sus sencillas inclinaciones no exigian grandes sumas se encontraba entonces con el fruto de sus economias.

Aceptó Luisa con reconocimiento la proposicion de su amante, y alquiló desde luego un cuarto amueblado en la calle de Babilonia, adonde se trasladó el mismo dia.

No tuvo Napoleon que arrepentirse de haber contraido estas relaciones; la jóven le amaba tiernamente, cifraba su propia dicha en verle feliz y procuraba por todos los me-

dios desvanecer los pesares de su amigo cuando este se veia aquejado de ellos. Tan ingénuo comportamiento atrajo sobre ella un verdadero afecto de Napoleon, y esceptuando algunas visitas indispensables que hacia los jueves y domingos, únicos dias en que le era permitido salir, pasaba junto á Luisa todo el tiempo de que podia disponer; pero esto era muy poco y ambos buscaban el medio de hablarse con mas frecuencia, Luisa logró hallarle.

Un dia en que Napoleon, segun su costumbre, se paseaba solo durante las horas de recreo, tuvo aviso de que un jóven le venia á visitar; sale á su encuentro y ve un caballero que se adelanta hácia él; observa entonces y ve á Luisa que se le arroja en los brazos. Esta jóven tuvo tal facilidad en adaptarse al nuevo traje que nadie conoció la estratagemá, y desde entonces pudo, sin temor, menudear sus visitas á la escuela militar.

Luisa se conservaba siempre hermosa, amable y apasionada, y estas circunstancias parecian aumentar de dia en dia el afecto que Napoleon le profesaba; esta felicidad, que por sí sola era capaz de hacerla dichosa, vino á aumentarse con otra de bastante importancia,

tal era la herencia de que la muerte de su padre la ponía en posesion de cuanto pudieran serla necesario en lo sucesivo.

—Amigo mio, dijo á Napoleon al participarle esta noticia, ha llegado el caso de que á mi vez pueda serte útil.

—No tengo necesidad alguna de dinero, mi querida Luisa, y si aceptase el que tú me ofreces te confieso que no sabria el destino que darle; sin embargo, prosiguió Bonaparte, hay un medio de emplearle en nuestro comun provecho, y es el de asegurarte con esta suma un porvenir sólido é independiente.

—¡Siempre mis mismos pensamientos! yo tambien he discurrido sobre ello, voy á comprar los enseres de una lenceria, y sabiendo trabajar no dejará de tener buen resultado mi proyecto; pero yo espero, caballero, que os considereis en vuestra propia casa cuando vengais á verme.

Bonaparte le dió gracias con la mas tierna atencion y se pensó en realizar el partido préviamente tomado.

Desde entonces ambos amantes acostumbraban á pasear por la ciudad todos los domingos: en uno de estos debia elevarse una

de esas máquinas aereostáticas que hoy se llaman globos y entonces eran conocidas por el nombre de *montgolfieras*, de su autor Montgolfier; á vista del aereonauta se inflamó el corazón de Napoleon y se sintió subyugado por su amor á lo extraordinario.

—Luisa, dijo á su amiga preocupado, subamos al barquichuelo y seremos los dos primeros amantes que se hayan arrojado al cielo.

—¡Oh, qué idea, mi querido amigo! repuso ella asustada; ¿y si hubiese malos resultados? Si por desgracia elevados hasta las nubes se descompusiese esa máquina....

—¿Y qué? en ese caso la muerte seria dulce y gloriosa. Gloriosa, porque seriamos los primeros en emprender este peligroso viage, y dulce porque moririamos el uno en los brazos del otro.

Temblaba Luisa; pero no tardó en sentir una chispa del entusiasmo que arrebatava á su amante y consintió en seguirle.

Adelantóse desde luego Napoleon hácia el circo en que se hacian los preparativos; pide hablar al director y le comunica su proyecto. Sonrióse de lástima el aereonauta al escucharle; pero viendo que el jóven se iba ani-

mando mas aun le dijo cortesmente:

—Lo que vos pedis, caballero, es imposible, se necesita para intentar un viage tan peligroso poseer conocimientos que os son estraños.

—¿Y quién os ha dicho que yo no poseo esos conocimientos? cuyas palabras fueron pronunciadas con un aire de autoridad, de superioridad, que dejaron suspenso á su interlocutor: con todo, recobró, pasado un instante, su firmeza y mandó á los jóvenes que se retirasen.

—Pues bien, si no subimos con el globo tampoco subirá él sin nosotros.

Saca, al decir esto, su espada, agugeréale por mil partes, evapórase el gas, inutiliza de este modo la obra y chasquea á un sinnúmero de curiosos que se habian reunido en el campo de marte.

Poco despues de esta aventura fue cuando Napoleón obtuvo el grado de subteniente de artilleria en el regimiento de la Fere, que se hallaba entonces de guarnicion en Valence.

Era forzooso marchar y dejar á Luisa, pero la ambicion tenia ya mas preponderancia que el amor en el coracon del jóven oficial y le hacia menos sensible esta separacion: afli-

gióse Luisa al saber la próxima partida de su amante: hicieronse locas promesas, trocaronse juramentos y Napoleon marchó.

Despues de algun tiempo Napoleon volvió á Paris y sintió deseos de ver á Luisa: la encontró en efecto tan amable y afectuosa como antes, pero mas reservada: quejóse de ello su antiguo amante y ella le confesó que estaba proxima á casarse con un hombre honrado, á quien tendria un sentimiento en engañar.

—Decidme una palabra, añadió, y quedará roto este matrimonio, pero es preciso confesar que entonces me impondriais un sacrificio.

—No quiera Dios me oponga á tu felicidad, querida Luisa; tú serás buena esposa y buena madre; estoy seguro de ello; en mí tendrás siempre un amigo sincero.

Abrazáronse tiernamente y se separaron, á pesar de los vivos recuerdos que esta sencilla demostracion de afecto les causaba.

Esto dice el autor de los *Amores secretos*, de quien tomamos esta noticia, pero Mr. G. en las *Horas de amor*, edicion de Paris de 1828, acaba esta anécdota con otro cuadro final: dice que al saber Napoleon, de boca de

su amiga que habia sido infamemente engañado se dejó arrastrar de la mas violenta desesperacion: pero muy pronto afectó una tranquilidad sincera y afectuosa.

Sin embargo, al vivo ojo de un observador no hubiera podido ocultarse que Napoleon meditaba alguna horrible venganza: en efecto, Napoleon se apartó de la jóven sin pronunciar ni la mas leve censura respectó á su buen ó mal proceder; pero la misma noche esperó Bonaparte la hora en que el prometido esposo de Luisa tenia costumbre de visitarla. No habia aguardado mucho tiempo, y el honrado comerciante subia á saltos la escalera de la casa; Luisa salió á recibirle y le habló con el mas concentrado cariño, con las palabras mas espresivas: Bonaparte estaba tan cerca que casi pudo escuchar toda la conversacion; por fin, no pudiendo sufrir por mas tiempo los celos ardientes que le devoraban, estando además herido su orgullo y su amor propio, se precipita en la escalera, impele frenéticamente la puerta y se presenta enfrente de ambos jóvenes, el rostro descompuesto y con la espada en la mano; Luisa cayó desmayada.

—¿Qué buscáis aqui, caballero? exclamó

entre sorprendido y temeroso el mercader.

—Vuestra sangre, repuso Napoleon, cada vez mas encolerizado.

—Pienso que padeceis una equivocacion, habreis errado la casa, yo no os he faltado en nada, ni en mi vida os he visto.

—No vengo á exigir satisfacciones, vengo á batirme con vos, si no quereis morir como un cobarde.

—Si es preciso nos batiremos pero bien veis que no tengo armas, dijo el mercader, confiado en que seria suficiente esta excusa.

—Tomad, tomad, dijo el oficial entregándole su espada al mismo tiempo que recojia un cuchillo que habia al acaso sobre la mesa.

—Pero ¿qué quereis de mí?

—Que os defendais ú os atravieso el corazon.

—Pero....

—Reñid.

El nuevo amante de Luisa creyó haber oido suspirar á esta, y venciendo su cobardía, siquiera por hallarse en casa y á presencia de su amiga, exclamó como esforzándose ó tomando una ciega resolucion.

—Andad.

—De seguro, si hubiera estado mas ins-

truido en lances de honor, aun hubiese alegado la nueva excusa de la desigualdad de las armas; pero como esta por otra parte estaba á su favor, ya que reñia queria reñir con ventaja.

Bonaparte no esperó nada al escuchar la última palabra de su rival; arrojóse sobre él como un tigre y, separando con un fuerte golpe la espada de su contrario, que permanecia sin moverse enfrente de él, y señalándole el pecho le atravesó el puñal en el corazon.

El comerciante cayó muerto á sus piés; entonces recogió su espada y aun lanzó una mirada horrorosa sobre Luisa, pero le pareció infame matar á una muger, y á una muger desmayada.

El dia siguiente partió Napoleon para Córcega á donde le llamaba su destino, y nunca llegó á saberse, por mas inquisiciones que se hicieron, quién habia sido el autor del asesinato causado en la persona del amante de Luisa; esta se negó á confesar y jamás descubrió el crimen del que fuera en un tiempo su protector; mas no pudiendo sufrir por mas tiempo la profunda impresiou que esta desgracia hizo en su alma, atacada de una pe-

nosa enfermedad, espiró al fin, aun en los bel os días de la juventud.

Esta opinion del autor de las *Horas del amor* nos parece mas acertada que la que hemos citado anteriormente y en mas armonia con el carácter rígido, orgulloso y osado de Napoleon; tanto mas, cuanto que acaso en los amores secretos se haya confundido esta anécdota con la de Madama Bresieux, á la que Bonaparte pudo perdonar porque no le habia engañado; pero Luisa habia cometido una infamia.

Bajo este concepto espondremos dos palabras sobre lo que se refiere de otros amores del sol.

Apolo amó á la ninfa Coronis; mas todas las noches se separaban ambos amantes por no poder acompañarle en su carro: en una de estas separaciones vió la diosa á Isquis y se enamoró de él; este, por su parte, no titubeó en hacerla depositaria de su amor; pero resentido Apolo de la falsedad de la diosa, y de la preferencia que le daba á Isquis, hizo morir á los dos.

En el amor, pues, de Napoleon nada se ha creado; la ascension del globo de Mr. Montgolfier coincide con el carro del sol, en que

él se elevaba todos los días; ya que á Bonaparte no le concedieran la accion le concedieron al menos el pensamiento; lo demas fuera un absurdo que nadie hubiera creido y lo primero era hacer creer. «En una de estas separaciones vió la diosa á Isquis y se enamoró de él.» Napoleon estaba tambien ausente cuando Luisa se prendó del bueno del mercader.

Sin embargo, hay un pequeño incidente, en el que no estan conformes la mitología y las historias de nuestro héroe; la razon de diferencia es muy sencilla: Apolo dió muerte á ambos amantes y Napoleon no mas que á uno de ellos, el menos culpable seguramente; á pesar de esto nos queda un ancho campo de defensa, y tan estenso como lo es el de la misma verdad.

Si se hubiese dicho que Napoleon habia dado muerte á una débil muger, despues de dársela á su amante, desde luego hubiera perdido su prestigio de valor, de grandeza de alma, de sublimidad, de todo, en fin, cuanto le hacia aparecer como un dios: asi, sus autores, desviándose un momento del original, mataron á Isquis en la persona del mercader, y á Coronis, representada por Lui-

sa, no hicieron mas que desmayarla: con esto creemos contestada la acusacion, ó al menos la duda que pudiera levantarse contra nosotros, tanto mas, cuanto que, como antes hemos dicho, la desgraciada jóven murió de enfermedad á los pocos dias de un suceso que tan terriblemente habia hecho sufrir á su alma.

IV.

A este lugar corresponde precisamente la aventura de Napoleon en Madama de Bressieux, á quien ya hemos nombrado: Hé aqui cómo Mr. Alejandro Dumas refiere esta interesante anécdota:

«Residiendo Napoleon en Valence, entre las pocas personas que alli veia, se contaba Mr. de Tardiva, abad de San Rufo, cuya órden habia sido suprimida poco tiempo antes; encontró en su casa á la señorita Gregoria de Colombier y se enamoró de ella. La familia de esta jóven habitaba una aldea á media legua de Valence, llamada Bassiam: consiguió el jóven teniente ser recibido en su casa y la hizo muchas visitas. En este intermedio se presentó un caballero del delfinado, llamado Mr. Bressieux; viendo Bonaparte que ya era

tiempo de declararse si no queria ser ganado por la mano, escribió á la señorita Gregoria una larga carta, en que le espresaba sus sentimientos hácia ella, y le invitaba á que se los comunicase á sus padres. Colocados estos en la alternativa de dar su hija á un militar sin porvenir ó á un caballero que poseía alguna fortuna, optaron por este: Bonaparte fue despedido y su carta puesta en manos de una tercera persona que quiso, como habia encargado antes en ella, volverla al que la escribió; pero no queriendo tomarla este, contestó: «Guardadla, algun dia será un doble testimonio de mi amor y de la pureza de mis sentimientos hácia la señorita Gregoria. La persona guardó la carta y la familia la conserva aun.

Tres meses despues la señorita Gregoria estaba casada con Mr. Bressieux.

En 1806 fue llamada Madama Bressieux á la córte con el título de dama de la emperatriz; su hermano enviado á Turin en calidad de prefecto y su esposo nombrado baron y administrador de los bosques del Estado.

Apolo amó tambien á la ninfa Arcinoe; pero su padre Odelo se opuso á estos amores y entregó su hija á Parsis. El sol no guardó ni

el menor resentimiento de ella, antes por el contrario, cuando le fue entregado su carro de oro para regir á la humanidad la convirtió en Flora, diosa de la tierra, que era su esposa, como la emperatriz Josefina lo era de Napoleon: su esposo fue tambien convertido en Silvao, nombre que se daba á los dioses de los bosques; á su hermano Edon le dió poder para castigar á los falsos amantes.

V.

Durante una corta permanencia que hizo Napoleon en la isla de Córcega, cuando se separó de Luisa, encontró varias veces á una jóven viuda, sumamente hermosa, é informándose de sus circunstancias, supo que en medio de una escasa fortuna vivia retirada y gozaba de una excelente reputacion. Esto fue lo suficiente para que el jóven oficial resolviese poseerla, buscando con este objeto todas las ocasiones de cambiar con ella sus miradas. La viuda era muy devota y pasaba largas horas en la iglesia, á la que no dejó de seguirla Napoleon, hasta el extremo de pasar allí dias enteros, sin embargo de las chanzas con que sus compañeros le satiriza-

ban. Bien pronto aventuró tambien algunos billetes que, lejos de tener el deseado éxito, quedó sin respuesta el primero y los demas le fueron devueltos sin abrir.

Cualquiera otro que no fuera Bonaparte se hubiera desanimado con tal contratiempo; pero esto solo sirvió para hacerle mas perseverante, y consiguió finalmente que su preciosa devota le concediese una entrevista de pocos instantes, que habia solicitado por medio del confesor de la misma.

Entonces fue cuando desplegó Bonaparte todo el fuego de la elocuencia de un verdadero enamorado; ensalzó la pureza de sus intenciones, y suplicó encarecidamente no se le privase de toda esperanza; pero frustrados estos esfuerzos le fue preciso retirarse sin haber obtenido siquiera el permiso de presentarse segunda vez al objeto por quien se abrasaba.

—Es forzoso por lo mismo, decia él al tiempo de salir, dándose palmadas en la frente, es forzoso que esta muger me ame.

Otras varias tentativas que habia hecho el joven oficial parecian haber entibiado su ardor, cuando de repente, en medio de la noche oyóse la campana de alarma; un incen-

dio acaba de apoderarse de una de las casas de la ciudad y precisamente la casa de la virtuosa viuda es presa de las llamas. Arrójase Napoleon por entre ruinas, sube una escalera abrasada, llega junto á la hermosa jóven, que se ha quedado desmayada y tiene la felicidad de salvarla.

Habiendo madama D^{***} recobrado el uso de sus sentidos manifestó á su libertador el mayor reconocimiento, y aceptó la oferta que le hizo de llevarla á un cuarto que habia mandado preparar para sí unos dias antes; pero que no habitaba todavia.

No podia ya madama D^{***} negar la entrada en adelante á Napoleon, quien, sin embargo de pasar á su lado muchas veladas, no veia sus negocios de mejor semblante. Conociendo nuestro oficial la imposibilidad de tomar la plaza segun su sistema, resolvió apoderarse de ella por sorpresa.

Bonaparte alcanzó sus deseos; pero la jóven se quejaba de él al propio tiempo que con cierto aire de dignidad le dirigia las siguientes palabras:

—Yo espero que no me obligareis á usar ningun medio violento para haceros salir de a qui.

En vano intentó Napoleon dar é esta nueva Lucrecia nuevas pruebas de amor; hubiera sido preciso para ello recurrir á acciones fuertes; la retirada en este caso era el recurso mas prudente, y fue precisamente el que tomó nuestro artillero. Se retiró, pues, aunque con la esperanza de que no concluiría así la aventura, y de encontrar á la jóven viuda mas favorablemente dispuesta; pero cuán sorprendido quedó cuando, al presentarse en su casa al dia siguiente, supo que su amada se habia ausentado, sin participar á persona alguna el sitio á que se dirigia. Esta desaparicion no dejó de causar cierta zozobra á Napoleon, que temia, no sin fundamento, un suicidio, observando el temple de aquella alma, y la conducta que con ella habia observado.

Esta sospecha le obligó á reiterar las pesquisas durante muchos dias y en diferentes lugares. Algun tiempo despues paseaba Napoleon por la orilla del mar y se hallaba solo, segun su costumbre: aquella tarde, preocupado con las grandes ideas que absorbian su imaginacion, y ayudado tambien por un cielo despejado y hermoso, habia hecho mas largo su paseo que lo regular, y aun estaba á bas-

tante distancia de la isla; era la hora del crepúsculo y creyó distinguir, próxima á la misma orilla una luz, colocada, al parecer, en lo interior de una cabaña; esperando alguna aventura se decidió á llegar hasta ella; pero cuál fue su sorpresa cuando, ya bien cercano, pudo distinguir á la hermosa viuda, reclinada ligeramente en una especie de banco, formado de una piedra y puesto en uno de los lados de la agreste morada: tendió Napoleon la vista en su alrededor para examinar si alguien le observaba, y entonces pudo distinguir, á la espalda de la cabaña, un pequeño jardinito, primorosamente cultivado; lo que le hizo comprender que seguramente aquella habia sido la abitacion de su estóica amante desde su ausencia.

Al ruido que hizo Bonaparte al pasar junto á algunos arbustos que crecian al lado de la casa rústica, la jóven se incorporó espantada, cual si temiese la vista de sus semejantes; pero cuando á la escasa luz del ultimo suspiro del dia pudo distinguir á Napoleon arrojó un grito de sorpresa ó de amoroso entusiasmo; quizas entonces no obraba mas que el instinto, sin dar lugar al deber; Bonaparte no supo qué imaginar de todo aquello.

Un anciano, de rostro venerable y de espesas y blancas barbas, se apareció en aquel momento en la puerta de la choza; no obstante su presencia de ánimo, Napoleon temió por un momento y quedó petrificado: el rostro de aquel hombre tenia algo de original y superior.

—Salvadme, exclamó entonces la viuda, arrojándose en brazos de su protector, si nos es lícito designarle con este nombre.

El anciano habia dejado á la jóven sostenerse sobre su siniestro brazo, y alzaba el derecho en actitud amenazante; pero no habló una sola palabra.

—No me intimidais; caballero, mas me parece de mi deber daros una satisfaccion acerca de este accidente.

Esto pareció calmar la cólera del protector de la viuda, y se preparaba á escuchar.

Esta exclamó con un acento forzado:

—Huyamos, huyamos de este sitio, yo os lo revelaré todo; tomemos esa barca, salvadme, padre mio.

Y arrastró al anciano hasta la horilla, de la que á poco desaparecieron, cortando con la mayor velocidad las rizadas ondas.

Bonaparte estaba confundido; no sabia qué

imaginar, ni de aquel anciano, ni de las súplicas y precipitada ausencia de la jóven; pero bien pronto se serenó y aun se dispuso á examinar todos aquellos lugares, frecuentados por su esquivá amante: nada oncontró digno de fijar su atencion; pero al llegar al pequeño pensil de que ya hemos hablado, nuestro héroe se detuvo, y por un largo espacio de tiempo contempló y miró atentamente; la causa de esta sorpresa, ó mejor, de este éxtasis del capitan del siglo, era una cosa bien sencilla; mas por un instinto, por un presentimiento de su corazon encontraba en ella un encanto que le seducia al par que le inspiraba un profundo respeto: todo esto emanaba únicamente de la combinacion de las flores: en medio del jardinito, la bella floricultora, sin duda, habia formado un pequeño círculo de sensitivas, de esa preciosa flor, tan maravillosa como poética: en medio de él se elevaba, dominando los tallos que le circuián, un ramo de siempre vivas, frescas y lozanas: el contraste que formaba la eternidad de estas últimas con la languidez estremada de las primeras, inspiraron en el corazon de Bonaparte dos grandes sentimientos, la gloria y el amor.

Con dificultad pudo retirarse Napoleón de aquel ameno recinto, que tenia para él un encanto sagrado, una significacion íntima y seductora, y un atractivo secreto: por esto, pues, no pudo dar un paso atrás sin llevar uno de aquellos objetos como un recuerdo palpable de aquella aventura; pero al pensar en esto, al querer estender su mano sobre una de aquellas flores, creia que iba á cometer una profanacion; acaso aquel habia sido el templo de la bella muger á quien tanto habia amado sin haber vencido su esquivez; quizás allí habia orado, habia sollozado y dirigido al cielo sus votos de ventura y felicidad: una fuerza impulsiva, vehemente, terrible, oponiéndose á sus pensamientos, le acercaba cada vez mas al objeto de su admiracion y de su entusiasmo; Napoleón, en fin, no pudo superar un impulso y cortó la flor mas lozana de las eternas, y dando un profundo adios á aquellos lugares, se alejó con el corazon oprimido.

Esta siempre viva fue conservada por Napoleón hasta que la muerte vino á sorprenderle; despues ha sido respetada tambien por toda su familia, y existia en 1835 encerrada en una delicada urna, preciosa obra de vitri-

ficacion del sabio mecánico Mr. Hrner.»

Aquí acaba esta anécdota, digna de tanta fe como las anteriores; y creeríamos inferir un agravio á cuantas personas someramente instruidas lean nuestras modestas páginas, si nos empeñáramos en fijar todas las circunstancias de los sucesos mitológicos, con los que tiene los mas fuertes lazos. Todos habrán recordado con su sola lectura á la virtuosa Dafne, huyendo al rio Penéo, su protector, que la convierte en laurel, y á Apolo, ciñéndose á la frente la eterna rama que cortò de su queridísimo árbol.



CAPITULO VII.

BODAS DE NAPOLEON.

Con grandes escollos tuvieron que luchar los hombres de la república para crear, o mejor, para dar á las bodas de Napoleón el carácter que exigian, si habian de guardar relacion con lo que sobre este punto se nos cuenta de Febo: enteramente contrarios los ritos y fórmulas de la celebracion del matri-

monio, sin la menor semejanza con los celebrados en la antigüedad, tuvieron que saltar por todo, atropellarlo todo y hacer un divorcio completo y otro nuevo matrimonio, á fin de que no se quebrantase un momento el exacto paralelo, establecido entre él y su original: verdad es que esta obra no les fue muy difícil; supremos legisladores del Estado rompieron los indisolubles vínculos del matrimonio, rebajándolo á la consideracion de contrato civil, segun era conocido entre los antiguos; por eso dice VValter Scot, hablando del tiempo de la república, que el matrimonio quedó reducido á un simple contrato, de una naturaleza transitoria, que dos personas podian contraer y romper cuando su gusto y sus pasiones estuviesen satisfechas. Espíritus infernales que hubieran querido inventar el medio mas propio de destruir lo mas respetable, lo mas dulce, lo mas sólido que existe en la vida doméstica; por eso hicieron descender al matrimonio al humillante estado de cohabitacion pasagera, de concubinato legal. Sobre esto mismo acostumbraba á decir Sofia de Arnaut, célebre por sus dichos agudos, que el casamiento republicano era el casamiento del adulterio: eso

mismo fue frecuentemente el matrimonio entre los dioses de la mitología.

Espliquemos, pues, el doble matrimonio del héroe mitológico del siglo XIX.

Solo el amor, dice el autor del *Napoleon ante sus contemporáneos*, podia distraer los tormentos de un alma fogosa que ardia en deseos de engolfarse en la carrera de la gloria. Encontrábase Bonaparte frecuentemente en sociedad con madama de Beaubarnais, que varias veces le dirigió elogios muy lisonjeros acerca de sus talentos militares, y estos elogios le sedujeron.

Nacido con un carácter severo, pero tímido por otra parte, para cierta clase de mujeres, se dejó vencer por la dulzura, la gracia y cierto encanto, que eran dotes especiales de la viuda del general Beaubarnais: conoció que era necesaria esta muger para su felicidad, y no tardó en unirse con ella. Feliz, sí, prestando oídos á su propia conviccion, y mejor aconsejado por su corazon que por la política, no hubiera abandonado despues una compañera, que le hubiese llevado en dote, al parecer, una prosperidad sin mezcla. . .

Los vínculos que unieron al emperador y

á Josefina de Beaubarnais habian sido felices y tranquilos, sin que hubiera sido turbada la serenidad de tan dichosa union por las mas ligeras nubes de descontento. Bonaparte habia empleado constantemente el mas afectuoso esmero y la mas prolija atencion en complacer á la primera muger que acaso habia amado, que le habia descubierto el secreto de su propio genio, y á cuya fiel y eterna amistad debió frecuentemente importantes avisos, que le presentaban sin rebozo la opinion de los pueblos; pero no nacia de este himeneo un sucesor al trono, se habian desvanecido todas las esperanzas de obtenerle, y entre tanto el vasto imperio que Napoleon habia formado de partes casi heterogéneas, no podia consolidarse sino con el nacimiento de un heredero, y la perspectiva de una duradera dinastia.

Era exigencia de la política ademas, que un guerrero, colocado tan recientemente en el poder supremo, buscase un apoyo en la alianza de alguna casa que descansase en la autoridad de los siglos y se hallase rodeada de la veneracion de los pueblos. Tales eran las causas que aparecian ante el público, y que no carecian á la verdad de importancia; pe-

ro si examinamos los recónditos senos del corazón del hombre ó indagamos las mismas acciones de Napoleón, preciso será confesar que en este cambio tuvo gran parte la novedad de enlazarse con una de las casas mas antiguas de Europa: no conoció bastante su propia grandeza y no atendió á su posición, que le hacia soberano de los reyes de Europa; emparentando con estos descendia hasta ellos: olvidó la falaz y austera familia de la corte de Viena, que jamás vaciló mucho, antes de Carlos V, en quebrantar los mas sagrados empeños. ¿Cómo pudo dar crédito á la sinceridad de un príncipe que habia humillado tan de veras, y que tan ingrato y desleal se habia manifestado cuando se vió por dos veces restablecido en su trono por efecto de la generosidad del vencedor?

Segun la opinion de Mr. Jenant habia otra causa tambien para la realizacion de este divorcio.

Estando Napoleón en Schœenbrunn, esperando que quedasen definitivamente cerradas las condiciones de este tratado, pasaba un dia revista á sus guardias, cuando fue acometido de un extranjero, jóven, de aspecto interesante, de un rostro apacible y bello,

que se dirigió á él repentinamente con el brazo levantado; el mariscal Berthier evitó el golpe apartando el brazo de aquel jóven, y el general Rapp le prendió inmediatamente: el emperador, sin dar la menor señal de conmocion ni de turbacion, continuó mandando las evoluciones.

No se le halló al jóven otra cosa que un puñal, cuatro luises de oro y un retrato de muger, que si no era el de la emperatriz, podia pasar por él indudablemente. A las preguntas que se le hicieron no se logró que diese otra contestacion que las siguientes:

—Quiero hablar al emperador.

Napoleon da órden de que lo traigan á su presencia.

—¿De dónde sois, y desde cuándo estais en Viena?

—Soy de Erfurt y hace dos meses que estoy en Viena.

—¿Qué me queriais?

—Pediros la paz y probaros que es indispensable.

—¿Y podeis creer que dé yo oidos á un hombre sin carácter y sin mision?

—En tal caso os hubiera cosido á puñaladas.

—¿Qué mal os he hecho?

—Oprimir á mi patria y al mundo entero: si no haceis la paz, vuestra muerte es necesaria para el bien de la humanidad; dándoos la muerte hubiera ejecutado la accion mas laudable que puede cometer un hombre de honor.... Pero yo admiraba vuestro talento; contaba con vuestro juicio y antes de heriros queria convenceros.

—¿Ha sido la religion lo que os ha decidido á esta empresa?

—No; mi padre, que es ministro luterano, ignora mi proyecto; á nadie se lo he comunicado, nadie absolutamente me ha aconsejado, y hace dos años que pienso solo en haceros mudar ó mataros.

—¿Estabais en Erfurt cuando he estado el último año?

—Os vi entonces tres veces.

—¿Y por qué no me matásteis?

—Porque dejabais respirar á mi pais; creia asegurada la paz, y no veia en vos sino á un grande hombre.

—¿Conoceis á Schucider y á Schill?

—No.

—¿Sois francmason iluminado?

—No.

—¿Conoceis la historia de Bruto?

—Dos Romanos han existido de ese nombre, el último murió por la libertad.

—¿Habeis tenido conocimiento de la conspiracion de Moreau y Pichegru?

—La he sabido por los papeles públicos.

—¿Qué juicio haceis de esos hombres?

—Que trabajaban para sí y temian la muerte.

—Se os ha encontrado un retrato, ¿quién es esa muger?

—Mi mejor amiga... la hija adoptiva de mi virtuoso padre.

—¿Y es posible que teniendo un corazon capaz de sentimientos tan apacibles, no hayais temido afligir ó perder los seres que amabais convirtiéndoos en un asesino?

—He cedido á un grito mas fuerte que el del amor.

—¿Pero contabais poder escaparos, asesinándome en medio de mi ejército?

—Me admira efectivamente existir aun.

—¿Si os perdonase qué hariais de vuestra libertad?

—Ha fallado mi proyecto, vos estais prevenido.... me volveria pacíficamente á mi familia.

Napoleon llamó á su médico Corvisat y le mandó que examinase si hallaba en aquel jóven algunos síntomas de demencia. Corvisat, despues de un cuidadoso exámen, contestó que no advertia en él la mas ligera alteracion. Bonaparte propendia mucho por el perdón y aun despues de sentenciarlo queria indultarle; pero por fin venció su temor ó sus frenéticos celos, y el jóven Seyde recibió la muerte con calma y con valor.

.....

Un presentimiento secreto habia anunciado á Josefina su divorcio mucho antes acaso que el emperador hubiera soñado con él; y en medio de sus recelos le habia instado frecuentemente á revalidar por la iglesia su casamiento, que estribaba únicamente en un simple contrato civil, celebrado en marzo de 1796. Napoleon habia cedido por último á sus instancias y el cardenal Fesch les habia dado la bendicion nupcial en un gabinete del palacio de las Tullerías.

La bendicion de la iglesia no debia servir de obstáculo á su política; y Fuche que, olvidando los beneficios de Josefina se mezclaba en un asunto que debia herir tan mortalmente á la muger mejor del mundo, no era

hombre que se paraba en escrúpulos.

Sea mucha ó poca la parte que tuvo este célebre intrigante en este acontecimiento, luego que Napoleón se decidió á contraer nuevos lazos, persuadido del afecto que Josefina le profesaba y conservándole un sincero cariño tuvo toda especie de consideración, y adoptó todo género de precauciones para disminuir el efecto de tan triste noticia: el príncipe Eugenio fue el encargado de decidir á su madre á tamaño sacrificio; y aunque el divorcio hacía dudosos sus propios derechos y sus esperanzas, desempeñó tan delicada misión con tan feliz éxito como buen deseo, y Josefina, después de la conferencia que tuvo con el príncipe, quedó resignada. El día 17 de diciembre promulgó el Senado diferentes actos, relativos á la disolución del matrimonio de Josefina y Bonaparte. La curia eclesiástica, por su parte, le declaró nulo, fundada en la disposición del concilio de Trento, «Todo casamiento es nulo desde el momento que no se celebra en presencia del párroco ó teniente, de uno de los contrayentes, acompañado de dos testigos.» El fallo condenaba además á Napoleón en la multa de seis francos para socorro de los pobres;

pero la curia metropolitana le absolvió de la multa, al mismo tiempo que confirmó la providencia.

Todas las corporaciones del Estado, así civiles como eclesiásticas, autorizaban, al parecer, de este modo la resolución del segundo himeneo. Josefina, á la cual se conservó el título de emperatriz, se retiró al palacio de Navarra en el departamento del Eura. En esta nueva residencia resplandecieron sus apacibles virtudes con tanto brillo como el trono, y acumularon en derredor suyo el respeto y el amor. Como la corte no la habia comunicado su orgullo contagioso, la abandonó sin esfuerzo; las bellas cualidades de su alma y de su corazón eran suficientes para hacerla feliz en cualquier estado, con tal que en él pudiera remediar los males y aliviar los desgraciados: no sintió al palacio de las Tuillerías, sintió solo á Napoleon.

Tuvo en su retiro el consuelo de que la visitase su antiguo esposo, que le conservó constantemente un afecto invariable. En la roca de santa Elena, el vencedor de Europa, prisionero entonces de los reyes que habia creado ó conservado, vendido, abandonado, olvidado por su suegro, separado de su se-

gunda esposa, separado de su hijo, manifestó acerca de Josefina los sentimientos que son el elogio mas glorioso y la confesion mas solemne de la gravísima falta que cometió. Efectivamente, el casamiento con una princesa de Austria perdió á Napoleon y trastornó su fortuna.

Apenas se supo la disolucion del matrimonio del conquistador, cuando todas las córtes de Europa solicitaron con empeño estrecharse con el hombre cuya posicion suministraba tan lisonjeras esperanzas á su política. Hízose mencion sucesivamente de la gran duquesa Catalina de Rusia y de la duquesa Ana, su hermana; pero se suscitaron discusiones acerca del culto griego, durante las cuales insinuó el Austria proposiciones de casamiento con una archiduquesa. El emperador Francisco II habló francamente de esto al duque de Narbona á la sazón en Viena; le admiraba que no se hubiese pensado en su hija, y ofreció su prenda mas querida: el duque dió parte de esta conversacion al gabinete de las Tullerías: al mismo tiempo el príncipe de Schwartzemberg, embajador de Austria. en Paris, recibia las instrucciones de la córte. Napoleon juntó su consejo, y el 1.º de Febre-

ro sometió á su deliberacion las negociaciones de los gabinetes de Viena y San Petersburgo. Dividiéronse los votos entre estas dos potencias; pero la mayoría se inclinó hácia el Austria. No se perdió ni un instante para llevar á cabo este acto público; aquella misma noche se celebró el convenio por el príncipe Eugenio con el príncipe Schwartzenberg y el mariscal Berthier salió inmediatamente para Viena.

El dia 7 de febrero firmaron el ministro de relaciones estrangeras y el embajador de Austria las capitulaciones matrimoniales, enteramente conformes á las de Luis XVI, con la Archiduquesa Maria Antonieta: algunos dias despues anunció el emperador, por un mensaje al Senado reunido, que el príncipe de VVagran habia salido para Viena con la comision de pedir la mano de la archiduquesa Maria Luisa. El dia 11 de marzo fue cuando Berthier se desposó solemnemente con la princesa en nombre del emperador y á los pocos dias se puso en camino para Francia.

Napoleon y Maria Luisa se vieron por primera vez en el bosque de Compiègne el dia 28 de marzo, y los agasajos y cumplidos que el emperador hizo á esta, causaron, al pare-

cer, una impresion altamente agradable en la jóven princesa. Celebróse el matrimonio civil en Saint-Cloud el dia 4.º de abril, y el dia siguiente hicieron los augustos esposos una magnífica entrada en Paris, y oyeron por todas partes las aclamaciones de un pueblo que encontró en Maria Luisa cierto aire de candor y modestia: aunque Josefina era mas querida fue bien recibida la nueva emperatriz, porque los franceses la consideraban como prenda de la duracion de la paz y manantial inagotable de la estabilidad de las cosas.

El cardenal Fesch, gran limosnero de Francia, fue el que dejó descender la bendicion nupcial sobre Napoleon y Luisa en un salon del Louvre, dispuesto para el efecto en forma de capilla, con tribuna para los reyes, los príncipes estrangeros y cuerpo diplomático. Los reyes, las reinas y las princesas de la familia imperial asistieron á esta respetable ceremonia: veíase figurar en ella casi todo el sacro colegio, y en derredor de los dos esposos todas las corporaciones del Estado, todas las dignidades civiles y militares, la flor de Francia. Jamás ha resplandecido con mas brillo la magnificencia de un príncipe en una

célebre fiesta: la gloria de Napoleón era lo único que ocultaba el brillo de este espectáculo, y no se veía más que ella en un recinto donde se hallaban representadas todas las grandezas de Europa y del mundo entero. La unión de Napoleón, en fin, con una princesa de Austria halló, sin embargo, censores severos y dió margen á siniestras predicciones.

Puntos de contacto entre estos sucesos y lo que la mitología nos refiere de Apolo.

Napoleón tuvo dos esposas, Josefina y Maria Luisa de Austria.

El sol tuvo dos mujeres, la Luna y la Tierra; la primera según los griegos, como afirma Plutarco, y la segunda según los egipcios.

La primera mujer del genio del siglo era conocida por tres nombres; por el de su familia, por el de su primer esposo el general Beaubarnais y por el de la emperatriz.

La mujer primera del sol se nombraba Diana en la tierra, Luna en el cielo y Hecate en los infiernos.

La Luna reinaba bajo su último nombre.

Josefina reinaba también con el de emperatriz.

Hecate tenia sus dominios en los infiernos.

Solo ellos podrán explicar el estado de Francia en tiempo de la revolucion.

La Luna fue estéril.

Josefina no dió ningun hijo á Napoleon.

Esta, amando al jóven Seyde, segun vehementes sospechas, faltó gravemente á su esposo.

La Luna cometió una grave falta para con el sol, su esposo, amando al jóven Endimion.

La Luna es la compañera del sol.

Josefina fue la mejor compañera del sol mas brillante de Francia.

Entre otras causas una sospecha de infidelidad dió ocasion al divorcio de estos.

Entre otros motivos el amor de la Luna á Endimion fue causa de que se separasen aquellos.

En tiempo de la revolucion quedó reducido el matrimonio á un contrato civil.

En tiempo de los dioses el matrimonio tenia esta única consideracion.

Apolo eligió otra esposa.

Napoleon contrajo segundas nupcias.

Apolo tuvo un hijo de este nuevo enlace.

Maria Luisa de Austria colmó los deseos

de Napoleon, dándole un hijo de su matrimonio.

La vez primera que el sol vió á su segunda esposa la Tierra fue en un bosque.

Napoleon conoció á Maria Luisa en el bosque de Compiègne.

Este acontecimiento tuvo lugar el dia 28 de marzo.

En este mismo se enamoró el sol de la tierra, porque es la época en que manifiesta toda su grandeza y su brillante esplendor.

Horus fue hijo de Hósis, esto es del sol y de la tierra, como se lee en la Historia del cielo: esta es una alegoría egipcia, segun la cual, el pequeño Horus, nacido de la tierra, fecundada por el sol, representa los frutos de la agricultura.

No por otra razon se ha fijado la época del nacimiento del hijo del emperador Bonaparte en el 20 de marzo, en el equinoccio de primavera, porque en esta época es cuando las producciones de la agricultura adquieren un gran desarrollo.

Finalmente, cuanto se dice del sol respecto á sus dos mugeres, se mira evidentemente repetido en las nupcias sucesivas del héroe supuesto de nuestro siglo.

CAPITULO VIII.

NAPOLEON PRIMER CONSUL.

HEMOS llegado á la época en que nuestro falso héroe debe manifestarse en todo su esplendor; la mayor parte de las anteriores capítulos no son mas que la introduccion, es decir, las prevenciones necesarias é indispensables de que tuvieron que rodearse los republicanos á fin de que en el dia de la ruina,

cosa que debian esperar y temer, tuvieran ya á su salvador fantasma, circuido de un velo misterioso, grande é imponente y en virtud del cual habia de salvarse la patria.

Asi, pues, podemos decir, confiados en la verdad, que ese nacimiento original, ya que no superior á la naturaleza, que esa infancia poética, que ese nombre maravilloso, que esas propensiones bélicas, que todo, en fin, se habia formado, se habia creado, para hacer el primer cónsul, y para hacerle grande y digno del nombre de la Francia.

Examinemos, por tauto, de qué manera logró Napoleon colocarse al frente de la república, al mismo tiempo que cuáles fueron los bienes que trajo á su supuesta patria, segun lo que muestran los historiadores.

Napoleon volvia de Egipto; su llegada excitó el entusiasmo de la multitud moderada de la nacion; recibió felicitaciones generales y estuvo como en subasta por los partidos, que todos le querian tener por suyo: los generales, los directores, los diputados, y hasta los republicanos del *Picadero* le visitaron y sondearon: diéronle funciones y banquetes y él se mostraba grave, sencillo, comedido y observador, teniendo ya aquella familiaridad

superior y aquellas maneras involuntarias de mando que tanto le distinguían. A pesar de su comedimiento y franqueza, tenía un aspecto de seguridad, y se descubría en él un pensamiento oculto de conspiración. Sin decirlo dejaba adivinarlo, porque siempre es necesario que una cosa se espere para que se haga ó suceda. No podía tener apoyo en los republicanos del *Picadero*, que no querían ni un golpe de Estado, ni un dictador, y Sieyes temía, con fundamento, encontrar en él un grande ambicioso, que no quisiera entrar en sus miras constitucionales; por lo cual temió avistarse con él, hasta que al fin, instados por amigos comunes, se visitaron y pusieron de acuerdo. En 15 de Brumario decretaron un plan de ataque contra la constitución del año III, encargándose Sieyes de preparar las comisiones de inspectores, que tenían en él una confianza ilimitada, y Bonaparte de ganar los generales y los diversos cuerpos de tropas que se encontraban en París y que mostraban mucho entusiasmo y adhesión á su persona. Se convino convocar, de una manera extraordinaria, á los consejeros mas moderados, pintar á los ancianos los peligros públicos; hacerles ver la contingen-

cia de que volviera el jacobinismo, pedirles la traslacion del cuerpo legislativo á Saint-Cloud, y dar el mando de la fuerza armada al general Bonaparte, como el único hombre que podia salvar la patria; y efectuar inmediatamente, por medio del poder militar, la desorganizacion del directorio y la disolucion momentánea del cuerpo legislativo.

Señalóse para su ejecucion el 18 de Brumario por la mañana.

Llegado este dia fueron convocados, de un modo no acostumbrado, los individuos del colegio de los ancianos, y presentándose en las Tullerías abrieron la sesion á las siete, bajo la presidencia de Lemerner; Cornudet, Lebrun y Farques hicieron al consejo la pintura mas aflictiva del estado público, asegurando que los jacobinos de todos los departamentos acudian á Paris; que intentaban reponer el régimen revolucionario, y que el horror haria de nuevo estragos en la república si el consejo no tenia valor y acierto para impedir el retroceso.

Otro conjurado, Regnier de la Meunte, pidió á los Ancianos que, en virtud de la facultad que la constitucion les concedia, trasladasen el cuerpo legislativo á Saint-Cloud, y

que Bonaparte, siendo nombrado por ellos comandante de la 47.^a brigada militar, se encargase de la traslacion.

Bien sea que el consejo entero fuese cómplice de esta maniobra, ó bien que estuviera sobrecojido de un temor verdadero, á causa de una convocacion tan precipitada y unos discursos tan alarmantes, el hecho es que concedió cuanto pidieron los conjurados.

Aguardaba Bonaparte con impaciencia el resultado de aquella deliberacion, en su casa, calle de Chanterreine, rodeado de generales, del comandante de la guardia del Directorio, que era Lefebre, y de tres regimientos de Caballería, á quienes debia pasar revista; á las ocho y media de la mañana le fue comunicado, por un mensajero de Estado, el decreto del consejo de los Ancianos, espedido á las ocho. Desalentado Barras envió su dimision y se retiró á su posesion de Gros-Bris: el directorio fue disuelto de hecho y tuvo un antagonista menos en la lucha, y el consejo de los Quinientos y Bonaparte quedaron solos en la palestra.

Napoleon habia hecho fijar proclamas en los sitios públicos de Paris: sin embargo, era de mal agüero su importancia; pues hacia

cargos al Directorio de la situación de Francia de una manera osada y enteramente nueva: «¿Qué habeis hecho, decia, de aquella Francia que os dejé tan pujante? Os dejé la paz y he encontrado la guerra; os dejé victorias y he encontrado derrotas; os he dejado los millones de Italia y por todas partes he encontrado leyes espoliadoras y miseria. ¿Qué habeis hecho de cien mil franceses que yo conocia, todos compañeros míos de glorias...? Han muerto.... Semejante estado de cosas no puede durar, antes de tres años nos llevará al despotismo.» Era la primera vez, al cabo de 10 años, que un hombre se lo atribuia todo á sí mismo, y que pedia cuentas.

El 19 de Brumario se presentaron en Saint-Cloud los disputados de los consejos. Habia sido preparada para los ancianos la galeria de Marte, y para los Quinientos el invernáculo. Rodeaba el local de la legislatura un ejército considerable. Luego que se abrió la sesion, subió á la tribuna Gaudin, uno de los conjurados, y propuso dar gracias al consejo por las disposiciones que habia tomado, y hacer que se explicara sobre el medio de salvar la república. Esta proposicion fue la señal del mas violento tumulto,

levaándose gritos contra Gaudin de todos los rincones del salon. Se propuso renovar el juramento de la constitucion del año III, lo que se llevó á efecto por unanimidad.

Enterado Bonaparte de estos sucesos, se presentó al colegio de los Ancianos; perdido estaba, si este último, que propendia á la conjuracion, hubiera sido llevado del impulso del consejo de los Jóvenes: «Representantes del pueblo, les dijo, estais sobre un volcan; ayer me encontraba yo tranquilo cuando me llamásteis para notificarme el proyecto de traslacion y encargarme de ejecutarlo: inmediatamente reuní mis compañeros y volé á daros socorro. A pesar de esto se me calumnia en este dia, se habla de César, se habla de Cronwell y de gobierno militar.» Y continuó acabando su discurso con estas palabras: «Salvemos la libertad, salvemos la igualdad.» Un diputado republicano se levantó entonces y le dijo: «General, aplaudimos lo que decís; jurad, pues, con nosotros la observancia de la constitucion del año III, única que puede mantener la república.» Bonaparte se vió desconcertado al pronto; pero volviendo en sí en seguida, añadió: «No tenéis ya constitucion del año III; la habeis que-

brantado el 18 de Fructidor; la habeis quebrantado en 22 de Floreal, y en 30 de Pradial. ¡La constitucion! Todas las fracciones la invocan y en todas partes la quebrantan; no puede ser para nosotros un medio de salvacion, porque nadie la respeta ya: quebrautada la constitucion, es necesario otro pacto, nuevas garantias.» Aplaudió el consejo los cargos que le hacia Bonaparte y se levantó en señal de aprobacion.

Confiado con el éxito feliz que acababa de obtener no titubeó ya; con el sombrero en la mano y rodeado de granaderos, se presentó en el consejo de los Quinientos; pero los diputados exclamaron llenos de horror: «¡Fuera de la ley! ¡Fuera el dictador!» El republicano Rigonet, asiéndole por el brazo «¿Qué haceis? le dijo, temerario, retiráos, violais el santuario de las leyes.» Bonaparte se puso pálido, turbóse, retrocedió, y le sacaron de alli los granaderos que le habian escoltado. No bastó su salida para aquietar los ánimos; todos gritaron, todos clamaron en contra de Napoleon; fue un horroroso tumulto una verdadera revolucion. El presidente se retiró tan silvado como su mismo hermano.

Algo le costó á este volver en sí de su turbacion al salir del consejo de los Quinientos; porque, como poco acostumbrado á las escenas populares, estaba en extremo conmovido: sus oficiales le rodearon; Sieyes, que tenia mas práctica revolucionaria, aconsejó no se perudiese tiempo en hacer uso de la fuerza. Luciano acompañó á su hermano y de acuerdo con él inventó la fábula de los puñales de los Quinientos, tantas veces repetida despues: arengaron al pueblo y á la tropa ambos hermanos y no se escucharon mas que los gritos de «sí, sí, viva Bonaparte.» Al punto se mandó evacuar el salon de los Quinientos; las bayonetas lo desalojaron completamente en medio de las aclamaciones y del tumulto de los legisladores.

Despues de la suscinta relacion de estos acontecimientos fácil será comprender el poco trabajo que costaría á Bonaparte constituirse en la dignidad de primer cónsul; contaba con la mayoría de la nacion, y por otra parte con todo el ejército: acaso habia estado imprudente, ó aun mas que esto algo precipitado; pero de cualquier manera, aunque se colocó sobre el borde de un precipicio, salvó á la Francia de una situacion deplo-

rable, de la muerte misma; acaso, por ser ambicioso, fue un héroe y salvador de su patria.

Este nuevo camino que abrió al país, la nueva senda que trazó al gobierno y su influencia eminentemente popular le dieron un nuevo laurel, sancionado por todos los legisladores con las siguientes palabras: Napoleon puso fin á una gran'e revolucion, frase que nos lo dice todo, que de todo nos advierte, y esplica hasta la saciedad, cuanto hace relacion á nuestro propósito.

Un historiador de este héroe, que indudablemente tenía en gran parte nuestra misma opinion interpreta este suceso de la manera siguiente:

«Se dice que Napoleon puso fin á un azote devastador que aterrorizaba á toda la Francia, y que se llamó la hidra de la revolucion. Una hidra es una serpiente y poco importa la especie, sobre todo, cuando se trata de una fábula; por consiguiente, la hidra de que se habla es, sin duda, la serpiente Piton, reptil enorme, que era el terror de la Grecia, y de que Apolon la libertó, segun la mitología, lo cual fue su primera hazaña. Por esto es por lo que se nos dice que Napoleon empezó su

reinado ahogando la revolucion francesa; pues se ve bien que la *revolucion* está tomada de la palabra latina *revolutus*, que indica la situacion de una serpiente enroscada sobre sí misma, serpiente que no es otra que Piton.



CAPITULO IX.

REINADO DE LOS HERMANOS DE NAPOLEON.

EN confirmacion de todos nuestros aser-
tos, antes de entrar en detalles sobre el pre-
sente capítulo vamos á referir una peregrina
anécdota, publicada por Mr. Alejandro Du-
mas, y en la que, ademas de manifestarse
visiblemente desde cuánto tiempo atrás pen-
saron los gefes de la república colocarle en

el poder en el día de la ruina, muestra también que, por hacerlo semejante al sol, se le convirtió en oráculo; y esto es innegable; él profetizó su suerte; sabía que había de poseer la faja, el consulado y, por último, el imperio, cuando no era más que un oficial de corta graduación.

Referiremos, pues, la profecía del moderno dios de los franceses:

En 1785, después de brillantes exámenes, fue nombrado Bonaparte subteniente del regimiento la Fere, que se hallaba de guarnición en el delfinado: después de haber permanecido algún tiempo en Grenoble, donde no dejó rastro alguno suyo, sino una palabra apócrifa acerca de Turena, pasó á habitar á Valence: ya principiaron á manifestarse algunos destellos del sol del porvenir en el crepúsculo del joven desconocido: sabido es que era pobre; pero con todo juzgó que podía ayudar á su familia, y llamó á Francia á su hermano Luis, que tenía nueve años menos que él. Ambos vivían en casa de la señorita Born, calle ancha núm. 440.

Bonaparte tenía una alcoba y encima de esta habitaba Luis una boardilla: todas las mañanas, fiel á sus hábitos de colegio, de

que luego debía hacerse una virtud en los campamentos, Bonaparte despertaba á su hermano, pegando con un baston en el techo, y le daba su lecion de matemáticas: un dia el jóven Luis, á quien costaba mucho acostumbrarse á este régimen, bajó con mas sentimiento y lentitud que de costumbre: iba á llamar segunda vez Bonaparte cuando entró el pesado estudiante.

—¿Qué tenemos esta mañana, que parece que estamos muy perezoso? le dijo.

—¡Ah, hermano, contestó el niño, se habia apoderado de mí un sueño tan hermoso!

—¿Pues qué soñabas?

—Soñaba que era Rey.

—Y yo que era entonces.... Emperador? replicó encojiéndose de hombros el jóven subteniente: Vamos, vamos á la obra.

Y como de costumbre la leccion diaria fue dada por el futuro Rey y tomada por el futuro Emperador.

Ninguno de los dos se habia equivocado en sus cálculos; ambos habian sido profetas, cuando mas lejos debian estar sus imaginaciones de aquella ilusion dorada y halagüena que mas tarde tuvo completa realizacion.

No nos detendremos en manifestar circunstanciadamente las vicisitudes, peripecias, conmociones, triunfos, derrotas y conquistas que colocaran en sus respectivos tronos á los hermanos de Napoleon. Este, á mas de ser un terreno inmenso por todos conceptos estaria en este sitio fuera de su lugar, tanto mas, cuanto que nosotros, para llenar satisfactoriamente nuestro objeto, tenemos bastante con hacer algunas ligeras traslaciones al ástro bello del dia, y en la que existia, sin duda alguna, uno de los argumentos mas incontables que hemos presentado hasta ahora: bástanos tambien para esto recorrer una época de su reinado, de cuya manera, al propio tiempo que evitamos la confusion necesaria en otro caso, á muy poca costa cumplimos con nuestro deber.

Asi, pues, de los cuatro hermanos de Napoleon tres únicamente fueron reyes, de cuya verdad nos convence el tratado de Tilsitt, en el cual se fijaba como uno de los mas interesantes artículos el reconocimiento que debia prestarse á los hermanos de Napoleon Luis, José y Gerónimo como reyes de Napoles, de Holanda y de Vestfalia.

Mas estos supuestos reyes, es una preposi-

cion innegable, fueron la primavera que reyna sobre la flores, y es hermana del sol: es de advertir que en el idioma frances, dialecto en que se creaba la mitología del presente siglo, la primavera *Printemps* es masculino; el segundo hermano de Napoleon ó del sol es el Estio que reyna sobre las mieses: el tercero es el Otoño que reyna sobre los frutos: la esplicacion mas directa de estos hechos, tan fabulosos respecto al sol como á Napoleon, es altamente sencilla: como las tres estaciones que acabamos de mencionar sufren toda la influencia del sol, tienen vida por él, por eso dice que eran reyes Luis, José y Gerónimo por concesion de su hermano Napoleon, y que no reinaban sino en su nombre.

Ademas, consta de la misma historia, que uno de los cuatro hermanos de Napoleon no fue rey, incidente que no puede referirse á otra causa plausible mas que á que una de las estaciones del año no reina el sol sobre nada, esta estacion es el invierno.

Mas si para combatir y destruir el paralelo que vamos sentando se quisiera suponer que el invierno no está totalmente privado de imperio, se le quisiera atribuir el triste principado de las nieves y los hielos que reinan en esta

estacion, no vacilaríamos un solo instante en esponer: que es exactamente lo que se ha querido indicar por el vano y ridículo principado de que se pretende ha sido revestido, este hermano de Napoleon despues de la decadencia de su familia. Este principado ha tomado el título de Canino con preferencia á ningun otro, porque canino quiere decir cani los cabellos blancos de la fria vegez, lo cual se refiere al invierno; pues al decir los poetas las nieves y hielos de que en esta estacion se cubren los campos son los cabellos blancos de la naturaleza desfalleciente en la vegez del año: asi el pretendido príncipe de canino es una personificacion del invierno, que empieza cuando las producciones de las tres bellas estaciones han desaparecido, y cuando el sol se encuentra en el punto mas lejano de nuestras camarcas, invadidas por los fogosos hijos del Norte, como los poetas llaman á los vientos que, viniendo de estas regiones, descoloran nuestros campos, cubriéndolos de una triste blancura. Esto es tambien lo que ha dado márgen á la fabulosa invasion de los pueblos del Norte en Francia, donde se dice hicieron desaparecer una bandera de diversos colores de que se hallaba embellecida para constituir

etra blanca que oscureció totalmente á aquella, despues de la separacion del pretendido héroe del siglo. Es inutil repetir que esto es un emblema de los hielos, que los vientos del Norte nos traen durante el invierno, en lugar de los bellos colores que el sol mantenía en aquellas semanas antes de que se hubiera alejado de nosotros por su declinacion hácia el Norte, lo cual hace ver la analogía que tiene esta ficcion de nuestro siglo con las fábulas mas ingeniosas.

Ademas se dice que Napoleon tuvo tres hermanas, á las que adoraba tiernísimamente, la historia ha consignado este hecho y las ha hecho brillar, merced á una multitud de falsas anécdotas, cual correspondia á las personas mas íntimas, mas estrechamente enlazadas al hombre mas notable del presente siglo; mas esto, que con tantas muestras de palpable verdad se manifiesta, no es mas que haber conducido la ficcion y haber llevado la alegoría hasta lo último: ¿y cuál hubiera sido la obra de sus progenitores si no la consumaran? Por eso al tocar en este nuevo escollo, al quererle circuir de los lazos de la familia y de los lazos fraternales, á mas de los hermanos reyes que tomaron de las esta-

ciones, volvieron la vista de nuevo á la mitología, y á las tres Gracias, compañeras de Apolo las convirtieron en hermanas de Napoleon: todo su trabajo quedó reducido á hacer un cambio de nombres: Aglae, Talia y Enfrosina volvieron á hacerse célebres, recibiendo un nuevo bautismo de la historia moderna.

En cuanto á las musas, hermanas tambien de Apolo, era mayor la dificultad; pareció excesivo, ó al menos muy complicado para sostener bien la farsa, darle á Napoleon nueve hermanos, aparte de las tres anteriores; mas no obstante, era preciso salvar este inconveniente: se decidieron é hicieron que fueran nueve las mugeres á quienes consagrara el dios de la guerra el puro afecto de su amor: esto era muy sencillo; nueve fueron tambien las musas, hermanas de Apolo, y á las que este conservó siempre el mas acendrado cariño.

CAPITULO X.

RELIGION DE NAPOLEON.

LA religion es un sentimiento; es una inspiracion sagrada que existe dentro de nosotros mismos desde el momento que miramos la luz, desde el instante en que venimos al mundo; es una voz secreta de la misma naturaleza, del mismo Omnipotente, del mismo cielo; pero una voz que, aunque muda, le-

vanta en nuestros corazones la idea del bien del premio, del mal del castigo, la idea de un Dios, de una causa primera, á la que debemos la mas eficaz obediencia, el mas eterno reconocimiento: todos los pueblos que sientan su planta sobre la faz de la tierra, antiguos y modernos, próximos y lejanos, todos tienen sus dioses, seres superiores á quienes rinden un culto, una adoracion mas ó menos sagrada; todos reconocen un ser de mejores cualidades que los demas, de mas altos atributos, de mas eminentes virtudes, al que dirigen sus ruegos y sus oraciones; todos los hombres de cualquiera edad, de cualquier pais, aunque al nacer hayan sido abandonados en el desierto, todos sienten la necesidad de un supremo hacedor: el cristianismo, el protestantismo, el islamismo, cuantas religiones se conocen y son seguidas en el globo nos demuestran hasta el último punto la necesidad de ese lazo que, siendo verdadero como el de que acabamos de hacer primeramente mencion, une al hombre con la divinidad: poco importa para nuestro objeto que este siga á Moisés, que aquel siga á Mahoma, que otro crea en Lutero, que otros no escuchen mas que á la naturaleza, que

los mas, en fin, se consagren á Jesucristo, esto no muestra que errarán algunos, que no habrán meditado, que no habrán visto la luz del dios de los cristianos; pero esta misma diversidad, esta misma variedad nos demuestra la generalidad y la unidad de este comun sentimiento: por eso no se comprende un hombre sin religion, por eso tambien estan tan desautorizados los ateos y ha durado tan poco su sistema; toda la humanidad en masa era un egeemplo vivo, una manifestacion ostensible y altamente práctica de la falsedad de sus improbables é inconsecuentes teorías.

¿Cómo, pues, se nos dice que Napoleon ha existido cuando no conoce religion alguna? No queremos abusar con este silogismo gastado: todo hombre que nace tiene religion; es asi que Napoleon nunca la tuvo, luego no ha existido jamás: este podria ser un fuerte argumento; mas queremos demostrar que no esperimentó en su vida semejante sentimiento; y á la verdad, siendo verdaderamente Apolo ¿para qué podia hacerle falta? él, como el sol, no queria adorar, queria ser adorado.

Pero escuchemos sus palabras por si por ventura hay quien aun dude de nuestros asertos. Habia salido de Francia para Egipto con

un crecido ejército el día 9 de Junio, se hallaba enfrente de Malta, se apoderó de ella, abolió la orden de sus caballeros y puso en libertad los esclavos musulmanes: dióse á la vela para Alejandría y tres días despues se encontró rodeado de un pueblo, cuyas costumbres, usos y religion le eran del todo desconocidos; comprendiendo su situacion arengó á los soldados con estas palabras: «Portaos con estas gentes como os habeis portado con los judios y los italianos; mirad con consideracion á sus Muftis y á sus Imanes, como lo habeis hecho con los rabinos y con los obispos; respetad las ceremonias que prescribe el Alkoran, y respetad las mezquitas con la tolerancia que habeis tenido para con los conventos y las sinagogas, la religion de Moisés y la de Jesucristo; las legiones romanas protegian todas las religiones. Hallareis en este pais usos diferentes de los de Europa, y es necesario acostumbraros á ellos. Los pueblos entre quienes vamos á vivir tratan á las mugeres de diferente manera que nosotros. El saqueo solo sirve para enriquecer á un corto número de personas, nos destruye y nos hace enemigos de los pueblos, cuya amistad nos interesa conservar.»

En otra ocasion, mas en el mismo pais, esclamaba: «Pueblo de Egipto, se os dirá que yo vengo á destruir vuestra religion; no lo creais, contestad que vengo para restableceros en vuestros derechos y castigar á los usurpadores, y que respeto mas que los mamelucos á Dios, su profeta y al Alkoran: decidles que todos los hombres son iguales ante Dios. La sabiduría, los talentos y las virtudes son las únicas cosas que establecen diferencia entre ellos. ¿Existe un terreno bueno? pertenece á los mamelucos. ¿Hay una esclava hermosa, un caballo hermoso, una bella casa? tambien pertenece á los mamelucos. Si el Egipto les pertenece que presenten el arriendo que Dios les ha hecho. Quadys, Cheiyks, Imanes, Tebordbajys decid al pueblo que tambien nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿No somos nosotros los que hemos destruido al Papa, que decia era necesario hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos tambien nosotros los que hemos sido en todos tiempos amigos del Gran Señor y enemigos de sus enemigos? ¡Una y mil veces felices los que sear con nosotros! prosperarán en bienes y dignidad. ¡Dichosos aquellos que se mantengan neutrales, tendrán tiempo de conocernos

y se pondrán de parte nuestra! Pero desgraciados una y mil veces aquellos que se armen para favorecer á los mamelucos y combatir contra nosotros. No hay salvacion para ellos, perecerán.»

Del mismo modo habia exhortado á sus tropas en Italia y en todos los puntos donde no era seguida la religion de los franceses: ¿Cuál podria ser la conducta de un hombre sin fé, sin creencias, sin temor ni reconocimiento á la divinidad, sin Dios, en una palabra? ¡Ah! si tal hombre hubiera existido, con todo el globo bajo sus bayonetas, con todas las naciones sumisas y á sus plantas, no hubiera sido un general, ni un cónsul, ni un emperador, hubiera sido un mónstruo el mas horrible aborto del infierno. ¿Y á qué otra cosa equivale la época en que fue creado? Fue aquella revolucion muy poética, pero fue muy criminal.

Forzoso es, pues, convenir en que si habia de existir el exacto paralelo entre nuestro conquistador y Apolo, era preciso no siguiese religion alguna, como este tampoco la siguió. ¿Y qué distancia hay entre ellos? El sol fue el primer dios de los gentiles. Napoleon fue el primer dios de los modernos cristianos.

CAPITULO XI.

**NAPOLEON TRIUNFÓ EN EL MEDIODIA Y SUCUMBIÓ
EN EL NORTE.**

GUALQUIERA que conozca, aunque muy superficialmente la marcha del sol no podrá desconocer la identidad de su curso periódico, con lo que se nos dice del supuesto Napoleon. Todos comprenden, y vemos por nuestros mismos ojos que el sol domina como soberano en el Mediodia, que despues, al lle-

gar el equinoccio de primavera, avanza á las regiones septentrionales, separándose del Ecuador; luego, al cabo de tres meses de marcha le detiene en su paso el trópico Boreal, que le obliga á retroceder y á volver sus pasos al Mediodia, siguiendo el signo de Cáncer ó Cangrejo, al que se ha dado este nombre para espresar la marcha retrógrada del sol.

Dediquemos ahora una rápida ojeada sobre las conquistas de Napoleón, en qué puntos las ha adquirido, sobre qué países las ha alcanzado.

Donde primero se nos presenta el jóven militar es en Tolon, puerto importante de Francia; allí hizo proezas de valor, y aun demostró profundos conocimientos de estrategia: la actividad, ciencia y gran celo que desarrolló en esta memorable batalla le sirvieron para ser nombrado general de artillería del ejército de Niza; aqui se unió con Robespierre el jóven que era el representante del pueblo de este ejército. Llamado á Paris antes del 9 de Thermidor hizo el último todo cuanto estuvo á su alcance para que el jóven general le siguiese, ofreciéndole la proteccion eficaz de su hermano; pero Bonaparte lo re-

husó constantemente; no era tiempo aun de tomar partido.

«¿Quizás tambien, dice Dumas, le retenia algun otro motivo? ¿Tambien esta vez era la casualidad la que protegia al genio?» Si asi era, la casualidad se habia hecho visible y tomado la forma de una jóven y alegre representante del pueblo, que participaba en el ejército de Niza de la misma mision de su marido.

El suceso que vamos á referir muestra desde luego que los nombres de la revolucion, cuando empezaron á crear el genio de Bonaparte quisieron hacerlo un tirano, un asesino; pero que despues comprendieron que convenia darle otra influencia y un poder mas racional y mejor; continuemos.

«Bonaparte, prosigue Dumas, tenia á esta jóven un afecto formal, que manifestaba con pruebas de una galanteria enteramente guerrera. Un dia se paseaba con ella á los alrededores de la garganta de Tende y le ocurrió la idea de proporcionar á su compañera el espectáculo de una escaramuza, y mandó un ataque de avanzada: una docena de hombres fueron víctimas de esta inocente diversion, y mas de una vez confesó Napoleon en

Santa Elena que estos doce hombres, muertos sin motivo real y por pura fantasía, le remordian mas cruelmente que los seiscientos mil soldados sembrados en las estepas de la Rusia.»

Al llegar Bonaparte á Niza encontró un ejército sin víveres, sin municiones, desnudo: así que estuvo en el cuartel general hizo distribuir cuatro luises á los generales para ayudar á entrar en campaña y á los soldados enseñóles la Italia.

«Camaradas, les dijo, careceis de todo en medio de estas rocas, dirigid una mirada sobre las ricas llanuras que se estienden á vuestros piés, nos pertenecen, son nuestras, vamos á tomarlas.»

Los soldados á quienes Bonaparte dirigia estas palabras eran los restos de un ejército que en las estériles rocas de las riberas de Génova se mantenía ya dos años á la defensiva, con doscientos mil hombres delante de sí, de las mejores tropas del imperio y del Piamonte: ataca Bonaparte esta masa con treinta mil hombres escasos y en once días la bate cinco veces; Monttenotte, Millesimo, Dego, Vico, Mowdovi, despues abriendo las puertas de las provincias de Covi, Tortona,

Alejandro y de la Ceva: en once dias separa á los austriacos de los piemonteses, toma á Provera y obliga al rey de Cerdeña á firmar una capitulacion en su propia córte: despues, siempre venciendo, sigue su marcha, sométese Pavia: Pizighitona y Crémona caen; el castillo de Milan abre sus puertas; el rey de Cerdeña firma la paz; siguen su ejemplo los duques de Parma, y Módena y Beaulieu no tiene tiempo mas que para encerrarse en Mántua.

Arroja á Quasdanowitch sobre las gargantas del Tirol, despues de haberle batido en Salo y Lonato: vuelve inmediatamente sobre Wurmser y le destroza en Castiglioni: en cinco dias habian perdido los austriacos veinte mil hombres y cincuenta piezas de artilleria: Quasdanowitch se rehace, vuelve sobre Bonaparte y este le derrota en San Marco, Serravalle y Roveredo, y tras los combates de Bessano, Rimola y Cavallo pone segundo sitio á Mántua, en la que habia entrado Wurmser con los restos de su ejército.

Bonaparte sabe la aproximacion de un nuevo ejército imperial, dirigido por Alvinci; marcha contra él, le halla en Arcole, entran en Batalla y le hace cinco mil muertos, ocho

mil prisioneros, tomándole treinta cañones. Desde Arcole se arroja sobre Davidowitch, que sale del Virol y Vurmser de Mántua, lanza al uno á sus montañas y al otro á su ciudad: derrota de nuevo en Rivoli á Albinci, y en los combates de San Jorge y la Favorita hace á Provera deponer las armas: vuelve á Mántua, la asedia otra vez y la obliga á rendirse: bate al príncipe Cárlos en el paso de Tagliamento; triunfa en Lavis, en Erasimis y en Clausen; entra en Trieste, toma á Tarmes, Gradisca y Villach, persigue al archiduque y penetra en treinta leguas de Viena. Un año hace que dejó á Niza y en este año ha destruido seis ejércitos, tomado á Alejandría, Turin, Milan y Mántua, y plantado la bandera tricolor sobre los Alpes del Piemonte, de la Italia y del Tirol. «A su alrededor, exclamaba el autor francés, han empezado á brillar los nombres de Messena, D'Augereau, Jouvot y Berthier. *La pleyada se forma, los satélites giran alrededor de su astro, el cielo del imperio se cubre de estrellas.*

Bonaparte hizo la paz; pero esta le perjudicaba: habia vuelto á Paris y comprendió que iba á perder su nombre si no marchaba á adquirir nuevas victorias.

Por esta razón en 29 de enero de 1798 decia á su secretario:

—Bourrienne, yo no quiero quedarme aqui, no hay nada que hacer; esta gente no quiere hacer nada. Veo que si me quedo aqui me hundo, todo se gasta, no tengo gloria. Esta pequeña Europa no me sumioistra bastante, es un zopetero. Jamas ha habido grandes imperios, ni grandes revoluciones mas que en Oriente, donde viven seiscientos millones de habitantes: es necesario ir á Oriente, *todas las grandes revoluciones vienen de allá.*»

El 2 de abril de 1798 fue nombrado general en jefe del ejército de Oriente. El 4.º de julio de 1798 tomó la tierra en Egipto, cerca de la fuente de Marabou, á corta distancia de Alejandria.

A los pocos dias se hallaba en el campo de batalla que escogiera Cambises, conquistador que venia de la otra parte del mundo para derrotar á los egipcios, sobre las márgenes del antiguo Nilo, á presencia de las pirámides y ante sus ojos el Cairo; Napoleon habia derrotado á los mamelucos: la noche del triunfo durmió en Gyzeh, y á la mañana siguiente entró en el Cairo por la puerta de la Victo-

ria. Despues, persiguiendo á Ibraim se internó en aquellos desiertos, donde lo parecia tan grande y tan sublime la naturaleza.

Vuelve Napoleon al Cairo, *celebra el aniversario de la muerte de Mahoma* y la fundacion de la república: en medio de estas fiestas se insurrecciona el Cairo; lo tranquiliza á fuerza de sangre; parte para Suez; quiere ver el mar rojo, y pone el pié en Asia á la edad de Alejandro: el 4.º de ventoso ataca y toma el Arich; el 7 ocupa, sin resistencia, á Gaza; el 17 tomó á Taffa por asalto; el 30 del mismo mes deja abierta la brecha en San Juan de Acre.

Despues de algunos otros accidentes fue cuando creyó ser necesario en Paris; no se habia engañado: seis semanas despues era el primer cónsul de Francia, el que era ya considerado como el primer general del mundo.

El 17 de Marzo del año primero del siglo XIX pensó en la batalla de Marengo; el 2 de junio estaba delante de Milan, donde entró sin resistencia; despues habia vencido: esta jornada costó á los austriacos cinco mil quinientos muertos, ocho mil heridos, siete mil prisioneros, doce banderas y treinta piezas de artilleria; el héroe de Marengo volvió á

Paris entre las mas dignas aclamaciones.

El 2 de agosto de 1804 firma un concordato con el Papa; el 21 de enero de 1802 acepta el título de presidente de la república Cisalpina; el 2 de agosto siguiente era nombrado cónsul perpétuo, y cinco millones de firmas hicieron subir á Napoleon como emperador al trono de Luis XVI.

El 17 de marzo de 1805 Mr. Melzo, vicepresidente de la consulta de Estado de la república Cisalpina vino á ofrecerle unir el reino de Italia al imperio francés: el 26 de mayo fue á recibirle en Milan, donde dejó á su hijo Eugenio con el título de virey y él se trasladó á Góneva: Napoleon se presenta al senado, donde le es concedida, á su solicitud, una quinta de 80,000 hombres; parte á la mañana siguiente, pasa el Rhin, entra en Baviera, libra á Munich, ocupa á Viena, júntase con el ejército de Italia y se halla al frente de Austerlitz: dióse la batalla y se empenó la mas sangrienta lucha; el ejército aliado disminuyó en veinte y cinco mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y ciento ochenta cañones, á mas de una multitud de fugitivos.

El rey de Prusia entrega á los franceses

todas las plazas fuertes que le quedan; Bonaparte sale de Berlin y avanza hácia el enemigo: en 26 de mayo tomá á Dantrigh; á los pocos dias son vencidos los rusos en Spanden, Domitem, Attkirchen, Wolferdof, Gastadt y Heilsberg: el 13 de junio se encuentran los dos ejércitos en batalla delante de Trieland, era el aniversario de Marengo. Los rusos fueron destrozados; sesenta mil hombres quedaron en el campo, ahogados en el Alle ó prisioneros; ciento veinte piezas y veinte y cinco banderas fueron los trofeos de la victoria.

En el año de 1808 se presentan los franceses en Lisboa; despues penetraron en España y llegaron hasta Madrid: una revolucion, la mas justa de todas, les hizo abandonar nuestro territorio. Vuelve Napoleon á Paris en Enero de 1809, sabe que se prepara el Austria y que avanza: Bonaparte acudió al senado y se decretó una leva de cuarenta mil hombres: el 17 está en Donavert, enmedio de su ejército: el 20 habia ganado la batalla de Tarri, el 21 la de Abensberg, el 22 la de Elmuhl y el 23 la de Ratisbona; cien cañones, cuarenta banderas y cincuenta mil prisioneros habian ganado en solo cuatro dias.

El 27 estaban evacuando la Baviera y el palatinado: el 3 de Mayo perdian los austriacos el combate de Ebesberg, el 9 estaba Napoleon á la vista de Viena, el 14 le abria sus puertas, y el 13 hacia en ella su entrada solemne. El 4 de junio se pasó el Danubio, el 5 se ganó la batalla de Enzersdorf, y el 9 dejaron los austriacos mil muertos y nueve mil heridos en el campo de batalla de Wagram: en este combate habian conquistado los vencedores diez banderas, cuarenta cañones y veinte mil prisioneros. Napoleon habia regresado á Paris, despues de su matrimonio con Maria Luisa en 10 de Abril de 1810; las circunstancias le hicieron trasladarse á Thorn el 2 de Junio, el 22 anunció su regreso á Polonia; pasó el Niemen, tres dias fueron necesarios para esta operacion: el ejército se dividia en quince cuerpos, á las ordenes cada uno de un duque, de un príncipe ó de un rey: su fuerza consistia en cuatrocientos mil infantes, setenta mil caballos y mil piezas de artilleria: á la mañana siguiente entró en Vilna; en los últimos dias de Julio llegó á Witepsk; bate á los rusos en Kramor, los arroja de Smolensko, y se apodera de Viazma: despues sonó la hora de la

gran batalla, setenta mil hombres quedaron en el campo: Napoleon vió morir á nueve generales y treinta y cuatro de igual categoría fueron heridos; pero el 14 de noviembre entraba el ejército en Moscow. Napoleon se instaló en el Kremlim, y el ejército se extendió en aquella ciudad semejante á una tumba desierta y silenciosa; por la noche fue despertado Napoleon á los gritos de fuego, se lanza á un balcon y toda la ciudad está ardiendo; su ruina está próxima: piensa en Paris, en San Petersburgo; ciento cincuenta leguas le separan del uno y ochocientas del otro; marchar sobre el último es comprobar la victoria, marchar sobre Paris es confesar la derrota. Pero llega el invierno; esta es una de nuestras mas robustas pruebas, y Napoleon no puede mantenerse: en el 15, 16, 17 y 18 de octubre trasladan los enfermos á Mojaisk y Smolensko: el 22 sale el emperador de Moscow; once dias dura la retirada sin muy grandes riesgos; pero de pronto, inopinadamente, el 7 de noviembre baja el termómetro de 5 á 18 grados bajo 0. «Desde aquel dia, dice un ilustre escritor, es un continuo desastre que iguala á nuestras mayores victorias: es Cambises, envuelto en las are-

nas de Anmon; es Gerges, repasando el Hellesponto en una barca; es Varron, conduciendo á Roma los restos del ejército de Canas. De aquellos setenta mil ginetes que pasaron el Niemen apenas pueden formarse cuatro compañías de ciento cincuenta hombres que le sirvan de escolta; es el batallon sagrado; los oficiales hacen de soldados rascos, los coroneles son allí subtenientes y los generales capitanes.»

La retirada fue mas costosa que la sangrienta victoria; jamás un cuadro mas horrible se ha presentado á la humanidad; aquellos soldados tan valientes ante el enemigo, que tantas victorias habian alcanzado y tantos triunfos dado á su emperador, estaban pálidos, yertos, débiles, muertos de fatiga, de cansancio, de hambre y de frio; nada se hallaba en medio de aquellos desiertos de nieve, donde hasta los rios se habian conjelado; todas las mañanas aparecian centenares de soldados, convertidos en estátuas de piedra; sus carnes y su piel estaban duras y blancas como el mármol. El 5 de diciembre partió Napoleon para Francia mientras su ejército agonizaba en Wilma: en este mismo dia llegó el frio á 27 grados bajo 0. El 18 por la no-

che se presentó Napoleon, en un mal carruaje á las puertas de las Tullerías, que no quisieron abrirle al principio; todo el mundo le creía aun en Wilma.

Hasta aqui va siendo exacto el paralelo del sol con Napoleon; pero esta exactitud se ha llevado á un extremo en los párrafos siguientes:

Napoleon habia sucumbido el último mes del año; empieza el año nuevo.

El 12 de enero de 1813, un senado-consulta puso á disposicion del ministro de la guerra trescientos cincuenta mil hombres.

El 10 de marzo se supo la defeccion de la Prusia.

Cuatro meses estuvo toda Francia siendo una plaza de armas.

El 15 de abril salió Napoleon otra vez á la cabeza de las nuevas legiones.

El 1.º de mayo estaba en Lutzem, pronto á atacar al ejército combinado y prusiano con doscientos cincuenta mil hombres, los doscientos de Francia y los cincuenta sajones, bávaros, de Vestphalia, de Wutemberg y del gran ducado de Berg.

Sus primeros golpes fueron, como siempre, terribles y decisivos; los ejércitos coligados

dejaron en el campo de batalla de Lutzem quince mil hombres muertos y heridos y dos mil prisioneros en manos de los vencedores.

La batalla de Lutzem abrió de nuevo las puertas al rey de Sajonia: el 18 de mayo le precede allí el ejército francés; el 9 hace el emperador que echen un puente en el Elba, detras del cual se ha retirado el enemigo: el 20 le alcanza y fuerza en la posición atrincherada de Bautzem: el 21 continúa la victoria de la víspera, y en los días que desarrolla Napoleon las mejores maniobras estratégicas pierden los rusos y prusianos diez mil ochocientos hombres, muertos ó heridos, y tres mil prisioneros.

Al otro día en una mala escaramuza de retaguardia, un mismo cañonazo lleva las piernas al general Bruyere y mata al general de ingenieros Kirgener y á Duroc.

El ejército confederado se retira: síguele Napoleon palmo á palmo, sus vivaques de hoy son nuestros reales de mañana. El conde Schwadow se presenta á las avanzadas pidiendo armisticio: despues de unas capitulaciones sin resultado, se exaltaron los ánimos de nuevo: se empeña otra vez la lucha y quedan exámenes en el campo del combate mas

de cuarenta mil, arrojados al suelo por el dolor de las heridas y ahogados con su sangre ó la de sus mismos compañeros: Napoleon vence á los austriacos, los austriacos vencen á su vez, la lucha es tenaz, sangrienta; pero la política, y hasta cierto punto las armas se han conjurado contra él, resuelve volver á Paris; pero allí encuentra tambien la defecion que por todas partes se le presentaba: emprende una nueva guerra, no tiene ya soldados: los aliados fijaron su última resolución en que el emperador era el único obstáculo de la paz universal; esto le decidió por último á abandonar la corona y, segun expresion del célebre Alejandro Dumas, por espacio de un año pareció que el mundo estaba vacío. Napoleon habia dejado de ser emperador para reinar en la isla de Elba.

Hemos llegado al término de nuestro propósito: hemos presentado la vida militar de Napoleon tal como se supone, tal como la refieren los historiadores: no nos detendremos á comentarla, nos parece inútil un trabajo que ya habrán hecho por sí mismos cada uno de nuestros lectores: bástanos únicamente consignar en este sitio los puntos mas culminantes, con el objeto de que no se compren-

da jamás que reusamos la prueba; no nos basta á nosotros esponer, hemos ofrecido demostrarlo y vamos á hacerlo: no vamos mas que á recurrir á los hechos.

Donde por vez primera le hemos visto, y le hemos visto vencer, ha sido en Tolon: alli ha dado pruebas de un valor y de unos conocimientos militares poco comunes; despues se ha trasladado á Italia, á ese pais encantador, donde el sol tiene su imperio, y tambien le hemos admirado venciendo y derrotando: al volver sobre Francia hemos contemplado el brillante laurel que circunda su frente; pero ha querido mas; el Egipto es la tierra mas querida del sol, y Napoleon, en cumplimiento de su mision, ha penetrado en sus desiertos, ha adelantado sobre sus cálidas arenas y ha alcanzado en todas partes la victoria: ¿y cómo no habia de ser asi? Si alguien le hubiera opuesto una tenaz, una insuperable resistencia le quedaba aun el último recurso para vencer, y para esterminar á sus contrarios, abrasarlos con sus rayos como hizo el sol ante la ciudad de la antigua Grecia: vuelve á Paris, un presentimiento le habia anunciado su nueva dignidad, Napoleon recibe la dignidad de cónsul: piensa en

Marengo, combina su plan, adelanta sus tropas y vence: desde esta época hasta la batalla de Moscow el genio militar del siglo no ha encontrado un obstáculo que le haya hecho temer ú obligado á que retroceda; todas han sido marchas triunfales: llega el 5 de diciembre, el termómetro indica 27 grados bajo 0, no se encuentran regiones, mas que nieve; todo está helado, los hombres, la tierra, los árboles; todo perece y el grande Napoleon huye de la muerte; el frio ha vencido sus ardientes rayos: ha triunfado como un héroe, su ruina tenia que ser la de un héroe, grande y espantosa tambien: aun hace vanos alardes; se repone en marzo, en abril marcha con nuevas legiones, en mayo está en Lutzem; pero volver á dominar es ya imposible; habia mucha nieve en Moscow, la nieve ha aniquilado á quien alcanzó las mas grandes victorias en Oriente y en el Mediodia; ha encontrado su muerte con millones de soldados en los paises del Norte: el sol apenas calienta en esos paises; ¿cómo habia de dominar en ellos el héroe que no es mas que su imagen? Los hombres de la república, para que su obra fuera exacta, tenian que admitir esta consecuencia precisa: tenian que

consentir tambien en la influencia de la nebulosa Albion, que con su bien combinada política abriera una tumba al ástro del siglo XIX: la Inglaterra es un pais cubierto de nieblas, donde, como en Moscow; apenas se dejan percibir los rayos solares.

No decimos mas, en este capítulo: todo es claro, todo patente, todo innegable; los lugares que ha señalado Napoleon con sus triunfos, los dias en que se ha dispuesto para el combate, en que ha pensado en futuras victorias, las estaciones en que las ha concluido, los paises, en fin, y las causas que han ocasionado su ruina, todo nos demuestra, por los mismos hechos, ó sin otro auxilio mas que el de la razon que, Bonaparte, ora como general, ora como cónsul, ya como emperador, de cualquier manera, en fin, no es mas que un ser quimérico, cuya vida ha sido identificada del modo mejor posible con la vida del sol, ante la Mitología y ante las observaciones astronómicas de la periódica revolucion que todos los años describe.

CAPITULO XII.

QUE DESPUES DE UN REINADO DE DOCE AÑOS, VI-
NIENDO DE EGIPTO, VINO A PARECER EN LOS MARES
OCCIDENTALES.

QUANDO se puede decir verdaderamente, segun refieren los historiadores, que comen-
zó la vida pública de Napoleon es cuando,
dejando el Egipto por creerse necesario en
Francia; se presenta en Paris y es nombrado
primer cónsul; de ambos sucesos nos hemos
ocupado ya, y esto nos escusa de entrar en

nuevos detalles: despues, el que ya habia dado grandes pruebas de acierto militar en Italia y en la region de donde venia, continúa sus grandes victorias: nosotros, aunque con muy ligeros toques, acabamos de seguirle paso á paso, le hemos visto avanzar siempre victorioso, siempre coronado de laureles, llevando sus águilas imperiales á cualquiera parte donde le sugeria su ardiente imaginacion; le hemos mirado internarse mucho en el Norte y descender de él rodando como de una inmensa montaña de nieve: hemos contemplado, en fin, la ruina del cónsul, del general, del emperador, del sol, en una palabra. Poco, pues, tenemos que demostrar; que como el sol ha venido de oriente es un hecho confirmado, y que puede ya considerarse como pasado en autoridad de cosa juzgada; que ha lucido como el sol con tan vivos resplandores, todos han prestado la fe mas confiada y segura; que ya se ha perdido en las sombras de la nada despues de sucumbir en el norte todos lo creen tambien; pero sobre esto debemos detenernos algunos momentos mas.

Cuando Napoleon perdió el imperio del mundo no habia querido conservar mas que

su nombre; con cualquier cosa estaba contento en la desgracia, así como todo lo había ambicionado mientras fue feliz. Fondeó en Porto-ferrajo el 3 de mayo de 1814, tuvo un cumplido recibimiento, se iluminó la isla y se cantó un solemne Te-Deum, y el invicto huesped se dedicó á hermosear la ciudad, con cuya ocupacion parecia estar distraído y sin pensar en los destinos del mundo; empero el gérmen de la ambicion, ni aun con el último golpe habia desaparecido de su pecho: acaso la medida, la cuerda que hacia tirar á este lado ó al otro para levantar los cimientos de un edificio ó plantar una fila de árboles, le servian, bajo este pretexto, para disponer nuevos campos de batalla y guerreras evoluciones: en aquella alma no habia mas que un sentimiento; ¿hay otro en el sol que el de alumbrar al mundo?

A pesar de esta tranquilidad aparente, aunque todos la tenian por efectiva, las naciones, ó mejor, los soberanos temblaban desde sus tronos; la sombra de Napoleon se les aparecia todas las noches en sus ensueños: el ex-emperador estaba muy próximo en la isla de Elba: la gaceta de Amburgo, órgano del Austria, se espresaba en estos

términos: «.....Por alarmantes que sean los sucesos de Milan, no debemos tener cuidado pensando que podrán contribuir á alejar lo mas pronto posible á un hombre que en la roca de la isla de Elba tiene en sus manos los hilos de estas tramas urdidas por su oro, y que mientras permanezca próximo á las costas de Italia no dejará á los soberanos de estos países gozar tranquilamente de sus posesiones.

Se pensó en Milan; pero la Inglaterra se decidió por la roca de Santa Elena.

Napoleon, para cuando llegase el dia de cumplir todos sus deseos, compró dos bergantines «L' Inconstante» y «L' Etoile» con el objeto de que, haciendo frecuentes viages, pudiesen disipar toda sospecha para el dia en que de buques mercantes se convirtieran en guerreros: Napoleon no esperó mucho; hizo que llevasen á bordo del Inconstante muchas armas y municiones, reunió un corto número de soldados antiguos, instruyó á otros reclutas de Córcega é Italia; recibió noticias de Francia y creyó llegada la ocasion oportuna; habló con el gran mariscal, de cuya entrevista resultó la partida de este, que á la mañana próxima partió hácia Liorna: entonces

subió á la azotea con un antejo y siguió mirando al buque que se alejaba: á las doce parecía el buque un punto blanco en la mar, á la una habia desaparecido.

En seguida embargaron por tres dias cuantos barcos habia en el puerto: ajustó tres ó cuatro buques mercantes: el dia siguiente se despidió de las autoridades; á las doce se tocó generala, se concluyó el embarque y la flota salió, dirigiéndose al N. O. por las costas de Italia: el 27 al amanecer temblaron á causa de dos buques que parecia que querian cortarles el paso, eran franceses, La Fleur de Loi y la Melpomene; ambas flotillas se saludaron sin que este encuentro tuviera consecuencias: despues el bergantin francés L' Zefire volvió á ponerlos en cuidado; pero á poco despues conocieron que no eran hostiles sus intenciones. El 4.º de marzo fondeó la flotilla en el golfo Juan y se hizo el desembarco en un bosque de olivos: tras algunos notables incidentes continuó su camino, que fue su marcha mas solemne, mas grande, y en la que hubo mayor entusiasmo; á cada paso se le agregaban gruesos batallones y los pueblos le aplaudian con ovaciones de triunfo: el 3 de marzo llegaron á Barone, el 4 á

Dique, el 5 á Gap: entra en Vizille, á quien encuentra tan entusiasmada como en 1814: en Grenoble se le une un crecido número de tropas, y esto acrecienta sus esperanzas: el 11 llega á Lion, el 13 lo abandona y duerme en Macon: el 17 estaba en Auserre: el 20 de marzo á las dos de la tarde en Fontainebleau; siguió su marcha triunfal hácia Paris, en donde entró per la tarde en medio de generales aclamaciones.

El 26 de marzo todos los grandes cuerpos del Estado fueron á cumplimentarle en nombre de la Erancia.

Por espacio de tres meses trabaja Napoleon quince horas al dia, son las mismas que luce el sol aproximadamente en la estacion en que esto se verificaba: se crearon fábricas, talleres, fundiciones; todo anuncia la regeneracion.

Nuevos enemigos se levantan contra él; pero ya lo habia previsto y se habia rodeado de las necesarias precauciones: el 4.º de junio juró fidelidad á la nueva constitucion en el altar del campo de Marte.

Salte de Paris el 12 de Junio: el 14 lleva su cuartel general á Beaumont: *al despuntar el dia* se ponen en movimiento sus colum-

nas; se entabla una lucha encarnizada el 16, Napoleon quedó vencedor; pero aun le quedan enemigos; en los días siguientes se reponen los contrarios; se presentan no una sino mil batallas: Wellington. contraresta el valor y táctica de Bonaparte: Bulow despues de mil incertidumbres y de millones de peripecias, en que tan pronto se declara el éxito por una parte como por la otra; derrota, destroza completamente á los Franceses y se oye el grito de «*sálvese quien pueda*»

«En vano intenta Napoleon contener el desórden, lánzase en medio de la derrota y encuéntrase un regimiento de la guardia y dos baterias en reserva detras de Planchenois, y trata de juntar los fugitivos: por desgracia, la noche impide que le vean y el desórden que le oigan: apéase del caballo y se arroja espada en mano en medio del cuadro: síguele Gerónimo diciendo: —Tienes razon, hermano mio, aqui debe sucumbir todo el que lleve el nombre de Bonaparte. — Pero le cogen sus generales y gefes de estado mayor, le apartan sus granaderos, que se avienen á morir, pero no á que muera su Emperador con ellos: le ponen á caballo, cuya brida la lleva un oficial y le hace marchar

á galope: así pasó por medio de los prusianos que le han rodeado media lengua.

Ni balas, ni hombres le tocan; por último, llega á Jemmapes, detiéndose allí un instante, renueva sus tentativas de organizacion, á que se oponen la noche, la confusion, la {derrota general, y mas que todo la encarnizada persecucion de los ingleses.

El 21 de junio ha regresado á Paris.

El 22 las cámaras de los pares y diputados se constituyen en sesion permanente y declaran traidor á la patria al que intente suspenderlas ó disolverlas.

El mismo dia abdica Napoleon en favor de su hijo.

El 14 pasa á bordo del Belerofonte y escribe al principe regente de Inglaterra.

«Alteza Real:

Blanco de las facciones que dividen mi país, y de la enemistad de las mas grandes potencias de Europa, he consumado mi carrera política. Vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico; me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R., como la del mas fuerte, mas constante y mas generoso de mis enemigos.—Napoleon.»

El 16 de Julio se hizo el *Belerofonte* á la vela para Inglaterra: el 25 fondeó en Terbay: el 26 por la tarde entró el *Belerofonte* en la rada de Plimouth, donde corrieron las primeras voces de deportacion á Santa Elena: Napoleon no quiso creerlo.

El 30 de julio le notificó un comisario inglés la resolucion de deportarle á aquel punto; indignado Napoleon, tomó la pluma y escribió:

«Protesto solemnemente á la faz del cielo y de los hombres contra la violencia que se me hace, contra la violacion de mis mas sagrados derechos, disponiendo por fuerza de mi persona y de mi libertad. He venido libremente al *Belerofonte*, no soy prisionero, sino huesped de la Inglaterra; he venido á instancias del mismo capitan, que ha dicho que tenia órdenes de su gobierno para recibirme y llevarme á Inglaterra con mi comitiva si asi me placia. Me he presentado de buena fe para venir á ponerme bajo la proteccion de las leyes de Inglaterra. Tan luego como me senté en el *Belerofonte* estuve al hogar del pueblo británico. Si el gobierno, al dar orden á su capitan para recibirme con mi cortejo, ha querido solo armarme una em...

boscada, ha cometido una felonía y manchado su pabellon.

Si se consumara este acto, en vano vendrian los ingleses hablándonos de su libertad, de sus leyes y de su lealtad; la fé británica se habia perdido en la hospitalidad del *Belerosfonte*.

Apelo á la historia, ella dirá que un enemigo que hizo largo tiempo la guerra al pueblo ingles, vino libremente, en su infortunio, á buscar un amparo bajo sus leyes: ¿qué mayor prueba podia darle de su estimacion y confianza? ¿Pero cómo correspondieron en Inglaterra á semejante magnanimidad? Fingieron tender una mano hospitalaria á ese enemigo, y luego que se entregó de buena fé, ¡le inmolaron!

A bordo del *Belerosfonte*, en alta mar.—
Napoleon.»

El 7 de agosto, á pesar de esta protesta, le obligaron á pasar á bordo del *Northumbreland*: la órden del gobierno prevenia se le despojase de la espada, mas el almirante Keit, encargado de esta comision, se avergonzó de semejante mandato y no quiso darle cumplimiento.

El 7 de agosto de 1815 aparejó el *Northumbreland* para Santa Elena.

El 16 de octubre, a los cien dias de haber salido de Francia tocó Napoleon á la roca que debia servirle de sepultura.

Marchó acompañando al sol, que en agosto ya es bien visible las horas que va quitando al dia; llegó á su sepulcro el 16 de octubre, cuando el sol ha perdido su imperio y se anuncia el reinado de las nieves.

Vino de Egipto, del mismo oriente, y sucumbió como el sol en los mares occidentales: los barcos que le han conducido y que ha visto en su viage tienen nombres mitológicos; los dias en que mas ha progresado han sido en los que mas luce el ástro del dia: los doce años que ha reinado ó significan las doce horas del dia ó los doce meses del año, cedemos el derecho de eleccion; por no ser mas difusos no trascribimos algunos de los pasages del autor de las *Nouvelles Messenienmes*, que sin duda, lo mismo que nosotros, no ha visto en Napoleon mas que la imágen del sol.

Por fin la isla de Elba, á que fue condenado, no es una prueba menos patente de que su historia no es mas que un exacto traslado de cierta parte de la Mitología, como desde el principio venimos sosteniendo; en todo se ha querido la semejanza, en todo que haya

igualdad, y aun al revestir al moderno héroe de la aureola del presente, por mas cuidado que se ha puesto, no ha sido posible negarle del todo cierta espresion gentilica; cierto tinte de antigüedad que contrasta evidentemente con las creencias y hasta las costumbres del dia: unas veces esa espresion del pasado le ha hecho aparecer mas grande; el clasicismo griego ha sentado bajo su universal y rica corona; pero no ha faltado ocasion, en que esa misma apariencia ática haya dado lugar al descubrimiento de la farsa, con cuyos encantos se nos ha querido fascinar: su deportacion á la isla de Elba ha corrido la suerte de estas últimas: se le habia desterrado á un pueblo conocido de los antiguos, de una fundacion anterior á la de Roma, y por su posicion é historia revela á todas luces que se ha buscado con interés una isla célebre y de grandes recuerdos: se pensaba fascinar con ellos y al mismo tiempo ocultar que era un plagio de las antiguas historias.

Elba, leemos en los escritores que se han dedicado al estudio de la geografia, era llamada en griego *Oetalia*, *Ilba* en latin, y *Elba* en italiano: es una isla de veinte y seis leguas de circunferencia, situada en el mar

mediterráneo, en las costas de Toscana, á cuatro leguas de la tierra firme de Italia, trece de la isla de Córcega, cuarenta y cinco de Roma, noventa y cinco de Nápoles, y cerca de doscientas treinta de Paris; conocianla los antiguos y estaba poblada antes de la fundacion de Roma. Su poblacion asciende actualmente á unos trece mil habitantes, y ha mudado de ainos con frecuencia.

Hé aqui cómo se confirman evidentemente nuestros anteriores asertos.



CAPITULO XIII.

MUERTE DE NAPOLEON.

EL 46 de octubre, á los setenta dias de su partida de Inglaterra y á los ciento de haber salido de Francia, dice un autor francés que ya antes hemos citado, tocó Napoleon en la roca que debia convertirse en pedestal: al dia siguiente empezó á regularizar su servidumbre; componíase de once personas, de

cámara, de librea y boca: en cuanto á la de escalera arriba el mariscal Bertrand obtuvo el mando y superintendencia general; Mr. de Montholont dirigia los pormenores domésticos; el general Gourgand desempeñaba la direccion de la caballeriza y Mr. de las Casas de la administracion interior. Se levantaba muy temprano y se entregaba á la lectura escepto muy pocas horas de recreo, en que bajaba al jardín ó dictaba al conde de las Casas; pero á pesar de la fria tranquilidad que aparentaba y de aquella vida tan sedentaria y cansada, Napoleon sufría, y sufría horriblemente; era haber puesto cadenas al águila que miró con mas audacia al ástro del dia: su misma grandeza de alma le impedia soportar su infortunio; era aquella una mezquina posicion para tan grandes deseos, y no estaba solo encerrado en una roca, sino que ademas los que solo debian ser vigilantes se convirtieron en verdugos y accibarraron mas y mas sus continuos padecimientos: nada se le permitia; no tenia libertad para nada aquel hombre que al frente de sus ejércitos habia sido el señor del Universo.

En 1821 ya aquel hombre tan grande, dicen los historiadores, perdía toda su fuerza,

todo su esplendor, toda su grandeza; era el que debía temer mas el morir, porque él era quien habia dejado mas en el mundo: la noche que siguió al dia en que experimentó los amagos de su próxima muerte, fue sumamente agitada; los síntomas eran cada vez mas graves; una bebida emetizada los hizo desaparecer momentáneamente; pero volvieron á manifestarse al punto: se tuvo consulta, casi contra la voluntad del emperador, entre el doctor Antomarchi y Mr. Arnot, cirujano del regimiento, que se hallaba de guarnicion en la isla. Estos señores reconocieron la necesidad de aplicar un gran vegigatorio á la region abdominal, administrarle un purgante y los fomentos de Oxicato á la frente: no por eso cesó la enfermedad, sino que siguió haciendo progresos: algunos dias despues llegó á hacerse excesivo el frio en los piés; el doctor apeló á fomentos para disiparle.

—Todo es inútil, dijo Napoleon, no está ahí el mal, sino en el estómago, en el hígado: no teneis remedio contra el *ardor que me abrasa*; ninguna preparacion, ningun medicamento puede calmar el fuego que me devora.

Dos dias despues amaneció algo mejor, lo cual hizo confiar á todo el mundo menos á Napoleon; todos se felicitaban por este cambio, despues, sonriéndose se le oyó decir:

—No os he engañado, hoy estoy mejor; pero siento aproximarse mi fin: cuando haya muerto vosotros tendreis el dulce consuelo de volver á Europa. Unos vereis á vuestros parientes, otros á vuestros amigos. Yo encontraré á mis valièntes en el cielo. Sí, sí, continuó animándose y alzando la voz con un acento inspirado: Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massená, Berthier me saldrán al encuentro. Me hablarán de lo que hemos hecho juntos y yo les contaré los últimos sucesos de mi vida. Al verme se volverán locos de entusiasmo y de alegría; hablaremos de nuestras glorias con los Escipiones y los Annibales; y esto será un placer, á no ser, continuó sonriendo, que se asusten allá arriba de ver tantos guerreros juntos.

Despues, viendo entrar á su médico:

—Mi querido doctor, le dijo, mi muerte no está lejana; despues de ella quiero que se haga la autopsia de mi cadáver; pero exijo que ningun médico inglés ponga la mano sobre mí: deseo que tomeis mi corazon, le pon-

gais en espíritu de vino y se lo lleveis á mi querida María Luisa, diciéndole que la ha amado eternamente, y que nunca he cesado de adorarla: le contareis lo que he sufrido, todo lo que habeis visto, y la enterareis de los detalles de mi muerte. Sobre todo os recomiendo el exámen de mi estómago, y que hagais una relacion exacta y detallada, que remitireis á mi hijo: desde Viena marchareis á Roma y vereis á mi madre y á mi familia; le referireis lo que hayais observado respecto á mi situacion, diciéndole que Napoleon, á quien el mundo ha llamado el Grande como á Carlo-Magno y á Pompeyo, ha muerto en el estado mas deplorable, careciendo de todo, abandonado de sí mismo y de su gloria. Le direis tambien que al espirar lega á las familias reinantes el horror y el oprobio de sus últimos momentos.

El 2 de mayo el mal llegó á su mayor grado de intensidad; el polvo dió hasta cien pulsaciones por minuto y el emperador comenzó á delirar: era el principio de la agonia; pero esta tuvo aun algunos momentos de interrupcion, en los cuales no dejó de repetir las palabras que habia dicho al doctor Antomarchi: —Haced con cuidado el exámen

anatómico de mi cuerpo, y sobre todo del estómago. Los médicos de Montpellier me han anunciado que la enfermedad del phyovo seria hereditaria en mi familia: su relacion, segun creo, está en poder de Luis; pedídsela y comparadla con la que hayais formado; salve yo al menos á mi hijo de esta cruel enfermedad....

La noche fué bastante buena; á la madrugada el delirio apareció con nueva fuerza. Sin embargo, á las ocho perdió algo de su intensidad: á las tres el enfermo recobró su razon. Se aprovechó para llamar á sus alba-ceas y les recomendó, para el caso que llegara á perder completamente el conocimiento, no dejasen aproximarse á él mas médico inglés que al doctor Arnott; ademas añadió con todo pleno conocimiento y con todo el vigor de su genio:

-Voy á morir y vosotros regresareis á Europa; debo daros algunos consejos para vuestro gobierno. Habeis participado de mi destierro, sereis fieles á mi memoria, nada hareis que pueda lastimarla. He sancionado todos los principios que he inculcado en mis leyes y en mis actos, sin que haya quedado uno siquiera por consagrar. Por desgracia, las circuns-

tancias eran graves: me he visto en la necesidad de ensangrentarme; de aplazar una porcion de bienes: se han echado encima los reveses; no he podido aflojar el arco; se ha quedado la Francia sin las instituciones liberales que yo le destinaba. Ella me juzga con indulgencia, se hace cargo de mis intenciones la halagan mi nombre y mis victorias: imitada, sed fieles á las opiniones que habeis defendido, á la gloria que hemos conquistado: fuera de esto solo hay vergüenza y confusion.

El 5 por la mañana el mal habia llegado á su término: la vida no era para Bonaparte mas que una vegetacion jadeante y dolorosa: la respiracion se iba haciendo cada vez mas imperceptible: sus ojos, completamente abiertos estaban fijos y sin movimiento: algunas palabras vagas, última ebulcion de su cerebro delirante, venian de cuando en cuando á morir en sus labios: las últimas palabras que se le oyeron fueron las de *cabeza y ejército*: despues se estinguió la voz y empezó á perder todo conocimiento, y el doctor mismo creyó que habia desaparecido todo principio vital: sin embargo, hácia las ocho se acrecentó el pulso: el resorte mortal que cerraba la boca del ilustre enfermo, se aflojó un poco, saliendo del pecho algunos profundos

suspiros: á las diez y media cesó el pulso, á las once y minutos el emperador habia vivido.

A las veinte horas de su muerte procedió el doctor Antomarchi á la autopsia, como tantas veces le habia encargado Napoleon; despues sacó el corazon, le puso en espíritu de vino, segun las instrucciones recibidas, á fin de mandarlo á Maria Luisa; mas en aquel momento llegaron los albaceas diciéndo que Sir Hudson Lowe, gobernador de Santa Elena, se negaba á dejar salir de allí al cuerpo y cualquiera parte de él. Debia quedarse en la isla; el cadáver quedaba clavado en el patíbulo.

Asi sucumbió el héroe aclamado por el siglo; pero de todo esto nada nos muestra hasta la sociedad la certeza de nuestra opinion, como el suceso ocurrido durante su enfermedad y que produjo en él un estrañísimo efecto.

Un criado de Longwood dijo una tarde que habia visto un cometa; oyólo Napoleon y se afectó con este presagio: un cometa, exclamó, fue el precursor de la muerte de César: y con efecto, ¿quién, sino un cuerpo celeste, un cometa, en una palabra, que siempre anuncia y jamas felicidades, era quien habia de dar la muerte al que no era otra cosa mas que el sol? Comprendemos facilmente que se nos dirá:

—Todo ese capítulo de la muerte de Napoleón no hace mas que confirmar su existencia; porque si hemos de ser consecuentes, para que hubiera semejanza entre él y Apolo era indispensable que no hubiera bajado al sepulcro, porque este último no ha muerto jamas.— Pero primeramente, como que no ha existido, tampoco pudo morir; ahora, los hombres de Francia que le crearon no han tenido dificultad de matar tambien á su propia obra: cuando ya no les hacia falta, cuando ya hasta su nombre era inútil, infructuoso y acaso hasta perjudicial para el nuevo orden de cosas, entonces le hicieron bajar á la tumba. Por otra parte, aun en medio de su muerte no se le ha privado de toda relacion con el sol: este puede considerarse con una doble existencia: la que le daban los gentiles y en virtud de la que le adoraban, y su vida propia y natural como ástro: Bonaparte tambien encerraba esa doble condicion: como hombre le hicieron morir, porque era necesario y su farsa se derrumbaba; como héroe será eterno y brillará como el ástro mas puro de esplendor y grandeza. Respecto á la época en que se le dió la muerte decimos lo mismo, desapareció cuando hizo falta que desapareciera.

CAPITULO XIV.

VARIAS COINCIDENCIAS.

DESPUES de habernos detenido, aunque muy someramente, en las más notables vicisitudes de nuestro héroe, tanto en las de su vida pública como de la privada, aun nos resta presentar en un solo cuadro ciertos hechos que, aunque pruebas evidentes para nuestro propósito, no merecen los honores, cada uno de por sí, de un estenso artículo; pero que al mismo tiempo no queremos dejar pasar desapercibidos: así, pues, lanzaremos una mirada retrospectiva sobre la vida del fabuloso militar, y escojeremos de ella los puntos más culminantes, de que no hemos hecho especial mención, bastando por sí mismos para hacer palpable la exactitud estrechísima del paralelo que desde un principio hemos establecido.

.....Apolo dió muerte á los Ciclopes que habian forjado los rayos de Júpiter, por cuya razon le hizo este echar del cielo. Entonces se retiró á guardar los ganados de Admeto, rey de Tesalia, y se consagró á dulcificar las costumbres agrestes de los habitantes de esta tierra, que llegó á hacerse un pais de delicias; pero se retiró de él porque dias antes habia cometido el delito de parricidio en aquel lugar uno de los pastores.

Hé aquí un dato mitológico que apenas difiere del que vamos á referir de Napoleon:

Cuando Bonaparte, vencedor en Italia, regresó á Barceloneta, le fue notificada la siguiente determinacion:

«El general de brigada Bonaparte, comandante en jefe de artilleria del ejército de Italia, queda provisionalmente en sus funciones y bajo la vigilancia y responsabilidad del general en jefe de dicho ejército: arrestado, se le trasladará al comité de la salud pública de Paris con buena y segura escolta: se sellarán todos sus papeles y efectos, los cuales serán inventariados por los comisarios nombrados al efecto por los representantes del pueblo Sallicetti y Albite, y todos los papeles que se hallen sospechosos serán mandados al comité de salud pública.



Dado en Barceloneta á 19 Thermidor, año II de la república francesa, una, indivisible, democrática.

Firmado, Albite, Sallicetti, Laporte.—Es copia conforme: el general en gefe del ejército de Italia.—Firmado, *Dumerrion.*»

Crefase bastante necesario á la Francia, dice Alejandro Dumas, para que no sintiese demasiado esta injusticia: sin embargo, como no habia aun llegado á una de esas posiciones de la vida, desde cuya altura se descubre todo el horizonte que falta recorrer, tenia, es cierto, esperanzas, pero no certeza: estas esperanzas vinieron á tierra, se creyó lleno de porvenir y de genio, condenado á una inaccion larga ya que no eterna, y esto en una época en que todos ascendian en la carrera: alquiló, despues de su soltura, un cuarto en una fonda de la casa de Maile, vendió en seis mil francos sus caballos y su carruage, y reuniendo el poco dinero que le habia quedado determinó retirarse al campo.

Las imaginaciones exaltadas siempre pasan de un extremo á otro: desterrado de los campamentos, su cielo, no veia mas que la vida rural: no pudiendo ser César quiso ser Cincinato.

Entonces se acordó de Valence, donde habia pasado tres años tan oscuro y tan feliz;

y acompañado de su hermano José que volvía á Marsella, dirigió sus miradas á aquella parte: al pasar por Montelimart se detuvieron ambos viajeros; habia agradado á Napoleon la situacion y el clima de la ciudad, y preguntó si habia en los alrededores alguna finca de poco valor que comprar: dirigiéronle á Mr. Grasson, abogado, con quien quedó citado para la mañana siguiente: tratábase de ver una risueña campiña, llamada Bansasserret, y cuyo nombre solo, que en el dialecto del pais equivale á hermosa morada, indica su agradable situacion. En efecto, Bonaparte y José la visitan y la encuentran de su gusto; solo temen, al ver su estension y buen estado, que sea demasiado cara: apresuráronse á preguntar. ¿Treinta mil francos? eso no es nada.

Vuelven á Montelimart consultándose; su pequeña fortuna les permite dedicar esta cantidad á su futuro retiro y se citaron para el tercer dia. Quisieron terminar el ajuste allí mismo, tanto le gustaba Bansasserret: acompañale de nuevo Mr. Grasson, visitan la propiedad mas minusiosamente que la primera vez: por último, asombrado Bonaparte de que por tan poco dinero se les diese tan hermosa campiña, preguntó si habia alguna cau-

sa oculta que le hiciese bajar el precio.

—Si, respondió Mr. Grasson, pero que no os importa.

—Sin embargo, replicó deseaba conocerla.

—Se ha cometido un asesinato.

—Y por quien?

—Por un hijo en la persona de su padre.

—Un parricidio! exclamó Napoleon poniéndose muy pálido, vamos José.

Y cogiendo á su hermano por el brazo salió fuera, llegó á Montelimart, pidió caballos de posta, y en el instante partió para Paris.

Por lo que dejamos designado se comprende hasta la perfeccion la íntima correspondencia que existe entre la copia y el original, no obstante de haber querido desfigurar aquella.

Despues, continúa la historia de los dioses, olvidó su resentimiento Júpiter y volvió Apolo al cielo, donde le fue encomendada la mision de alumbrar al mundo: de la misma manera á Napoleon le fue dispensada su falta, si es que la habia cometido, encargándosele tambien de alumbrar al mundo con sus vivos resplandores.

Vése, pues, que ambos alumbraron, que ambos recibieron la mision de alumbrar al universo; que esta facultad le fue concedida despues de haber padecido los azares de la

antigüedad y de la vida; que ambos, por fin, huyeron de sus campos queridos por el horror que las causaba un terrible asesinato.

Pero no es esto solo; si fueron únicamente los hombres de la república los que quisieron asimilar al héroe moderno con el ástro y dios de la antigua mitología; todos conocemos las monedas que con su busto corren y datan del tiempo de su imperio; pero además existen algunas, si no tan comunes, guardadas con mas veneracion y cuidado, y cuyo anverso representa al mismo Napoleon, coronado de laurel y en una carroza tirada de cuatro caballos, parodiando de este modo al ástro que le ha servido de original.

Y con efecto, el sol, bajo este nombre ó el de Febo, se le representa marchando por el Ecuador en un carro rodeado de luz y tirado por cuatro fogosos caballos, llamados Eton, Pirois, Eons y Egon.

Segun Mr. Duimen, en su historia de Italia, edicion de 1834, al ocuparse del héroe del siglo, se espresa asi:

«.....Este grande hombre quiso aparecer bajo una forma fantástica, queria que solo á su nombre hubieran temblado todas las naciones de miedo y pavor; pero aquel mismo misterio que se revestia se rodeaba de una

auréola de luz, tan clara y refulgente, que fuera imposible mirarla sin cegar; á mas de esto tenia mucha aficion al sol; le adoraba como en otro tiempo César adoró y consultó al oráculo; y aun, como á Dios de la fábula, le prestaba muchísima admiracion, hasta tal punto de llamar á cuatro de los caballos que tuvo en sus sucesivas conquistas con el mismo nombre que se da á los que arrastran el rutilante carro del sol.

Esto mismo encontramos nosotros en Napoleon, y no es uno solo el dato que nos confirma mas y mas en nuestra opinion: Apolo, segun leemos tambien en la historia fabulosa de los dioses, cedió á su hijo la direccion del carro del sol; ¿y quién no ve esto mismo en la abdicacion que hace de su trono y su corona el célebre emperador, conservando á su hijo todos sus derechos?

No se quiso, pues, desperdiciar un solo rasgo mitológico; en todo habia empeño en establecer la identidad: hasta los buques de que se ocupan los historiadores de Napoleon llevan nombres de la misma mitología: L' Melpomene, L' Inconstante, L' Zefire y el Belerofonte, de que ya hemos hablado, representan un importante papel en la mitología. Todos saben que Melpomene es una de las

musas, hermanas de Apolo, y es la que preside á la tragedia; se le representa jóven, con aire triste, calzada de coturno, y ricamente ataviada, teniendo en una mano cetros y coronas y en la otra un puñal (no puede hacerse un símbolo mejor de Napoleon): los antiguos solian darle tambien una clava y una máscara; pero diferente de la comedia, pues tenia la espresion mas noble y dolorosa: todo esto parece hecho para significar á todas luces los mismos hechos de Napoleon, si este hubiera existido: Bonaparte ó Apolo, que ya es indiferente, era jóven como su hermano, y tenia un aire triste en su rostro, vestia tambien coturno (fue el primer rey del mundo), se ataviaba ricamente y en una mano llevaba los tronos y las coronas que repartió á sus hermanos, á su hijo y á sus generales, y con la otra daba la muerte; todo esto es una parodia magnífica: ademas Melpomene llevaba una máscara de espresion noble y dolorosa: su hermano ó Napoleon, bajo esa misma máscara, noble y dolorosa, habia arrastrado tras sí á toda la Francia.

La Inconstancia era tambien una deidad de los antiguos gentiles; vano es decir que ella significaba la veleidad de la suerte de los hombres, los cambios de la fortuna: el Incons-

tante era el buque que despues de la grandeza de Napoleon, de su descension estraña y del sepulcro que habia hallado en una roca, le sacaba de aquel estado humilde para hacerle brillar de nuevo en el mundo: el general se embarcó en él y dispuso un grande proyecto: sin embargo, el viento les era contrario, y su tropa y oficiales querian regresar; pero Napoleon se opuso, de lo que despues se alegraron y dieron gracias á Bonaparte; el viento les favorecia, y á las seis de la tarde, cuando encontraron al buque llamado el Zéfiro, ya no habia riesgo alguno: se sabe cuál es el viento céfiro y que sopla á las seis de la tarde á la hora del crepúsculo, del mismo modo que para los antiguos era un dios, esposo de Flora, que reinaba en las florestas: si todo esto no es exactamente mitológico, al menos son imposibles, no pueden practicarse sucesivamente tan íntimas coincidencias; todo es falso y tenemos que confesar que se nos ha engañado.

Belerofonte, hijo de Glauco, rey de Epiro, habiendo tenido la desgracia de matar en la caza á su hermano Pirenne, se refugió en casa de Proclo, rey de Argos, cuya muger, llamada Estenobea ó Antea, le manifestó su inclinacion; pero él se mantuvo insensible:

resentida Esteropea de aquella indiferencia, acusó á Belerofonte ante su marido de haber intentado ofender su honor: no queriendo Proclo violar el derecho de gentes, le envió á Licia con cartas para Jobates, padre de Estenopea, á fin de que le hiciese quitar la vida.

Belerofonte se llamaba tambien el buque en que Napoleon vió por segunda vez abandonarle la fortuna: resentida de él la Francia queria castigarle; pero al mismo tiempo, como Proclo, tenia que respetar sagrados derechos: el medio mejor que pudo elegirse fue encargar de esta comision á los ingleses del mismo modo que á Jobates, rey de Licia, se le encargó la muerte de Belerofonte.

Fácil nos fuera ahora entrar en detalles sobre los nombres de los buques de que se hace mérito en toda la historia de Napoleon; pero viendo que este fuera un trabajo im-probo y de poca utilidad, cuando ya sobre esto tenemos bastante demostrado, vamos únicamente á esponer aqui los nombres de los que recordemos al acaso, y de que se hizo uso en la campaña de Egipto.

Esceptuando algunos que no es difícil fal-ten en nuestra memoria, son los siguientes:

El navio Oriente, fragata La Justicia, el Feliz, el Goljaht, el Guerrero, el Alejandro,

el Pueblo Soberano, el Leandro, el Tonante, Santa Bárbara, el Generoso y la Diana, á mas de los cuatro de que hicimos primeramente mencion, y que no dudamos un momento se habrá reconocido en ellos, asi como en los nombres de esta, la manomanía mitológica de que estaban revestidos los genios de la república respecto al héroe llamado Napoleon.

Pero aun es mas; con el objeto de completar su obra, todo lo miraron, todo lo contemplaron, todo lo previeron; acaso les remordia su farsa y quisieron abrir una puerta, en virtud de la que pudiera negarse algun dia la existencia del fantasma de nuestro siglo: por esto nada le atribuyeron que no tuviera un lazo de union estrechísimo con todos los accidentes del sol: hasta quisieron ser exactos en medir con él las estaciones; prueba de ello es el ligero cuadro que, para concluir este capítulo, ofrecemos á nuestros lectores.

Se ha supuesto que Napoleón nació en 15 de agosto; que en 23 de abril entró como alumno en el colegio militar de Brienne, que en 20 de marzo fue nombrado general del ejército de Italia, para cuyo país partió el 21 del mismo mes. En 12 de abril, se ha supuesto tambien, fue nombrado general en jefe del ejército de Oriente; el 4.º de julio tomó tier-

ra en Egipto; en 17 de julio del siguiente año recibió noticias de Francia; en 2 de agosto próximo anunció á las tropas su partida; en 3 del mismo se embarcó para la nación donde él se creia necesario y acaso indispensable.

Despues de esto pensó en otras victorias: en 17 de marzo de 1800, en medio de un trabajo sobre la institucion de las escuelas diplomáticas, fundadas por Mr. Talleyrand, segun un ilustre escritor francés, se vuelve repentinamente á su secretario y con un sentimiento visible de alegría:

—¿Dónde creereis que batiré á Melas? le preguntó.

—No sé, le respondió admirado el secretario.

—Pues id á mi gabinete, desarrollad el mapa de Italia y os lo enseñaré.

Apresuróse á obedecer el secretario: Bonaparte se proveyó de alfileres con las cabezas dadas de lacre negro y encarnado, se inclina sobre la inmensa carta, pica su plan de campaña, coloca sobre todos los puntos en que le aguarda el enemigo los alfileres de cabeza negra, y los de cabeza encarnada sobre la línea donde espera conducir sus tropas; despues se vuelve á su secretario, que le ha estado mirando sin hablar una palabra:

—Vamos, ¿qué os parece? le dice.

—No lo entiendo, respondió aquel.

—Sois un pobre hombre, mirad: Melas está en Alejandria, donde tiene su cuartel general; continuará allí mientras no se rinda Génova: en Alejandria tiene sus almacenes, sus hospitales, su artillería, su reserva (indicando el San Bernardo): paso los Alpes por aquí, y caigo sobre su retaguardia antes que piense que estoy en Italia: corto sus comunicaciones con el Austria, le alcanzo en las llanuras de la Esquivia, (calocando un alfier encarnado en San Gulian) y le bato aquí.

Era el plan de la batalla de Marengo el que acababa de trazar el primer cónsul; cuatro meses despues estaba completamente realizado. Luego, en 9 de febrero de 1804 firmó el célebre tratado de Luneville: en 15 de julio de 1804 celebró con el Pontífice de Roma un contrato solemne y de grandes consecuencias. En 2 de agosto fue aclamado cónsul perpétuo.

El día 47 de marzo de 1805, Mr. Melzo, Vice-presidente de la consulta de estado de la república Cisalpina, le hizo proposiciones sobre la union de la Italia á la Francia, convertida en imperio: el 26 de mayo fue á recibir en Milan, bajo la cúpula en que Galeazo Vis-

conti había colocado la piedra primera, la corona de hierro de los antiguos reyes lombardos que había llevado Carlo-Magno, quien al ponerla sobre su cabeza dijo: —*Dios me la ha dado*: ¡Ay del que la toque!

El año de 1806 acabó con los combates de Pulstusk y de Golimins, y se abre el 1807 con la batalla de Eylau; en mayo se entrega Danzig; á los pocos dias son batidos los rusos en Spanden, Domitten, Altkirchem, Wolfersdorf, Gustadt y Heilsberg: el 13 de julio venció en Friedland: en 27 volvió á Paris: el 3 de mayo perdieron los austriacos á Eszterberg: el 9 estaba Napoleon á la vista de Viena: el 11 abrió sus puertas esta ciudad: el 13 hacia en ella su entrada solemne: en 4 de junio pasó el Danubio: el 5 ganó la batalla de Encersdorfs: el 7 triunfó en Wagram: el 1.º de abril de 1810 casó con Maria Luisa de Austria; el 9 de marzo volvió á partir de Paris: llegó á Torhn el 2 de junio: el 22, 23 y 24 del mismo los empleó en pasar el Niemen: la mañana siguiente entró en Wilna: en 16 de julio emprendió de nuevo la marcha; despues, en 14 de setiembre, entró en Moscow. El 7 de noviembre se declaró su ruina: en 15 de abril salía otra vez con nuevas legiones: el 9 de mayo estaba en Lutzem; era

ya imposible reconquistar su grandeza; todo se habia evaporado: en 3 de mayo llegó á Porto-Ferrajo y se sumergió en la isla de Elba; aun soñaba con su libertad y su poder: el 1.º de marzo fondeó su pequeña flota en el golfo Juan; el 3 tocó en Barone; el 4 en Digue; el 5 llegó á Gap: el 20 de marzo estaba en Fontaineblau; el mismo dia recibia en Paris las mas estruendosas aclamaciones. El 1.º de julio juró fidelidad á la nueva constitucion: el 12 vuelve á salir de Paris: el 14 lleva su cuartel general á Beaumont: todo fue inútil; volvió á sucumbir; pero para no levantarse jamas.

Todos estos datos, y otros muchos que en crecidísimo número pudiéramos aducir sobre esta misma materia, nos confirman cada vez mas en nuestra opinion; tanto mas, cuanto que nos parece menos difícil que Napoleon no haya existido jamas, que no que todos los sucesos altamente importantes de su vida se hayan verificado en las estaciones, meses y dias en que el sol hace mas directo su influjo, y presenta mas vivos sus resplandores: creemos, si, que esta prueba no sea del todo por sí sola; pero unida á cuanto llevamos manifestado y demostrado no deja ni un levísimo fundamento que dé lugar á la duda.

CONCLUSION.

Confirmar con nuevas demostraciones la severa legitimidad que encuentran ante la razon todos los asertos que nos hemos determinado á someter á la pública censura, fuera ofender, fuera lastimar gravemente la ilustracion y justo criterio que debemos suponer en nuestros lectores: creemos nos basta, para llenar cumplidamente nuestra importante mision, el consecvente paralelo que desde nuestras páginas primeras hemos venido haciendo; y volvemos á repetirlo: si es posible tanta identidad, una relacion tan íntima, coincidencias tan estrechas, lazos tan fuertes, unidad tan extraordinaria entre el ástro del dia y Napoleon, vendremos á concluir en una de estas dos proposiciones: ó la existencia de Bonaparte, en sus hechos, ha sido eminentemente milagrosa, ó Napoleon no ha existido jamás: este es el dilema que

ya en este sitio estamos precisados á consagrar: ó Dios, ó los hombres de la república; si Dios, lo creemos, todo es fácil, todo es nada para su omnipotencia, si los hombres de la república, ya en el transcurso de nuestra obra hemos hecho surgir mas de una vez la deducción verdadera que emana de estos principios.

Acaso, no lo dudamos, haya todavía quien, ora por la preocupacion, ora por los distintos juicios que se hayan hecho sobre nuestra obra, dude de la verdad de nuestra opinion; pero para esas almas demasiado crédulas por sentimiento é incrédulas por cálculo, nos hemos reservado otra prueba, mas evidente, mas palpable, de esas que todo lo demuestran, que no admiten duda ni tergiversacion.

Referámonos á las memorias de Luis XVIII; ese príncipe cuyos recuerdos siempre guardará la Francia; que como rey, que como hombre y caballero, sostuvo una lucha tenaz y encarnizada con el fantasma del siglo, y á la que debió no pocas peripecias y considerables contratiempos, no ha titubeado, no ha vacilado en negar, clara, esplicita y terminantemente en sus conocidas memorias la existencia de Napoleon: razones de alta importancia nos prohiben trasladar aqui las pa-

labras con que el susodicho príncipe demuestra su incredulidad; pero ó hemos de suponer que Luis XVIII estaba demente para negar ante toda la Francia la existencia de Napoleón, ó que nuestra opinion, como la suya, es justa y valedera.

Labrar, por otra parte, nosotros una nueva creencia que por necesidad ha de encontrar una oposicion obstinada, lo mismo entre los sabios que entre los ignorantes, es indudablemente una empresa arriesgada, como mas de una vez hemos confesado; pero nunca creiamos, ni llegabamos á sospechar siquiera, que recibiera nuestro pensamiento inversas interpretaciones, que se supusieran en él tendencias extraordinarias y diametralmente opuestas á nuestro carácter y los principios que hasta hoy hemos profesado: suponer miras políticas en lo que no es mas que una sencilla obra de ingenio, basada sobre un sólido fundamento de verdad; nos ha parecido una idea tan original como injustificable; pero que no por esto ha dejado de llegar á nuestros oidos plenamente autorizada.

Observando, empero, nuestro trabajo por el prisma del presente siglo, no dudamos que, aunque muy lejanamente, se le puedan atribuir tan altas pretensiones; pero analizando,

desenvolviendo cada una de las ideas, ora nuestras, ya de los autores, cuyos trozos hemos trasladado aquí, se comprenderá con facilidad y á los pasos primeros, que ni el ojo mas perspicaz podrá advertir en todas nuestras páginas un objeto, una intencion que nosotros no debemos calificar.

Tampoco nos empeñaremos en desvirtuar de una manera escésiva nuestras propias palabras; los sucesos que como fielmente históricos se han tenido, y que como tales hemos contado, llevados á su centro, en el círculo donde deben agitarse tendrán grande importancia su esplicacion y su aplicacion: eso lo concedemos; pues considerariamos hartamente vano oponer una formal resistencia á la naturaleza de las cosas y al órden con que pasan los sucesos en el mundo: finalmente, no debemos tolerar se forjen suposiciones de distinta índole y acaso nunca ventajosas, sobre un pensamiento que ya hemos entregado á quien legítimamente le corresponde y á quien hemos debido hasta grandes pruebas de las muchas que hemos aglomerado.

Ahora, y cuando ya vamos á cerrar estas páginas, justo es volver la vista de nuevo al falso héroe que tanto ha ocupado nuestra atencion: justo es recordar en este instante

para levantar el mas pleno convencimiento en todos nuestros lectores, de qué manera obraron los hombres de la república, despues de hacer creer la muerte de Napoleon, cuando nunca habia nacido sino en el nombre: para esto, se le hizo representar un gran papel á Inglaterra, pues, aconsejada por los gobernadores de Francia, dió orden de que ni la menor parte del cuerpo de Napoleon saliera despues de su muerte de la isla donde esta se verificara; asi se evitó todo riesgo, inutilizaron lo que pudiera servir de prueba, como era su cadáver, y todo desapareció; la sombra del Dios del siglo ya no hacia la menor falta. Sus doce mariscales, sus compañeros de las campañas, que asi por su número como por los sucesos de sus vidas pueden compararse, y representaban con efecto los signos del Zodiaco, tampoco volvieron á brillar con el esplendor de cuando eran mandados por su general: por último, ni la creencia de los pueblos, ni la opinion que todos han formado de nuestro héroe es tan grande como se ha querido proclamar; por mas que se le han atribuido triunfos, victorias y las mas elevadas acciones, no se ha podido revestir de ser á lo que no era nada: habrá sido un genio eminente, el primero que se haya admirado

en el Orbe; pero dígasenos si su nombre despierta en nuestro espíritu, el entusiasmo, la magnanimidad, el delirio que nos inspiran los nombres de César, de Alejandro y de Anibal.

FIN.



5.602

- AN
- SEU
- NAP
- SKIN





